

REPENSAR LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Uno de los problemas fundamentales de las ciencias sociales es la repetición de los marcos interpretativos con base en teorías obsoletas, que además encajonan a la investigación en conceptualizaciones y técnicas lejanas a las cambiantes realidades y a sus sujetos. En este libro se realiza un seguimiento de los principales acercamientos a los movimientos sociales, algunos de los cuales se esfuerzan por utilizar la metodología de la conversación dialógica con descripción etnográfica densa de su observación participante, lo cual no implica necesariamente que se apropien de la perspectiva de los sujetos estudiados. La mayoría de los enfoques hacen interpretaciones desde la reflexividad propia del investigador que analiza a otros sujetos atado a protocolos regularmente llenos de conceptos y teorías seleccionadas *a priori*.

Este libro no sólo proporciona un cuadro muy amplio de la manera en que se han tratado los movimientos sociales, sino que invita a abandonar el eurocentrismo y a pensar por propia cuenta desde el sur. Se adentra en las novedosas formas de hacer de los propios sujetos que crean movimientos de resistencia anticapitalistas, con lo cual logra mostrar la conceptualización que ellos mismos producen. Además, incursiona en una propuesta conceptual para tratar de comprender los movimientos que no sólo experimentan una profunda indignación con la injusticia y la manipulada democracia electoral, sino que horizontalmente y sin jefes están agrietando el capitalismo.



Jorge Alonso

REPENSAR LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Jorge Alonso

REPENSAR LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

ISBN: 978-607-486-231-7



9 786074 862317



PUBLICACIONES DE LA CASA CHATA

Repensar los movimientos sociales

PUBLICACIONES DE LA CASA CHATA

Repensar los movimientos sociales

Jorge Alonso



303.484098

A676r

Alonso, Jorge.

Repensar los movimientos sociales / Jorge Alonso, prefacio
Rafael Sandoval Álvarez.--México : Centro de Investigaciones
y Estudios Superiores en Antropología Social, 2013
136 p. ; 23 cm.--(Publicaciones de la Casa Chata)

Incluye bibliografía y apéndice.

ISBN 978-607-486-231-7

1. Movimientos sociales – América Latina. 2. Movimientos sociales –
México. 3. Marginalidad social – México. 4. Globalización.
5. Capitalismo. 6. Poder político. 7. Cambio social.
8. Movimientos sociales – Aspectos políticos.
9. Cultura política. I. Sandoval Álvarez, Rafael, pref. II. Serie.

A Carlos y María Fernanda por su apoyo vivificante

Tipografía y formación: Marlen Hernández Gómez

Diseño de portada: Raúl Cano Celaya

Fotografía de Portada: Rocío Rodríguez

Cuidado de edición: Coordinación de Publicaciones del CIESAS

Primera edición, 2013

D.R. © 2013 Centro de Investigaciones
y Estudios Superiores en Antropología Social
Juárez 87, Col. Tlalpan,
C.P. 14000, México, D.F.
difusion@ciesas.edu.mx

ISBN 978-607-486-231-7

Impreso y hecho en México

Índice

Prefacio	11
Prólogo	21
Introducción	27
1. Aproximaciones a los movimientos sociales	31
Una gran gama de perspectivas	31
Las teorías sobre los movimientos sociales también se mueven	34
La aproximación toureniana	34
Mirar desde el sur	37
La complejidad del movimiento altermundista	41
Una gran variedad de investigaciones sobre movimientos sociales en Latinoamérica.....	46
Desorganizar y dispersar como estrategias.....	49
Necesidad de organizar la dispersión.....	55
Una mirada a incursiones más recientes.....	61
Algunas pistas.....	68
2. Movimientos sociales y convergencias.....	71
Movimientos anticapitalistas	72
La territorialización como base de los movimientos alternativos.....	74
La discusión sobre el poder.....	76
La discusión sobre las convergencias	79
3. Repaso de los principales movimientos sociales mexicanos.....	87
4. Una experiencia reflexiva de movimientos sociales de nuevo tipo en Jalisco.....	97
Un seminario integrado por movimientos sociales	97
Colectivos que estudian otros movimientos	100
Colectivos que piensan y actúan desde la perspectiva del sujeto	105

Los colectivos y el <i>caminar preguntando</i>	106
Otra forma de hacer política	107
La búsqueda de autonomía.....	108
Los colectivos, la resonancia, las vinculaciones y las convergencias	110
Hacia algunas conclusiones	113
Apéndice.....	119
Una reseña para profundizar en los movimientos sociales.....	119
Bibliografía.....	125

Prefacio

El libro *Repensar los movimientos sociales* conduce a reflexionar sobre uno de los problemas fundamentales que sufren las ciencias sociales: la repetición de los marcos interpretativos con base en teorías obsoletas. Debería cuidarse que la investigación y la docencia no se convirtieran en un catálogo de aplicación de conceptos y técnicas a realidades y sujetos que no corresponden a dichas adaptaciones interpretativas.

En este libro se muestra claramente cómo hacer un recuento descriptivo de los libros y estudios que analizan a los movimientos sociales, algunos de los cuales aplican la metodología de la conversación dialógica con descripción etnográfica densa de la observación participante realizada durante algún tiempo, que no significa necesariamente apropiarse de la perspectiva de los sujetos estudiados. De esta forma de hacer, el autor nos da un amplio panorama.

Por supuesto, los académicos con este enfoque interpretan lo observado en los sujetos que analizan, es decir, la reflexividad propia de un sujeto que analiza a otro de manera que sus protocolos regularmente están llenos de conceptos y teorías seleccionados *a priori*, desde los cuales plantean hipótesis y preguntas. Algo diferente hace Jorge Alonso en el cuarto capítulo de la presente obra, donde da cuenta de las formas de hacer política y el pensar de los sujetos que crean movimientos de resistencia anticapitalistas, anteponiendo a su propia interpretación los discursos manifiestos de dichos sujetos. Tal vez lo haga en concordancia con ellos, con lo cual logra mostrar la conceptualización que hacen los propios sujetos.

En el primer capítulo encontramos un recuento de lo que para el autor son los principales textos académicos publicados sobre movimientos sociales. Parte de ese capítulo corresponde a una corriente de pensamiento teórico que muestra en lo fundamental los tratamientos teóricos y metodológicos de los principales académicos europeos y latinoamericanos, y se da una ejemplificación amplia de los conceptos ordenadores utilizados. En la segunda parte se expone otra corriente de pensamiento, que reivindica el reconocimiento a los sujetos de la resistencia anticapitalista.

Considero que en los autores citados en la primera parte de dicho capítulo prevalece la perspectiva positivista y estructuralista, que implica un desconocimiento

de lo histórico-social y, por supuesto, de las dimensiones del modo de pensar que los sujetos manifiestan y cómo dichas manifestaciones se van dando en la historia de manera discontinua, ejemplo de ello es cuando se menciona como novedad del siglo xx la globalización capitalista, siendo que ésta surgió hace 500 años, al alcanzar a todos los continentes el brazo colonial e imperial de las economías hegemónicas de Europa.

Quiero resaltar que lo mismo puede afirmarse respecto a las alusiones al internacionalismo, al autogobierno, al consenso, a la comunidad, entre otros conceptos que surgen de realidades concretas vinculadas a fenómenos existentes siglos atrás, nombrados por los sujetos que participan en éstos; esos conceptos fueron luego retomados por otros sujetos considerados herederos de aquéllos. Por mencionar sólo algunos, me referiré a los consejos y sindicatos de la Primera Internacional de trabajadores de finales del siglo xix, a los consejos soviéticos campesinos y comunas zapatistas de principios del siglo xx, a las organizaciones autónomas que surgieron de la guerra civil española a mediados del siglo xx y a las organizaciones autónomas de trabajadores en la Italia de los años setenta del siglo xx.

Un elemento interesante del primer capítulo es la distinción que se hace de las teorías producidas en el norte y en el sur. Sin embargo, mediante una lectura cuidadosa se puede concluir que ninguna es garantía de liberarse de elementos eurocéntricos, pues la perspectiva epistémico-política de la matriz occidental no depende de una ubicación geográfica. Esto se puede entender si además se destaca que las conceptualizaciones producidas por académicos del norte o del sur son teorizaciones igualmente hechas *desde fuera*, y que los sujetos sociales son tratados como objetos de observación. El problema es que teorizan en lugar de pensar, es decir, repiten los conceptos que sirvieron para nombrar lo que se pensó en otro momento, cuando de lo que se trata es de cuestionar, problematizar y criticar, como forma de reconocer la complejidad de la realidad, lo cual implica que si se requiere utilizar alguno de los conceptos teóricos producidos antes, deba hacerse críticamente, pues la realidad no se repite, aunque así parezca en lo superficial.

Mediante una lectura atenta se encontrará que al referirse en la segunda parte del primer capítulo a autores como Holloway, Gutiérrez, Zibechi, etcétera, desaparece la noción de *movimientos sociales*. La problemática de análisis es distinta a la perspectiva estructuralista, aunque no se explicita. Aquí se encuentran problemas como las formas de hacer política, hacer política más allá del Estado y el capital, la acción política emancipatoria, la desorganización y dispersión del poder, la lucha contra la dominación, el poder-hacer, la potencialidad de los sujetos, etcétera. Antes que una conceptualización sobre movimientos sociales, se trata de dar cuenta de los procesos y la lucha en la vida cotidiana, la resistencia ante la dominación

desde la cotidianidad. Es decir, a partir de reseñar esta perspectiva, el autor muestra una historia distinta, otra línea del estado de la cuestión teórica, en la que los movimientos sociales como categoría dejan de ser la centralidad del estudio y se reconoce a sujetos que resisten la dominación capitalista y construyen la autonomía como proyecto.

En el capítulo dos, dedicado las convergencias y el poder, el autor ofrece una síntesis de lo que ha trabajado —entre diferentes movimientos y organizaciones políticas, en procesos políticos que se vivieron en el México del siglo xx—, y una que otra referencia al problema del poder, a partir de que se reduce a los dos o tres autores que advierten sobre la relación entre la territorialidad, la comunidad y las formas de ejercer el poder popular en los movimientos sociales.¹

Se intuyen las ideas que el autor ha desarrollado en su libro sobre la búsqueda de la convergencia. Habría que considerar la idea de cómo en la sociedad capitalista lo político implica, por una parte, poder; y, por otra, resistencia. Al respecto, viene bien recordar que el autor ha planteado que en los movimientos populares se persigue la constitución de un conjunto como potente sujeto de cambio que se perfila como entidad social emergente —con sus oposiciones y contradicciones respecto a otros movimientos sociales y partidos—, de modo que las convergencias no pueden equipararse ni al frente único del proletariado ni a los frentes populares de los años treinta del siglo xx, como tampoco pueden reducirse al fenómeno de coordinadoras electoralistas de movimientos ni a los frentes coyunturales de lucha.

Por eso, las convergencias incluyen a varios sujetos plurales que van coincidiendo, se van identificando y van planeando un proyecto común, atendiendo a la construcción de un sujeto histórico capaz de llevar a cabo transformaciones radicales. En esta perspectiva, ni la sola organización uniforme, incapaz de aglutinar lo diverso y plural, ni los primeros contactos y convergencia inmediata, ni cualquier coyuntura, son aptos para desatar el proceso convergente, lo cual no implica que las convergencias sean algo lineal. Las convergencias están condicionadas y condicionan a su vez una cultura política que corresponde al comportamiento político, a los hábitos y prácticas sociales que mediante su ejercicio consolidan a la misma convergencia.

La perspectiva desde la cual el autor observó a los sujetos que se articularon en los procesos políticos descritos contiene una serie de elementos teórico-políticos que hoy pueden ser considerados para mirar hacia el futuro. Las experiencias de los colectivos políticos, en sus iniciativas para promover y generar la convergencia político-organizativa entre diferentes movimientos y organizaciones políticas, son

¹ Jorge Alonso, *En busca de la convergencia*, México, Ediciones de la Casa Chata, CIESAS, 1990.

contextualizadas a su vez en la realidad de los procesos políticos y los movimientos sociales que se vivían entonces. Las premisas teórico-políticas desde las cuales realizó su análisis están fundamentadas en las extensas etnografías que ha hecho durante su vida.

Algunas ideas sobre la necesidad y la posibilidad de la convergencia las sustenta Alonso en lo que denomina “la significación de la lucha por la unidad”, que regularmente se origina “a partir de la experiencia de los militantes”, en la perspectiva de generar síntesis superiores de dinámicas convergentes. En la problematización que hace al respecto, el autor señala que la cuestión de analizar lo individual, en comportamiento y decisiones, por ejemplo, para dar cuenta de lo político, no es suficiente y exige el análisis de las relaciones sociales, pues “la acción no tiene necesariamente una intencionalidad consistente”, de modo que “en una colectividad de intenciones particulares se manifiesta la diversidad y la heterogeneidad”.²

Además, advierte que la política se encuentra en estado de tensión entre lo general y lo particular, lo colectivo y lo individual. Plantea que es necesario “considerar el tiempo y el espacio que implica la oposición entre continuidad y discontinuidad”, además, de los espacios en que se dan los acontecimientos en el tiempo, pues el cuándo y el dónde limitan y definen la articulación de la hegemonía y el dominio.³ Así, hemos de considerar la historia y la geopolítica.

Como Galbraith, señala que las tres fuentes de poder son la personalidad, la propiedad y la organización, reconociendo con ello aspectos fundamentales de la subjetividad en la historia. En este sentido, Alonso considera que el elemento organizativo es fundamental en la política. De acuerdo con Marx, plantea que es en la lucha donde se va adquiriendo conciencia y, por tanto, que la emancipación es tarea del propio sujeto-clase. Asimismo, elabora una disertación sobre la idea de partido, desde Luckas, Lenin y Gramsci, como organizador e intelectual orgánico de la clase, que ahora ya no considera necesaria, aunque advierte que desde entonces ha sido posible la autonomía de las organizaciones sociales, con sus propios lugares y praxis, en concordancia con Bahro y Pietro Ingrao, a quienes retoma para criticar las formas de la vanguardia de los iluminados, de mediaciones corporativas, de administrador y agente de fragmentos sociales.

También reconoce que hay una serie de elementos, como son las tradiciones y los procesos subjetivos, que no permiten una reducción de los movimientos a lo estrictamente clasista, pues se sitúan con sus determinaciones concretas y transclasis en el contexto del desarrollo de una formación social específica. Así, augura

² *Ibidem*, p. 13.

³ *Ibidem*, p. 14.

que surgirán nuevos actores con otras formas de hacer política. Cabe señalar que cuando surge el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), Alonso inicia un proceso de ruptura epistémica y política respecto a teorías y posturas que había reivindicado.

En el tercer capítulo de esta obra se mencionan las luchas y movimientos sociales que el autor considera fundamentales para entender el proceso de transición a formas de organización y movilización al margen del corporativismo y la división entre dirigentes y ejecutantes: el movimiento estudiantil popular del 68, el movimiento de la sociedad del Distrito Federal ante el sismo de 1985, la rebelión del EZLN en 1994, la manifestación de los altermundistas en 2004, la resistencia ciudadana contra el fraude electoral de 2006 y la rebelión de la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO) en 2006.

Los capítulos hasta aquí reseñados contrastan con el final del libro, en el que se ofrece un ejemplo sobre un sujeto social conformado por un conjunto de colectivos y personas que se plantean como sujetos de la resistencia anticapitalista, los cuales cuestionan la misma noción de movimiento social y se asumen como sujetos anticapitalistas. Asimismo, se describe cómo dichos sujetos crean un espacio desde el que ejercen la reflexión y promueven la idea de pensar con base en una constante problematización, cuestionamiento, crítica y autocrítica, es decir, evitando repetir teorizaciones y formas metodológicas, como las que se reseñan en el primer capítulo.

En el cuarto capítulo se ofrece una reseña sobre sujetos, colectivos y singulares, que construyen un espacio de comunidad para la resistencia, desde el cual reflexionan sobre sus formas de hacer política y conciben la autonomía como proyecto. El autor logra dar cuenta, de manera compendiada, del quehacer político de estos sujetos (inscritos en la perspectiva del zapatismo), y de la metodología de su *caminar preguntando*. Al respecto, en la lectura que el autor hace de la práctica de estos sujetos, puede identificarse que tienen la capacidad de ser sus propios historiadores, analistas, antropólogos y epistemólogos. Incluso reivindica cómo se esfuerzan por reconocer que son sujetos que habitan la contradicción entre formas tradicionales de hacer política y nuevas formas en perspectiva anticapitalista. Da cuenta de un discurso que intenta ser consecuente con las formas de hacer política en perspectiva zapatista: los sujetos se obligan a problematizar, cuestionar, criticar y ejercer la autocrítica, promueven la apropiación del método del *caminar preguntando* y la comunidad de consenso, se plantean el pensar para generar rupturas epistemológicas, políticas y éticas respecto a la perspectiva del sujeto del Estado y el capital; y al mismo tiempo, el autor señala cómo entran en contradicción y vuelven a cuestionarse.

Cabe señalar de manera particular la forma en que Alonso expone el discurso y la práctica de estos sujetos, al ofrecer una especie de crónica de su quehacer desde el espacio común en que han trabajado, el cual han construido durante algunos años. Da algunas muestras de cómo reivindican la reflexión crítica sobre su práctica política, su calidad de sujetos y movimientos de resistencia anticapitalistas y las formas zapatistas de hacer política (*caminar preguntando, mandar obedeciendo*, con las que no buscan tomar el poder y control del Estado); y expone que no buscan tener como interlocutores al Estado y a los capitalistas; y que no concuerdan con la solidaridad de tipo instrumental y asistencialista. El autor ofrece una reseña sobre sujetos, colectivos y singulares, que construyen un espacio de comunidad para la resistencia anticapitalista y para pensar en la autonomía como proyecto. Asimismo, logra una interlocución, tal vez una intersubjetividad, que le permite reconocer la perspectiva de los sujetos.

En este sentido, Alonso trata de ser consecuente con la perspectiva del sujeto que estudia en el capítulo cuarto. Con todo, tres observaciones críticas haría a la perspectiva del autor respecto a su posicionamiento epistémico y político, además de reconocer y conceder que lleva a cabo, sobre todo en el primer capítulo, cierta problematización sobre las diferentes formas de hacer el estudio de lo que él llama *movimientos sociales*. Me refiero a su modo de apropiarse de un discurso conceptual en el que las nociones y categorías que utiliza son las de ciudadanía, derechos, democracia, entre otras, las cuales constituyen un discurso teórico y político que reproduce una perspectiva donde se concede al Estado y la democracia un papel fundamental. Esto ha sido así durante los últimos cuarenta años; quien conozca sus trabajos podrá corroborar lo que aquí afirmo.

La segunda observación es sobre el constante nombrar como *nuevos* a los movimientos sociales que están emergiendo cada vez; es una muestra de que no se considera a los sujetos que crean movimientos de resistencia como sujetos que vienen de procesos históricos discontinuos. Es una forma de teorizar que subsume a los sujetos en una aparente realidad actual, que no tiene pasado ni futuro. No se considera a los sujetos en un momento histórico, cuestión que regularmente no se tiene en cuenta, pues se posicionan desde una episteme historiográfica positivista.

La tercera observación es que no se da cuenta de la historia de los sujetos que crean movimientos de resistencia anticapitalista ni de los autores que han dejado una bibliografía considerable al respecto, tales como Cornelius Castoriadis, E.P. Thompson, Walter Benjamin, Silvia Rivera Cusicanqui, Gayatri Chakraborty Spivak, Hugo Zemelman, subcomandante insurgente Marcos, Robert Kurtz, León Rochizner, entre otros, los cuales no se contemplan en el estado de la cuestión teórica sobre movimientos sociales, cuando son precisamente los referentes de

sujetos que originan luchas y resistencias inspiradas en categorías como autonomía, autodeterminación, colectivo anónimo, clase y lucha, crisis, *habitar la contradicción*, discontinuidad, *el aquí y ahora*, imaginario social instituyente, resistencia a la dominación, hacer consciente lo inconsciente, el apoyo mutuo, etcétera, nociones que estos pensadores y militantes han empleado en su práctica política y su escritura.⁴

Algunas palabras sobre el autor de este libro

He tenido relación con Jorge Alonso durante los últimos veinte años. En 1987 coincidimos en la firma de un desplegado para convocar a impedir el fraude electoral que se llevaría a cabo en 1988. Pero fue en 1992, al conformarse el Movimiento Ciudadano Democrático Jalisciense (MCD-J), cuando tuve contacto directo con él. El MCD-J estaba integrado por cerca de noventa participantes: a decir de sus promotores, dos personas representativas (mas no representantes) de diversos sectores sociales. A mí se me invitó en calidad de sindicalista; a Alonso, en calidad de académico. El objetivo fue impulsar algunas iniciativas políticas en el contexto de la crisis de aquella coyuntura.

Luego vendría una convivencia política más cotidiana en el espacio de la Alianza Cívica Jalisciense (ACJ), a la que fuimos convocados para participar en nombre del MCD-J. Nos reuníamos todos los martes en el café del hotel María Isabel, ubicado en el barrio de San Antonio, donde discutíamos las tareas de la ACJ, la cual se mantuvo hasta 1998, cuando decidimos dar por terminada la relación con ésta, luego de que en una asamblea nacional, los activistas de algunas ONG intentaron convertirla en asociación política nacional partidaria, pero logramos impedirlo por votación mayoritaria. Entre ambas experiencias surgió lo que continuaría durante todos estos años: un debate sobre las nuevas formas de hacer política en Jalisco, inspiradas por el zapatismo.

Jorge Alonso ha sido un intelectual, un académico honesto y consecuente con un pensamiento crítico, aun de su propia postura política y teórica; una cualidad que no es fácil conservar, como lo ha hecho él. Ello lo hace un interlocutor auténtico, independientemente de que se coincida con su posición.

Debido a su honestidad intelectual —que implica siempre cumplir con su deber: leer, escribir, criticar, cuestionar— y a su congruencia política y teórica ha llevado a la práctica lo que piensa y ha sido, a su modo, un activista político, un

⁴ Al ser el presente libro producto de una reflexión acerca del “Seminario sobre Movimientos Sociales, Sujetos y Prácticas”, en este apartado se destacan aspectos de las discusiones entabladas en él.

intelectual orgánico de la democracia, la libertad y la justicia. No obstante, luego de cuarenta años de serlo, recientemente ha vivido un intenso proceso de ruptura epistémica, teórica y política, que lo ha colocado en la perspectiva de los sujetos de la rebelión anticapitalista.

Decir lo anterior es referirse a la labor de los grandes hombres y mujeres que han dedicado su vida a la investigación y la teorización, aquellos capaces de vivir sus propias rupturas y no vacilar en ejercer la autocrítica y reconocer la necesidad de cambiar, así haya repercusiones en su vida laboral, pública y personal.

No es asunto menor dejar de recibir el reconocimiento de los de arriba y de la mayoría de los colegas, o dejar de contar con el prestigio que otorgan las instituciones; aunque tampoco se pierde mucho cuando es sólo el reconocimiento de quienes se mueven en el mercado de las ideas que dicta el Banco Mundial como criterios para realizar estudios e investigación.

Jorge Alonso ha optado por mantener la conciencia crítica y generar alternativas al pensamiento sumiso. Es el mejor antídoto contra la mediocridad, como bien lo expresa el subcomandante Marcos en su segunda carta a Luis Villoro: “La teoría chatarra, como la comida ídem, no nutre, solamente entretiene. Y de eso parece tratarse si nos atenemos a lo que aparece en la gran mayoría de los diarios y revistas, así como en los paneles de los ‘especialistas’ de los medios electrónicos...”, yo agregaría, y a lo que hacen muchos académicos.

El autor está viviendo la ruptura teórica, epistémica y política respecto al pensamiento liberal democrático, que trató de construir como un horizonte de verdadera democracia y justicia. Alonso no pierde con eso, sino que vive una ruptura que lo está llevando adonde siempre ha deseado: con los sujetos que están haciendo la historia, construyendo otro mundo desde la resistencia anticapitalista.

Por eso, Jorge Alonso ha sido convocado por los zapatistas a compartir en sus festivales de la digna rabia; por las trabajadoras sexuales, a compartir sus luchas contra la moral y las políticas racistas de los de arriba; por eso ha sido llamado *hermano, compañero y maestro* por los indígenas cocas de Mezcala; por mencionar algunos ejemplos del aprecio que se le tiene.

El compromiso y la honestidad de Alonso, que en no pocas ocasiones han considerado ingenuidad quienes lo han querido embarcar en disputas por el poder académico, lo alejan cada vez más de las instituciones que teorizan y practican la sumisión a los del poder y el dinero, y lo acercan a quienes caminan en el nuevo tiempo de vida, con dignidad y sin los falsos prestigios revolucionarios que tanto persiguen intelectuales y académicos de universidades y centros de investigación de educación superior (públicos y privados), partidos políticos y organizaciones no gubernamentales.

El autor acompaña el proceso de crisis terminal al que han orillado con su hacer y pensar los de abajo a los poderosos, con todo y sus intelectuales orgánicos, académicos y políticos. Es lamentable que los académicos prefieran trabajar para legitimar las políticas públicas del Estado a cambio de bonos, puntos, becas, viajes y dinero, aun a costa de avalar la acumulación de capital, el despojo y la dominación capitalista. Alonso no ha temido hacer un balance crítico de su labor durante cuarenta años de trabajo académico y lo ha compartido públicamente en los homenajes que se le han brindado, así como en los más recientes aniversarios de los posgrados que impulsó y contribuyó a crear.⁵ Leer este ensayo brinda una mirada a lo que ha sido y ha hecho Jorge Alonso.

Rafael Sandoval Álvarez

Barrio de San Antonio, Guadalajara, julio de 2012

⁵ Me refiero al escrito que presenté a propósito del vigésimo aniversario de la creación del doctorado en ciencias sociales del cual fue fundador en la Universidad de Guadalajara y en CIESAS Occidente, el cual está publicado en el libro colectivo *Hacer política para un porvenir más allá del capitalismo*, editado por Grietas Editores en 2012.

Prólogo

En el último tránsito entre siglos, la sociedad y la vida política se transformaron de manera vertiginosa. Este cambio es más evidente entre los testigos y protagonistas de coyunturas políticas marcadas por los movimientos obreros, campesinos, populares y corporativos, así como por las luchas ideológicas partidistas, sindicales y clasistas que, por lo menos a nivel teórico, explicábamos a partir de la confrontación mundial entre las fuerzas capitalistas y socialistas o por el tipo de demandas planteadas en el seno de los estados populistas o de bienestar por los movimientos sociales unificados. En la sociedad posindustrial, el desdibujamiento de las ideologías y los adversarios, ahora transnacionales, la globalización neoliberal y la deslocalización de los procesos productivos, así como el control de las políticas públicas por el sistema financiero, la aguda crisis de la representación política y la fragmentación de los movimientos sociales, provocan gran incertidumbre y pesimismo. Y cuando parece predominar el desánimo y la anomia política, el libro *Repensar los movimientos sociales*, de Jorge Alonso, contribuye a la recuperación del impulso y el optimismo políticos necesarios, forjados a partir de las expresiones de transformación social que anidan en acciones colectivas dinamizadas por demandas, fuerzas políticas y actos reivindicatorios de nuevo cuño.

Además de ofrecer una revisión amplia y rigurosa de las posturas que confluyen y se debaten en el campo, este libro nos lleva a transformar las clásicas definiciones respecto a los movimientos sociales que, en casos como el levantamiento zapatista que irrumpió en México, podrían considerarse (en contextos donde los grandes movimientos sociales han logrado influir en la refundación de los estados nacionales) limitados, fragmentados y con escasa incidencia en el orden social hegemónico. Reconozco que cuando un colega boliviano me cuestionó acerca de la *inexistencia* de un movimiento indígena organizado en México, más allá del zapatismo, de haber contado con este libro hubiera obtenido alguna respuesta satisfactoria. Después de leerlo, podría haberle contestado, como sostiene Modonesi a partir de una reflexión contenida en esta obra, que en México los movimientos sociales se han visto arrinconados por el Estado y, en consecuencia, se expresan a partir de la resistencia. Y en ese sentido, las diversas luchas que se están dando en mi país, como las que se viven en los estados de Guerrero, Oaxaca, Michoacán,

Chiapas y Jalisco, no son simples acciones dispersas y contingentes. Se trata de expresiones locales que, en contextos políticos marcados por dictaduras, fundamentalismos, sistemas antidemocráticos y *poderes estadocéntricos*, forman parte de la gran oleada de movimientos sociales que, como los acontecidos en Birmania, Irak, Irán, Egipto, Grecia, España, Colombia, Venezuela y Chile, entre otros países, comparten reivindicaciones que los hacen converger, a partir de demandas y formas de protesta inéditas.

Al leer este libro y atestiguar las innumerables y variadas acciones reivindicatorias que son cada vez más recurrentes, nos vemos obligados a *repensar* las vías de transformación social y el lugar que ocupan en éstas las reconfiguraciones subjetivas. *Otras subjetividades*, a contracorriente de las acciones masivas y violentas que caracterizaron la confrontación de fuerzas sociales movilizadas en torno a liderazgos bien identificados —y, por lo mismo, sujetos a la cooptación o represión desde las altas esferas del poder—, se construyen en las redes sociales internacionales, la sociedad civil organizada y aun en pequeños grupos de solidaridad y convivencia familiares, vecinales y generacionales, formales e informales. Los derechos se ejercen *in situ*, a partir de los nuevos lenguajes y prácticas que construyen actores emergentes en alguna medida anónimos, aunque visibles, en torno a la dignidad, la justicia y la resistencia pacífica. Por lo mismo, al igual que Alain Touraine, Jorge Alonso plantea que los actuales movimientos sociales, como acciones colectivas organizadas, se definen en función de una disputa central en torno a la utilización de recursos no sólo económicos y técnicos, sino culturales, en contraste con otras manifestaciones actuales y pretéritas. El conflicto central que genera la globalización neoliberal, radica entonces más en lo cultural y en el sujeto, donde las esferas privadas invaden lo público. Esto porque la globalización se contrapone a las subjetividades, a la libertad y aun a la experiencia corporal, más allá del género.

Pero dialogando también con Boaventura de Sousa Santos, Alonso coincide en que se requiere ir más allá y adoptar una postura políticamente correcta *desde el sur*, donde lo central no sólo consista en afirmar las subjetividades, sino en superar las carencias materiales que actúan en detrimento de la dignidad humana, la igualdad ciudadana y los derechos colectivos. Esta superación depende de movimientos locales (momentáneos y en busca de una emancipación de carácter no clasista porque, como se sostiene en este libro, irrumpen movimientos por los derechos civiles, ecológicos, feministas, pacifistas, antirracistas, a favor de los migrantes, contra la homofobia, juveniles, en defensa de los derechos humanos y contra la violencia, entre otros) contrarios al capitalismo y la opresión, más allá de los derechos abstractos. Estos movimientos esgrimen los principios de autonomía, amplían

los márgenes de la política y la democracia tradicionales, y apuntan hacia nuevos marcos de ciudadanía y emancipación.

Con esta obra, Jorge Alonso se sitúa en el presente poscolonial y altermundista porque, más que tratar de movimientos opuestos al Occidente dominante, de pugnas entre el primer y el tercer mundo o de relaciones de dominación y diferencias entre el norte colonizador y el sur colonizado, su libro nos lleva a pensar en el modelo hegemónico que ha colonizado a todo el mundo a partir de la modernidad, en la noción de subdesarrollo y en el proyecto depredador que actualmente se manifiesta en el *mal vivir global*. El *buen vivir* como demanda ontológica y epistémica planteada por el movimiento indígena latinoamericano no tiene que ver más con los movimientos independentistas y anticoloniales, sino con la prolongación del estado de esclavitud, silenciamiento y opresión que se expresa en las diásporas, y con el racismo, la expropiación y explotación de los territorios y recursos de los pueblos originarios.

Y aquí recordamos la obra de Robert J.C. Young,¹ quien plantea que el neocolonialismo se caracteriza por la dominación económica, política y cultural global sobre grupos, pueblos y sociedades que cuentan con diferentes tradiciones históricas, a las cuales se impone un mismo patrón civilizatorio. Los enfoques poscoloniales, a los cuales aporta este libro, asocian la liberación política con la liberación económica y cultural, la lucha contra la opresión y la antidemocracia, además, hacen una crítica radical a las condiciones de dominación ya planteadas por el marxismo, los teóricos de la dependencia y los críticos del subdesarrollo en América Latina y África (como José Carlos Mariátegui y Frantz Fanon, entre otros).

Por una parte, el análisis pormenorizado de las perspectivas acuñadas por Alonso posibilita convergencias y la generación de lo que el mismo autor define como *cuerpos teóricos híbridos*. Esto entre una gran diversidad de conceptos y prácticas, donde sobresalen tanto *el sentirse y actuar con otros* como las variadas formas de protesta, los distintos grados de represión y permisividad, el carácter institucionalizado o no de las palestras, los ciclos organizativos latentes y activos la construcción de un antipoder estatal a partir del *mandar obedeciendo* zapatista y, sobre todo, el carácter cambiante de los movimientos sociales, que también reporta su teorización.

Y por otro lado, gracias a las *pistas libertarias* que se desprenden de los movimientos sociales acaecidos en las últimas décadas (en países como Nicaragua, Bolivia, Ecuador, Brasil, Chile y Argentina, entre otros) como a las lecciones que

¹ Robert J.C. Young, *Postcolonialism. An historical introduction*, USA, UK, Australia, Blackwell Publishing, 2001.

aporta el repaso del autor por los principales movimientos sociales surgidos entre los años cincuenta y setenta del siglo xx en México y a una *academia activista* cuyo conocimiento se construye en colaboración con las mismas organizaciones (como la generada en torno a Jorge Alonso), es posible *organizar* lo que algunos críticos —como Atilio Borón y Sergio Zermeño, también mencionados en este libro— califican como expresiones espontáneas, de fragilidad política y dispersión, propias de la multitud.

Si la identificación de las *expresiones orgánicas* de los movimientos sociales resulta importante para organizar la dispersión, la apertura de un seminario integrado por colectivos plurales jaliscienses —a cuyos resultados se dedica una parte de este libro— es del todo pertinente. En este seminario se reúnen, entre otros, colectivos de campesinos, comuneros, jóvenes, periodistas y estudiosos de los movimientos sociales. Y desde una perspectiva epistémica alterna a la convencional, la integridad sociedad-naturaleza no aparece únicamente como un derecho de los pueblos indígenas que permanecen en sus territorios originarios, sino como un derecho que ejercen sujetos plurales en los muros, las calles, los lotes baldíos y los barrios urbanos. Estos movimientos convergen y se hermanan en prácticas comunes porque —ya sea por la defensa de los bosques, los ríos y las tierras comunales, los espacios urbanos o el cuerpo y la sexualidad— se identifican como sujetos antisistémicos que practican la autonomía, la autogestión y la autodeterminación en sus territorios; además, reconstruyen en la vida cotidiana el tejido social, al margen del Estado y del capital; por sí mismos aprenden y colectivizan saberes; impulsan imaginarios sociales instituyentes desde la perspectiva del sujeto; fortalecen redes de solidaridad y apoyo mutuo; y desde una posición *altermundista* construyen *desde abajo* poderes colectivos y comunitarios, como sostiene en ese libro Raúl Zibechi.

En la presente obra destaca el potencial no sólo teórico, sino derivado de la producción de metodologías colaborativas y libertarias que posibilitan la coteorización entre sujetos plurales. Esto, cuando en este seminario se considera el estudio de las resistencias, rebeliones y revoluciones que se reportan en la historia política de Jalisco, desde la época colonial hasta el presente, gracias a lo cual los actores ahí reunidos se inscriben en un proceso diacrónico a partir del cual se construye *desde abajo* una *autonomía de facto*, marcada por la resistencia y la crítica antisistémica. El carácter persistente de las luchas, expresado en las 355 acciones colectivas identificadas en el presente, también contribuye a la identificación de las acciones que distinguen a estos movimientos de los anteriores. Los movimientos actuales luchan a partir de medios inéditos como *performances*, trabajo autónomo y acciones de autodefensa y, en este sentido, repensar los movimientos sociales supone que los

sujetos colectivos pueden apropiarse de su destino, de cara a las crisis de los partidos políticos y de la democracia representativa.

La búsqueda de *convergencias en la diversidad*, en alusión a Samir Amin, se expresa sin duda en el Foro Social Mundial y el Foro Mundial de Alternativas, como sostiene nuestro autor. Y la territorialización, autonomía, subversión epistémica y construcción de *otro mundo* caracterizan a estos movimientos alternativos: desde el acotamiento al poder egoísta sobre los territorios ancestrales en los Caracoles Zapatistas; la resistencia a la violencia, organizada por el Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad, que se articula en torno a Javier Sicilia; hasta la lucha por la democratización de los medios de comunicación y el freno a la mentira y el fraude electoral, desde el movimiento #YoSoy132.

Para concluir, considero que esta valiosa contribución se dirige en primer lugar a las organizaciones sociales que desean repensarse a la luz de los nuevos movimientos sociales, pero también se destina a una academia donde los paradigmas hegemónicos se están transformando, a una academia no conformista y rebelde, en la que los intelectuales orgánicos están dispuestos a *desobedecer* los designios del productivismo científico. El científico no comprometido con las causas sociales reproduce el neocolonialismo a partir de sus procedimientos metodológicos y sus resultados de investigación objetivos, neutrales y aparentemente distanciados. La desobediencia posindustrial a la que alude Alonso, remitiéndose a Garretón, involucra también a los académicos. Y, en este sentido, este libro no sólo se teje como resultado de la rigurosa triangulación entre nociones teóricas, experiencias empíricamente validadas y categorías acuñadas por su autor, sino a partir de *pistas* que permiten construir un mundo libre de imposición donde el poder no se toma, sino se ejerce en la vida cotidiana, como sostiene Raquel Gutiérrez en sus páginas. Éste es un buen año para la publicación de esta obra porque, más allá del significado profundo que pudo tener para el pueblo maya el cambio del ciclo *Oxla'uj B'aktun* a otro que implica renovación, somos muchos los que estamos dispuestos a construir un *mundo muy otro*, después de sentir, aprender y actuar en colaboración con quienes protagonizan estos nuevos movimientos sociales.

Maria Bertely Busquets

Tlalpan, ciudad de México, agosto de 2012

Introducción

Las investigaciones en ciencias sociales tienen muchos retos (González Casanova, 2006). Uno de éstos es renovar la capacidad de asombro ante los cambios para poder captarlos y tratar de entenderlos; otro es impedir el acomodamiento en las interpretaciones. Las investigaciones incitan a atreverse a pensar e impulsan a la docencia en las ciencias sociales a examinar sus propias enseñanzas y la obligan a ofrecer instrumentos eficaces que permitan desentrañar lo que está aconteciendo. No sólo hay muchas tendencias interpretativas en continuo movimiento; aun en un mismo autor existen corrimientos y fluidos procesos de acercamiento. Sin el acicate de las investigaciones, la enseñanza se reduce a un catálogo de planteamientos de autores y de recapitulación de viejos problemas. Los diversos tratamientos sobre los movimientos sociales son un ejemplo de que existe un constante reacomodo en la manera de entenderlos.¹

Me acerqué a la temática de los movimientos sociales cuando en los sesenta dirigí un trabajo de campo en las colonias pobres de los pedregales de la delegación Coyoacán en el Distrito Federal; ahí estudié una expresión del movimiento urbano popular (Alonso, 1980). Posteriormente, coordiné dos publicaciones sobre diversos movimientos sociales en el Valle de México (Alonso, 1986 y 1988). Desde entonces tuve que discutir las principales corrientes teóricas; que trataban de explicar el surgimiento y la configuración de los movimientos sociales; en este texto intento compartir varias de las reflexiones que he venido haciendo al respecto.

Hay muchas teorizaciones, pero no se trata de encasillar como en cama de Procusto, en conceptualizaciones preconcebidas o propias de otras latitudes y tiempos, a los movimientos que van surgiendo, sino de entender lo que dichos movimientos nos dicen de sí mismos.

Aunque algunos vean desaparecer los movimientos sociales que estaban acostumbrados a estudiar, hay en ascenso nuevas modalidades que adoptan el nombre de *movimientos sociales*. Ante la crisis de representación política han aparecido

¹ Boaventura de Sousa Santos ha advertido que las ciencias sociales que heredamos no dan cuenta de nuestro tiempo adecuadamente y se queja de que se sigan repitiendo marcos interpretativos obsoletos (Santos, 2005).

muchos movimientos sociales en América Latina en torno a demandas relativas a satisfactores elementales, a cuestiones simbólicas indispensables para la convivencia y a la urgente defensa de la vida en nuestro planeta. La defensa de una gran cantidad de derechos ha sido fuente de una variada gama de expresiones de luchas sociales.

Existen otros libros que cubren todos los aspectos de estudio de los movimientos sociales, en los que se indagan sus relaciones con diversas crisis y conflictos, y en los que se da seguimiento a los diferentes sujetos que les dan origen. Una pista fundamental para la investigación de dichos movimientos es su conexión con diversos cambios sociales. Otra inquietud que se manifiesta en esos textos consiste en dilucidar por qué surgen dichos movimientos, cómo se conforman y qué redes establecen. Una cuestión elemental de su estudio es su organización, el papel que en ellos tienen los liderazgos o el rechazo a éstos en un esfuerzo horizontalista. Ha habido muchos interrogantes en torno a cómo se relacionan los movimientos sociales con los partidos políticos y a cómo determinados movimientos devienen en formas partidistas. La mayoría de las aproximaciones a los movimientos sociales enfatiza sus contactos o enfrentamientos con el Estado, la influencia de éstos en el diseño de políticas públicas, por un lado, y la represión, de la que son objeto, por el otro. También se han estudiado los nexos entre los movimientos sociales y la democracia. Se han llevado a cabo investigaciones que evidencian las características clasistas de determinados movimientos. Abundan las aproximaciones que privilegian lo cultural, los aspectos de la identidad, la cultura y lo simbólico. En la intelección de los movimientos sociales resulta imprescindible el análisis de sus prácticas, de sus formas de actuar y hacer. Se examina no sólo el tamaño de dichos movimientos, sino además su impacto en los medios masivos de comunicación; se hacen comparaciones entre las formas de los movimientos; y se destaca la aparición de otros nuevos, así como sus ciclos de auge y declive (Porta y Diani, 2012).

Este libro no pretende repetir eso, sino que se propone presentar una serie de planteamientos recientes e intelecciones sobre los movimientos sociales. Se ha originado a partir de las discusiones llevadas a cabo en un seminario jalisciense que tiene más de cuatro años debatiendo acerca de los movimientos sociales y sus prácticas. Lo relevante de dicho seminario es que se ha integrado con académicos y miembros de muy diversos movimientos.

En el primer capítulo se parte de una revisión compendiada de los principales acercamientos sociales para transitar hacia un esfuerzo por tratar de mirar desde el sur, pues América Latina ha impulsado reflexiones originales acerca de los movimientos sociales, muchos de los cuales ensayan expresiones de tipo territorial con ánimo antiestatista y anticapitalista (Thwaites, 2010). Dado que en el referido seminario no sólo se trata de comprender la participación, sino la búsqueda de

solidaridades no utilitaristas, en un segundo capítulo se enfatiza cómo los movimientos sociales van construyendo convergencias. En el seminario han sido estudiados muchos movimientos históricos y actuales tanto mexicanos como latinoamericanos, así, el tercer capítulo ofrece una visión sintética de los principales movimientos sociales mexicanos de los últimos tiempos para tener un contexto más amplio al respecto. En el seminario se lleva a cabo un proceso de autocrítica e introspección sobre las prácticas de los movimientos que participan en él, un acercamiento a esa experiencia se encuentra en el cuarto capítulo, en el que se muestra cómo dichos colectivos jaliscienses repiensan sus propias dinámicas.

Me pareció oportuno incluir un apéndice en el que reseño un texto que puede servir para pensar los movimientos sociales de la actualidad, porque ahí presento una propuesta de conceptualización de las etapas de movimientos de indignados.

El presente libro no quiere alcanzar una definición esencialista de los movimientos, y es en sí mismo un proceso abierto para incitar comprensiones complejas en torno a los actuales movimientos sociales.

1. Aproximaciones a los movimientos sociales

Una gran gama de perspectivas

Los acercamientos teóricos se han preguntado cómo se pasa de la acción individual a la colectiva, y cómo ésta se convierte en una respuesta a las tensiones de la sociedad (Smelser, 1989). Asimismo, se ha privilegiado el estudio de cómo se desencadena la movilización social (Tilly, 1978).

Se distinguen los momentos en que surgen los movimientos como potencialidades nacientes y la tendencia a institucionalizarse (Eder, 1993). Se ve al movimiento social como la movilización voluntaria de hombres y mujeres en torno a una causa, a intereses, emociones y esperanzas (Neveu, 1996).

Existe un esfuerzo por delinear los esquemas¹ de interpretación en los que se enmarca la acción colectiva (Goffman, 1974). Se indaga por qué hay quienes prefieren salir a la calle y no se conforman con acudir a las urnas para expresar su descontento. En las variadas formas de protesta —entre las que se encuentran expresiones más sutiles— se buscan los factores contextuales que originan las diferentes respuestas (Eckstein, 2001).

Una manera de ver a los movimientos ha consistido en considerarlos como procesos y redes de organizaciones (Cisneros, 2001). Se ha enfatizado que los movimientos sociales son secuencias de acción política basadas en redes sociales internas y marcos de acción colectiva que desarrollan la capacidad para mantener desafíos frente a oponentes poderosos.

Se apunta que la acción colectiva adopta muchas formas (breve o mantenida, institucionalizada o subversiva); los movimientos no se limitan a protestar, sino que además originan sus propias organizaciones. Hay formas colectivas que surgen de repertorios culturales, existen redes y estructuras de conexión informales que utilizan modos de acción ya conocidos y les introducen innovaciones (Tarrow, 1994). Los movimientos sociales estallan en el proceso mismo de producción de

¹ Siguiendo el concepto de *marco* planteado por Goffman, se ha buscado qué esquemas de interpretación permiten a los individuos ubicar, percibir y clasificar eventos, así como otorgarles significado, encaminar la acción y sintetizar la experiencia (Chihu, 2006).

sus singularidades y tienen raigambre en los saberes de la gente, los cuales van circulando (Prada, 2005).

Se han indagado los condicionantes, la formación, la movilización y el éxito o fracaso de los movimientos. Se ha propuesto que debería distinguirse entre acciones colectivas y movimientos sociales propiamente dichos. En las primeras habría que destacar los vínculos que propician la creación de un agrupamiento que defiende activamente intereses comunes por medio de actos reivindicativos. El movimiento social sería un tipo especial de esa acción colectiva, pues además de la actuación voluntaria a favor de una causa hay una identificación de adversarios, y se dinamiza un proceso de formación de identidades en la disputa por lo que resulta central a la sociedad en turno.

Se ha profundizado en los movimientos teniendo en cuenta las oportunidades, es decir, el grado de represión o de permisividad que el poder constituido manifiesta respecto a determinadas actividades contestatarias. Hay investigadores que resaltan que la acción política surge cuando se dan las oportunidades para la intervención de agentes sociales que normalmente carecen de éstas. Los cambios en la estructura de oportunidades y las restricciones políticas crean los principales incentivos para iniciar nuevas etapas de acciones colectivas, las cuales, a su vez, configuran nuevas oportunidades. Se advierte que los movimientos no son consecuencia automática de agravios, y que la gente se alza en acciones colectivas, aun en circunstancias desalentadoras, mientras reconozca intereses colectivos, pueda unirse con otros y piense que existe oportunidad de que su protesta tenga éxito. Se aclara que los cambios en la estructura de oportunidades y las restricciones no son elementos exclusivos de los movimientos sociales, pero se insiste en que desempeñan un papel fundamental para impulsar la acción colectiva. Los agravios y las capacidades se combinan de múltiples maneras (Neveu, 1996).

Se ha tratado de avanzar en las categorizaciones, por ejemplo, definiendo *la palestra* como un sistema organizado de instituciones, procedimientos y protagonistas, en el que las fuerzas sociales pueden hacerse oír y utilizar recursos para obtener respuesta a los problemas que enfrentan. En esta forma, la palestra resulta un espacio en el que se hace visible y se enfrenta un asunto considerado como problema social. Los movimientos pueden utilizar palestras sociales institucionalizadas (medios de comunicación, tribunales, parlamentos...) o crear palestras específicas. Se enfatiza que los movimientos son las armas de los débiles, traducen malestares sociales y muestran el nacimiento de la solidaridad colectiva, pero se advierte que dichos movimientos no nacen mecánicamente por acumulación de frustraciones. Se advierte que éstos, siendo una constante, son cambiantes (Neveu, 1996).

Se ha llamado la atención en lo que respecta a las reacciones del poder ante los movimientos sociales, éstas son complejas y conllevan como respuestas tanto el aspecto represivo como la aceptación de ciertos planteamientos emanados de abajo. También se apunta que los movimientos se desgastan y tienen ciclos. Sin que haya una rígida normatividad pendular existen tendencias a la organización y a la desorganización.

Dependiendo de las teorías elegidas para la interpretación de los movimientos sociales se dan diferentes énfasis. Muchas investigaciones privilegian la perspectiva de la movilización de recursos para la cual toda acción es racional, por lo que los actores sociales se encuentran continuamente calculando costos y beneficios de cada actuación, y relacionando medios con fines. Hay una intencionalidad previa a la acción. Se presenta a los individuos agrupándose para defender con mejores medios sus intereses egoístas (Zald, 1987). No obstante, muchas investigaciones concretas han cuestionado esa aproximación, pues no existen los fines por un lado y los medios por otro, sino que se imbrican. Dewey ya había señalado que los fines y los medios no existen separados (Dewey, 1967). Se esbozan los fines en función de los medios que se perciben. No existe una relación lineal, sino más bien circular (Ibáñez, 2005).

Otros estudios apuntan hacia la explicación cultural, pues se recalca que las personas se movilizan en universos de sentido y se destaca la formación de identidades. Melucci ha planteado que se han ido estableciendo lazos de solidaridad en tanto los actores colectivos son capaces de reconocerse y de ser reconocidos (identidad) frente a la presencia de un conflicto que produce un antagonismo que se dirige a la ruptura de los límites del sistema. Al anunciar cambios posibles en el presente, los movimientos se convierten tanto en medios como en mensajes (Melucci, 1999). Los movimientos se fincan en derechos culturales (tanto individuales como colectivos); en la búsqueda de dar sentido a la existencia, logran la combinación de lo personal y lo colectivo, de lo singular y lo general, y promueven otros modos de vida y de consumo (Wieviorka, 2003).

Hay quienes señalan que escasas pero poderosas empresas, controladoras de influyentes medios de comunicación, tienen la capacidad de difundir una visión restringida del mundo excluyendo otras miradas. Ante esto han surgido movimientos que incorporan en su lucha las modernas tecnologías de la información. Quienes investigan estas modalidades aconsejan considerar la acción colectiva como acontecimiento, y proponen pasar de la idea de movimiento social como dato al concepto de sistema de acción como logro. En esta forma, los movimientos no son productos episódicos, sino procesos, dinámicas que transitan de lo latente a la resolución innovadora. Se trata de dimensiones creativas de la realidad que trastocan

las fronteras de lo global y lo local, lo público y lo privado, lo interior y lo exterior. Combinando redes de solidaridad con información, lo que se movería más que grupos organizados serían colectivos-mensajes (Aceros y Mozca, 2007).

Las teorías sobre los movimientos sociales también se mueven

No obstante, no hay que perder de vista que en el tratamiento de los movimientos sociales hay muchas ambigüedades, cosas poco claras y algunas contradicciones (Pont, 1998). No hay que olvidar que las teorías sobre los movimientos sociales tienen muchos límites, pues en la continua resistencia a la dominación y la representación cada movimiento es una experiencia singular irrepetible, y son más analógicos (Prada, 2005). Muchos fracasaron tratando de descubrir leyes rígidas para la explicación de los movimientos sociales; tercamente se constata que la acción humana no es predecible (Ibáñez, 2005). Los movimientos se hacen visibles al irrumpir en las calles cuando se sublevan contra muchas sujeciones. Aunque no logren lo que se proponen y hasta fracasen, su actuación va dejando semillas que en algún momento fructificarán. Los movimientos sociales van construyendo espacios alternativos y generando nuevos valores. Dada la complejidad y los continuos cambios de los movimientos, la teorización al respecto se encuentra en continua revisión.

La aproximación toureniana

Entre los investigadores latinoamericanos ha tenido gran influencia la perspectiva de Alain Touraine. En sus primeros escritos este investigador planteó que un movimiento social es una acción colectiva que produce identidad y está orientada a la implementación de valores culturales centrales contra los intereses e influencia de un enemigo definido en términos de relaciones de poder; los movimientos buscan el control de la historicidad, entendido como el control de la orientación total de la sociedad (Touraine, 1984).

Dicho investigador es un ejemplo de que los autores no mantienen fijos sus planteamientos iniciales. Sin olvidar su primera definición de movimiento social, periódicamente repite que éste consiste en una acción colectiva organizada, definida y provocada por un conflicto social central, que es una lucha alrededor del modo de utilización social de recursos económicos, técnicos, culturales u otros que son valorizados por quienes se los disputan (Touraine, 1992). Un ejemplo clásico

de movimiento social sería el movimiento obrero (Touraine, 1982); pero debido a profundos cambios socioeconómicos, ese movimiento ha dejado de ser primordial en los últimos tiempos. Últimamente, Touraine ha precisado que el conflicto central está inscrito en lo cultural.

A mediados de la primera década del siglo *xxi*, considerando el énfasis cultural, Touraine ha soslayado otros elementos. Plantea que los movimientos propios de la sociedad industrial ya han sido desplazados; se ha transitado del énfasis en los hechos sociales al del agente y su agencia. Las antiguas instituciones y sus normas ya no garantizan la seguridad de la gente. Prevalcen los flujos, lo imprevisible es regla, y todo se fragmenta. Este autor defiende que las categorías culturales han sustituido a las sociales y que la idea de sociedad ha sido reemplazada por la de sujeto. Mantiene su visión de un conflicto central, pero ahora señala que además se oponen las fuerzas no sociales animadas por la globalización (mercado, guerras, catástrofes) y el sujeto privado de valores sociales que han sido liquidados. Surgen nuevos movimientos que son más culturales que sociales, que luchan contra la globalización neoliberal. El conflicto central contrapone la globalización a las subjetividades, a la voluntad de ser sujeto. Hay una búsqueda de la existencia singular. Los nuevos movimientos exigen el reconocimiento de un nuevo tipo de derechos: los culturales. Sus demandas son distintas a las que había en las sociedades preindustriales e industriales. El conflicto social y la unidad de campo de referencias culturales se combinan para constituir los movimientos.

Touraine insiste en lo cultural como elemento central de un nuevo esquema de comprensión del mundo contemporáneo. Afirma que se ha debilitado la noción de movimiento social, que como instrumento de análisis ha perdido todo su contenido (Touraine, 2005: 116). Al repasar la enorme cantidad de estudios que ha hecho sobre movimientos sociales confiesa que se ha dado cuenta de que un gran número de ellos son movimientos culturales. Reconoce que la novedad de aquéllos se perdió cuando fueron analizados con elementos de las viejas concepciones sobre los movimientos (Touraine, 2005).

De acuerdo con Touraine, en este nuevo paradigma se puede ver que el movimiento de mujeres lucha no sólo por la igualdad de derechos, sino sobre todo por su libertad; y sus adversarios principales son los productores de la imagen comercial de la mujer. Las mujeres se rebelan por el hecho de ser tratadas como objetos sociales, sin otro límite que las leyes del mercado. Destaca que ellas se identifican en primer lugar como mujeres; luchan por construir una sexualidad a partir de una experiencia del cuerpo. El autor considera que la definición de género como base de la construcción de papeles sociales diferenciados es insuficiente (Touraine, 2006: 69). El viejo movimiento feminista había visto en el género una forma de

dominación masculina, una construcción al servicio del monopolio de las relaciones heterosexuales de tipo familiar. Touraine critica que la construcción de género haya sido dominada por el modelo heterosexual y resalta que la conciencia de ser un sujeto es más profunda que la pertenencia a un género. Hace ver cómo las mujeres se interesan en la transformación ética, moral, en cómo vivir; no pretenden hacer una sociedad de mujeres que reemplace a la sociedad de los hombres, ellas reconstruyen para los hombres y las mujeres. Se constituyen como sujetos por medio del rechazo a todas las polarizaciones. Rechazan la separación de la sexualidad y el amor.

Hay un nuevo modelo de modernización femenino en el que el centro es el sujeto. En vez de luchas de clases, actualmente hay en conflicto dos imágenes opuestas de la individualidad: una que defiende la identidad, la homogeneidad y el comunitarismo, y elimina las minorías; y otra que defiende los derechos de cada uno a controlar el espacio en que se llevan a cabo las actividades humanas, los juicios de valor sobre cómo comportarse con el otro, con el cuerpo y la sexualidad. Lugar central de la sexualidad es la invención de sí. Existe un esfuerzo de las mujeres por reconstruir el mundo. Hay un rechazo a las falsas generalidades sobre la naturaleza o sensibilidad femenina, a todo esencialismo, a que se vea a la mujer como víctima sin capacidad de tomar en sus manos su propio destino. Touraine hace ver que las mujeres dicen “soy una mujer, y no una víctima”. Bajo la influencia de las mujeres se configura un mundo en el que lo privado invade lo público.

El modelo en que la realidad se pensaba en términos socioeconómicos se ha terminado afirma Touraine, y subraya que ahora las cosas se definen en términos culturales. Empiezan a prevalecer las palabras de las mujeres contra los discursos respecto a ellas. De la experiencia personal se pasa a la acción colectiva. Las mujeres propiamente no luchan contra el poder social de los hombres. El movimiento actual de las mujeres no es un movimiento social (como lo fue el obrero); no se observa un conflicto entre mujeres y hombres por la apropiación de los principales recursos producidos por la cultura. Las mujeres hablan de sí mismas tanto en términos universalistas como particularistas, en términos de derechos e injusticias, pero no de guerra social. Su liberación no es producto de un cambio tecnológico o económico. En las mujeres hay una fuerte referencia a ellas mismas, a su libertad y a los valores en que sustentan su desarrollo. Por eso mismo, Touraine recalca que no habría que verlas como movimiento social, sino como operadoras de la transformación del campo cultural. Lapidariamente afirma que el movimiento de mujeres del posfeminismo no se inscribe en los movimientos sociales.

Aunque las mujeres no forman un movimiento social que tenga a la vez objetivos económicos y políticos, no limitan su acción a la esfera privada. Hay una

crítica a la comercialización del sexo y a la erotización de la mercancía. Touraine sostiene que las mujeres en el nuevo paradigma no son sólo el actor central, sino la figura principal de sujeto, es decir, de la capacidad y voluntad de individuos y grupos de constituirse en su derecho a actuar libremente. Le reconoce al antiguo movimiento feminista el haber conseguido que ahora sea posible la construcción de las mujeres como sujeto. Habría que visualizar cómo las mujeres no quieren ser reducidas a sus funciones sociales.

En el feminismo, las mujeres rechazaron la dominación masculina; en el posfeminismo aun van más lejos y no se limitan al combate a la dominación en nombre de una voluntad colectiva, sino que el fin de la acción consiste en proclamar la libertad, la de los sujetos que se liberan y se crean ellos mismos. Touraine exhorta a construir ese pensamiento de sujeto, de libertad y de liberaciones (Touraine, 2006).

Mirar desde el sur

No se puede decir que Touraine desconozca la realidad latinoamericana, sus investigaciones en América del Sur lo comprueban ampliamente (Touraine, 1987). Sin embargo, su perspectiva de que se ha pasado de los movimientos sociales hacia los movimientos culturales no deja de tener un dejo eurocéntrico. Otro investigador, Boaventura de Sousa Santos, pese a su origen europeo y a que su formación académica la obtuvo en una de las universidades más prestigiosas de Estados Unidos, precisamente por sus investigaciones realizadas en Sudamérica ha planteado la necesidad de cambiar la mirada y tratar de teorizar desde el sur. Santos, criticando las concepciones nortecéntricas se ha rebelado en contra de unas ciencias sociales culpables de que mucha experiencia social se encuentre subteorizada. Las ciencias sociales heredadas no pueden dar cuenta adecuadamente del tiempo que estamos viviendo.² En esta forma plantea que se necesita un pensamiento alternativo y atre-

² En uno de sus libros, Boaventura de Sousa Santos reflexiona sobre su trabajo de campo en Brasil para hacer su tesis doctoral en Yale a finales de los años sesenta y principios de los setenta. Primero se encontró con el hecho de que todo lo que había aprendido en los libros de metodología le servía muy poco y le estorbaba mucho para hacer la investigación en una favela. Este autor afirma que la mayor parte de los libros de metodología “aunque se ocupaban de las diferentes técnicas para evitar la inducción de respuestas, dejaban fuera la fuente fundamental de esa inducción, al propio científico social como estereotipo viviente que reproducía un horizonte de expectativas” (Santos, 2009: 236). Había “informantes clave” adiestrados, que se habían convertido en un casi sujeto de la ciencia social, un “objeto” elevado a la categoría de “sujeto”. “El grupo de los objetos (informa-

verse a profundizar en la indignación social contra la desigualdad y la exclusión, pues el malestar es el inicio del camino transformador (Santos, 2003).

La difusión social de la producción contribuyó a que aparecieran nuevas formas de opresión, nos dice Boaventura de Sousa Santos. También hay nuevas formas de opresión que sobrepasan las relaciones de producción. Con el aislamiento del movimiento obrero se facilitó el surgimiento de nuevos sujetos sociales y de nuevas prácticas de movilización social (Santos, 1998). Para este autor, la novedad está en que los movimientos que han venido irrumpiendo no se expresan en una lucha política tradicional, sino sobre todo social y cultural. Concuere con Touraine en sostener que los protagonistas no son las viejas clases sociales, pero enfoca su análisis en grupos con contornos definidos por intereses colectivos muy localizados, pero potencialmente universalizables. Se exigen transformaciones concretas, inmediatas, locales; pero critica la concepción que trata de destacar que lo nuevo de los movimientos se centra en la afirmación de la subjetividad. Duda que los nuevos movimientos sociales puedan ser explicados en su totalidad por una teoría unitaria. No hay movimientos sociales puros o claramente definidos, existe una multidimensionalidad. Más que un horizonte posmaterial, en América Latina los movimientos hacen demandas por las graves carencias que impiden una vida digna. Los nuevos movimientos realizan una traducción intercultural entre los derechos humanos y otras concepciones de la dignidad humana. Se da una constante lucha por los derechos humanos colectivos. Se ha propiciado una crítica radical al paradigma dominante, y se ha pasado del conocimiento-regulación al conocimiento-emancipación. Existe una pluralidad de formas de poder combinadas de manera específica. El poder jurídico estatal es heterogéneo y además circulan en la sociedad poderes jurídicos no estatales. Al ser el poder una relación regulada por un intercambio desigual, tiene capacidad de reproducir desigualdades. Existe un potencial emancipatorio debido a la movilización política alternativa (Santos, 2000).

dores) adiestrados y especializados podrían, si se ponían de acuerdo, actuar sobre la ciencia como grupo de presión, negociando una participación en los beneficios de la producción científica o, incluso, una participación en la configuración de los resultados de la investigación. Este escenario no es tan utópico como podría parecer. En antropología, quienes realizan trabajo de campo hace tiempo que se han visto ante problemas que apuntan en esta dirección [...]. Desarrollé un respeto menos que moderado por las reglas de la ciencia convencional, en especial, por las que llenaban los gruesos manuales sobre la observación participativa, a la sazón, el método más de moda para la investigación empírica. Llegué a creer que era mediante la violación de las reglas como mejor entendía la realidad social. Cuanto mayor era la violación, tanto más profunda era la comprensión” (Santos, 2009: 236). “No obstante, guardé al mismo tiempo la regla de oro de la observación

La irrupción de poderosos movimientos emancipatorios que, innovando, se han convertido en los nuevos protagonistas ha sido examinada por Boaventura de Sousa Santos. Es posible enlistar una amplia gama de nuevos sujetos y de nuevas prácticas de movilización social. Lo importante de lo nuevo es la gran diversidad de esos movimientos. Se trata de movimientos ecológicos, feministas, pacifistas, antirracistas, de jóvenes, de defensa de derechos humanos, de autoayuda, de consumidores, etcétera. Este autor puntualiza que todos esos movimientos —insertos en lo cotidiano y defendiendo valores, la cultura y la calidad de vida— constituyen una profunda crítica a la regulación social capitalista y denuncian nuevas formas de opresión. Asimismo, manifiestan modalidades de discontinuidad y de preferencia por los espacios locales, transformando lo cotidiano en una red de síntesis momentáneas y locales. Santos acepta que entre esos movimientos hay algunos que luchan por la emancipación personal y cultural, pero no considera que se haya perdido su carácter social. Si bien ya no se trata de movimientos clasistas, se manifiestan grupos sociales con intereses colectivos.

participativa, y lo hice de una manera casi compulsiva: escribí acerca de mi vida cotidiana, hasta el mínimo detalle [...]. Fue en el uso de largas conversaciones con líderes radicales de la favela donde más aprendí acerca de la opresión social y política bajo la dictadura militar” (Santos, 2009: 237). “Sólo más tarde (y nunca del todo) entendí cómo deberían alimentarse los dos proyectos el uno al otro [el científico y el político] si quería evitar el tan extendido síndrome esquizofrénico de los científicos sociales del momento: ser revolucionarios como activistas políticos y reaccionarios como científicos” (Santos, 2009: 238-239). “La construcción de una práctica social alternativa justificaba a mi entender la inevitable violación de las reglas del método científico” (Santos, 2009: 239). Y pone dos ejemplos: ¿conversación natural o la orientación deliberada?, ¿plena participación o sólo observación de los hechos? “En cuanto a la primera de mis preguntas, yo era reacio a sacar a colación el tema de mi investigación mientras tenía la sensación de que sería una decisión unilateral, extraña al contexto del encuentro verbal y a la que forzaba a la persona con la que estaba hablando sobre la base de mi superior estatus social [...]. Esta actitud se basaba en mi negativa a ver a los sujetos de la interacción abierta como objetos de una interacción secreta (entre mí y el ‘mundo de la ciencia’). Empecé a pensar que la función de control social que desempeñaba la ciencia moderna comenzaba con el carácter represivo del discurso verbal que imponía a sus objetos tanto en los cuestionarios como en las entrevistas [...]. Estaba llegando a la conclusión de que, sobre la base de las mismas premisas de la producción material —esto es: la propiedad privada y la productividad orientada hacia el beneficio—, la producción de la investigación científica expropiaba el discurso autónomo del lenguaje cotidiano de sus objetos para construir su propio patrimonio de discurso científico que luego se utilizaba como una forma de poder social [...]. Posteriormente, cuando analizaba los datos, me vi ante una especie de dilema retrospectivo: mi intento de adoptar una postura ‘políticamente correcta’, y el grado de violación de las reglas de la investigación de campo que ello implicaba, me habían convertido en científico social convencional en mayor medida de lo que

Los nuevos movimientos, de acuerdo con Boaventura de Sousa Santos, más allá de derechos abstractos exigen transformaciones concretas. Estos movimientos llevan a detectar una multidimensionalidad de relaciones sociales y de sentidos de la acción colectiva; se nutren con innumerables energías. Este autor puntualiza que los movimientos más que un rechazo a la política lo que expresan es una ampliación de ésta más allá de sus límites tradicionales. Esto lo lleva a descubrir que habría que advertir que se trata de una politización de lo personal, cultural y social. De esta manera se piensa y organiza una ciudadanía en nuevos ejercicios. Una marca de esta novedad es que se combaten las dependencias burocráticas, se incentivan autonomías y se busca renovar el principio de comunidad. En estas dinámicas se prefieren las estructuras descentralizadas y fluidas y se impulsa la acción política no institucional. Para entender lo novedoso, el autor invita a tener en cuenta las diversas combinaciones o constelaciones sociopolíticas. Hay ciudadanías sin subjetividad ni emancipación; subjetividad sin ciudadanía, ni emancipación; eman-

estaba dispuesto a admitir entonces [...]. Una distancia (mal) calculada respecto a la metodología convencional y a la política científica hegemónica había acabado por mejorar mi 'capacidad extractiva' y había enriquecido mis archivos con abundante y preciosa información" (Santos, 2009: 239). Después hallaba consuelo al pensar "en que el conocimiento cuyo secreto se guardaba tenía una importancia crucial para la construcción del conocimiento que me permitía a mí mismo publicar" (Santos, 2009: 239). "La mistificación estructural sobre la que se base la observación participante tenía que revelar su dilema con plena claridad: si observas, no ves; si participas, no recuerdas" (Santos, 2009: 241). Boaventura narra cómo se dio cuenta de que "la ciencia social establecida en las sociedades capitalistas avanzadas reproduce, de un modo muy específico, la estructura de dominación clasista" (Santos, 2009: 246). Santos escudriña los dilemas y las ambigüedades de los métodos de investigación de campo. El conocimiento escrito "parecerá ser un conocimiento rumiado, o más bien, aplazado. Se basaba en una distancia temporal entre el cognoscente y el objeto conocido, y carecía en consecuencia de la intensidad del conocimiento instantáneo (el conocimiento práctico en el momento mismo que se ejercita)" (Santos, 2009: 248). "Escribir acerca de algo significa escribir desde el lateral de ese algo, nunca desde el centro" (Santos, 2009: 249). Reflexiona sobre cómo adoptó una metodología transgresora; quiso después discutir los resultados de su investigación con los residentes de la favela: "devolver el estudio a la comunidad, el sueño más acariciado por los científicos radicales a finales de la década de 1960 y comienzos de 1970" (Santos, 2009: 252), pero no pudo porque se había incrementado la represión. Y reflexiona que aunque hubiera sido posible "habría resultado ser un ejercicio absurdo. En el curso de las pocas discusiones que tuve en privado con mis amigos de la comunidad se puso claramente de manifiesto que mis hallazgos eran para ellos evidentes o irrelevantes [...]. Mis teorías nada decían de la cuestión omnipresente sobre qué hacer [...]. Habiendo decidido evitar el análisis político por temor de que mis recomendaciones, una vez redactado fuera de contexto, pudieran utilizarse contra los favelados, eliminé la única base sobre la que los resultados de mi investigación podrían haber sido entendidos, y discutidos en concreto en términos prácticos, dentro de la favela [...]. Al convertirme yo en científico, los favelados se convertían en objetos" (Santos, 2009: 252).

cipación sin ciudadanía ni subjetividad, emancipación con ciudadanía, pero sin subjetividad; y emancipación con subjetividad, pero sin ciudadanía. El desafío de los nuevos movimientos consiste en que en sus búsquedas puedan encontrar la síntesis entre subjetividad, ciudadanía y emancipación (Santos, 2001).

Cada cultura tiene una naturaleza incompleta, sostiene Boaventura de Sousa Santos; esto debería llevarlas a que dialoguen. El autor considera que la modernidad occidental ha producido un imperialismo cultural y un *epistemicidio*, y propone construir una concepción multicultural de los derechos humanos. En esas dimensiones se han ido colocando los nuevos movimientos sociales en su preocupación por construir una sociedad más igualitaria y respetuosa de las diferencias.

La complejidad del movimiento altermundista

Para entender tanto el meollo de los movimientos sociales como sus modificaciones más radicales muchos autores han puesto sus ojos en el movimiento altermundista. La globalización neoliberal ha implicado transnacionalización de la economía; disminución del volumen de trabajo activo necesario para la producción de bienes; gran movilidad y deslocalización de los procesos productivos; confiscación de derechos que eran considerados inalienables; destrucción del medio ambiente y aumento de los riesgos. No se puede olvidar que el capitalismo neoliberal ha precarizado el empleo y los salarios; ha aumentado el desempleo; ha degradado los derechos a la vivienda, a la salud y a la educación; ha extendido la marginación social; ha producido una gran variedad de parias; y ha desatado la inestabilidad social y la violencia. Encima se ha criminalizado a la protesta social; crecen las privaciones en los hogares; se aflojan y achican las redes sociales; aparecen la anomia y la desorganización. Se ha producido una grave decadencia social que ha exacerbado el enfrentamiento lento y corrosivo de pobres contra pobres. Se ha disparado la desigualdad social (Wacquant, 2001). En el anteriormente llamado *tercer mundo* se ha retornado a una cuasi servidumbre en la manufactura, y se han desvalorizado los saberes. Las finanzas organizadas, la empresa industrial y el crimen organizado forman parte de un mismo conjunto; y no hay membrana entre dinero sucio y dinero limpio. Los estados, limitados ante los poderes fácticos, temen y enfrentan los estallidos por la pobreza y la desigualdad; y desde abajo han aparecido resistencias populares. Si bien no es posible dominar inmediatamente el orden caótico neoliberal, es factible que los oprimidos se defiendan solidariamente (Joxe, 2003).

Pese al fracaso en el cumplimiento de sus promesas, el neoliberalismo prosigue imponiéndose y extendiendo sus males. Aun economistas del sistema, como el premio Nobel J. Stiglitz, han señalado sus graves problemas y que hay otras opciones, por ejemplo: “el este asiático demostró el éxito de una trayectoria significativamente distinta a la del Consenso de Washington, con un papel para el Estado mucho más amplio que el papel minimalista que permitía el fundamentalismo de mercado” (Stiglitz, 2006: 64). Stiglitz ha advertido que “proporcionar educación a la gente, pero no tener puestos de trabajo que ofrecerles es una receta perfecta para producir descontento e inestabilidad, pero no crecimiento” (Stiglitz, 2006: 86). También ha apuntado que si “los gobiernos no aplican una política redistributiva potente, los trabajadores no especializados saldrán perdiendo y vivirán peor” (Stiglitz, 2006: 344); pero los gobiernos tienen enormes ineficiencias para garantizar la justicia y la seguridad de sus ciudadanos (Ramírez, 2006). En el capitalismo global, el capital ya no se identifica con un solo país, sino con el sistema global en su conjunto; esto ha provocado el surgimiento de la clase capitalista global (que es dueña de las grandes compañías multinacionales, la cual tiene conciencia de clase y actúa como tal). Por su parte, los llamados *organismos multilaterales* representan los intereses de ese capital y crean la infraestructura y la regulación global para servir a éstos. Los estados responden a las exigencias de ese capital y no pueden satisfacer las demandas populares, por lo cual se constriñen a un papel más policial que político. En los países latinoamericanos, ciertas élites se han integrado al capitalismo mundial y forman una base local de esa economía global. El capitalismo global tiende a generar mucha riqueza, pero la polariza y no tiene posibilidad de redistribuirla. Existe sobreacumulación (hay mucha producción que no puede ser absorbida por el mercado global). Esto causa severas crisis y contradicciones específicas del capitalismo global.³ Va surgiendo una clase trabajadora global, que todavía no tiene conciencia de ser una clase de esa naturaleza. Como el capital se ha globalizado, las clases sociales subalternas no pueden intervenir para exigirle al Estado que redistribuya la riqueza. Las masas en su dispersión no tienen la suficiente fuerza para enfrentar al capitalismo global. Se va constatando que dicho

³ Una de esas crisis es el entrapamiento del llamado capitalismo especulativo. Hay una voracidad de ese capital frente a una limitada expansión del capital sustantivo. El capital especulativo se apropia crecientemente de un excedente cuya producción no contribuye en nada; el capital sustantivo ve limitada su expansión. Pero la etapa especulativa no puede mantener por mucho tiempo la contradicción producción-apropiación, tiene límites. Las ganancias ficticias están constituidas por la valorización especulativa de diversos tipos de activos y por el crecimiento de la deuda pública de los estados. El problema es que las crisis financieras conllevan también la destrucción de capital sustantivo (Carcanholo y De Souza, 2007).

capitalismo no puede ofrecer soluciones a la mayor parte de la humanidad (Robinson, 2004).

Frente a este desolador panorama de la globalización neoliberal se han tejido redes de movimientos para plantearse otro nuevo en pos de una globalización alternativa. Se han fraguado redes y alianzas de movimientos en contra de la exclusión social, la precarización del trabajo, la decadencia de la política, la destrucción del medio ambiente, etcétera. Se está reinventando una emancipación profundamente social. Se movilizan luchas locales, pero se opone resistencia a poderes translocales. En la vida cotidiana se expresan resistencias a la opresión. Se traza multiculturalmente la emancipación social. En estos nuevos movimientos sociales se incluye una disputa sobre el conjunto de significaciones culturales y otra por la resignificación de las prácticas. Se logran muchas convergencias que se manifiestan en formas de hibridación cultural. Surgen movimientos que reclaman derecho al trabajo, al desarrollo, a la información. Los nuevos movimientos se plantean la democracia participativa como una política de acción social que posibilita la toma de decisiones como autogobierno; así se van conformando nuevos sistemas de gobernar y las comunidades van eligiendo sus prioridades. Se ensaya la demodiversidad, que implica el reconocimiento y la potenciación de las múltiples formas que puede asumir el ideal democrático, a lo que se le añade la articulación contrahegemónica entre lo local y lo global —cosa que es indispensable para enfrentar el peligro del aislacionismo localista—, y la ampliación del experimentalismo democrático participativo (Santos, 2004).

Los nuevos movimientos han transitado de la acción conformista a la acción rebelde, aunque enfrentan el inconveniente de la opacidad del enemigo. Se inconforman ante el riesgo de la perpetuación del presente. Perciben que lo que no existe está ausente porque no se le ha dejado existir. Se plantean construir una globalización contrahegemónica desde abajo. Ante los múltiples rostros de la dominación y la opresión perciben que no hay un único principio de transformación social. Se buscan consumos solidarios, se apuesta a la sustentabilidad democrática, a las soberanías dispersas y a un nuevo internacionalismo. Se reclama el derecho a la repartición del trabajo. Hay conciencia de la necesidad de *sociabilidades* alternativas. Se constata una experiencia social amplia y variada. Hay muchas y muy diferentes luchas y se busca hacerlas mutuamente inteligibles, crear una inteligibilidad recíproca entre las experiencias diversas. Se busca la creación de constelaciones de saberes y de prácticas suficientemente fuertes para proporcionar alternativas creíbles y liberarse de la mercantilización totalizante.

Hay planteamientos sobre la construcción multicultural de la igualdad y de la diferencia. Por ejemplo, en septiembre de 2007 en un poblado estadounidense

sureño se reunieron participantes de movimientos muy diversos: estaban quienes luchaban por los derechos civiles, por la justicia ambientalista, contra el racismo y la homofobia, por los derechos de los migrantes, por la vivienda y la salud, y por expresiones culturales. Esta reunión conjuntaba a sureños pobres con indígenas y latinos. Se planteaba que las alianzas entre los negros, latinos y blancos eran clave para la solidaridad e independencia en la lucha contra una cultura empresarial que estaba amenazando al planeta. Se subrayaba que no sólo había que recuperar tierras y reconstruir regiones, sino, sobre todo, los que participaban en esas luchas habrían de reconstruirse. Había una convicción de que los movimientos rebeldes tenían que globalizarse. Se consideró la importancia de generar movimientos a nivel local con miras a tejer un movimiento nacional que se vinculara transnacionalmente. Recuperando la inspiración neozapatista del *mandar obedeciendo* se vislumbró un futuro donde la sabiduría del sur estadounidense se encontrara con la del sur global.⁴

Samir Amin ha advertido que las diversas reuniones del Foro Social Mundial se han convertido en lugares de encuentro de una gran cantidad de resistencias; pero reconoce que en ellos no se ha profundizado el debate ni se han desarrollado estrategias de lucha. Todos esos movimientos llevan a cabo luchas legítimas, pero la mayoría de las veces se encuentran delimitadas en el espacio y constreñidas a un ámbito. También existen otros foros, como el Foro Mundial de las Alternativas, en los que se tejen redes que intentan poner en contacto a movimientos en lucha, discutiendo objetivos y buscando cristalizar estrategias comunes. Amin ha señalado que el respeto a la diversidad no excluye la necesidad de construir convergencias. Se ha ido ampliando la conciencia de que las diferentes luchas deben entrar en contacto e integrarse en proyectos coherentes alternativos. El desafío es pasar de la resistencia a la ofensiva, lograr la cristalización de una alternativa positiva. Dado que el capital está mundializado, hay que hacerle frente de la misma forma, construyendo una convergencia de la diversidad a escala mundial (Amin, 2007). Por su parte, Boaventura de Sousa Santos está convencido de que nuestras sociedades están atravesando una situación de inestabilidad sistémica, un periodo de bifurcación, en el que un cambio mínimo puede producir imprevisible y caóticamente grandes transformaciones (Santos, 2005).

Manuel Castells ha aportado elementos para la teorización de los movimientos sociales, afirma que éstos son los actores que aspiran al cambio cultural. Las políticas insurgentes son los procesos que aspiran al cambio político en discontinuidad con la lógica de las instituciones políticas. Las políticas insurgentes provocan la

⁴ El reporte de esta reunión se encuentra en las lecturas semanales correspondientes a septiembre de 2007 recopiladas en <www.insumisos.com>.

transición entre el cambio cultural y el político mediante la incorporación de sujetos movilizados por ambos a un sistema político al que no pertenecían. Nadie puede predecir el resultado de los movimientos sociales. Cualquier cambio estructural en los valores institucionalizados en una determinada sociedad es el resultado de movimientos sociales. El cambio social es el cambio que la gente espera alcanzar al movilizarse. Los movimientos sociales se forman comunicando mensajes de rabia y esperanza. La estructura concreta de comunicación de una sociedad conforma en gran medida los movimientos sociales. Éstos y las políticas insurgentes pueden entrar al espacio público mediante la comunicación horizontal y aun a los medios mayoritarios, pero deben adaptarse al lenguaje de esos medios. Hay movimientos de construcción de conciencia ecologista y el movimiento por una globalización justa. Hay nuevos movimientos espontáneos que pueden presionar y transformar la indignación en políticas insurgentes aprovechando la conexión de los teléfonos móviles. Castells ha estudiado en particular los movimientos globales contra la globalización capitalista. “Actuando sobre los códigos culturales que enmarcan la mente, los movimientos sociales ofrecen la posibilidad de crear otro mundo diferente” (Castells, 2009: 530). Esos movimientos introducen nuevas fuentes para la toma de decisiones. “Cuanto más grande sea la autonomía de los sujetos comunicadores respecto a los controladores de los nodos de comunicación sociales, mayores serán las oportunidades para introducir mensajes que cuestionen los valores dominantes y los intereses en las redes de comunicación” (Castells, 2009: 531). Este autor ha subrayado que los poderes le tienen miedo a la Internet (Castells, 2011). Plantea que hay movimientos que se conectan en red para constituirse y hacer que las tecnologías de la red social sean esenciales para ir más allá del control mediático y estatal; hace ver que por esto mismo no hay un liderazgo central. Otra característica de esos movimientos es que dicha tecnología les permite una constante reconfiguración, lo cual los hace más resistentes a las represiones, y, así, pueden sobrevivir a los ataques tanto de fuera como de dentro. Llama la atención que estos movimientos se hacen visibles en los espacios públicos mediante la ocupación de lugares urbanos. Un elemento más es la intervención de lo subjetivo emocional. No hacen un llamado a clases, sino a personas con inquietudes similares. Finalmente, otra de sus características fundamentales consiste en que optan por expresiones no violentas. No son ideológicos, pero sí políticos, porque quieren cambiar muchas cosas, una de ellas, la democracia reinante. El autor enfatiza que más allá de su actuación, el legado de estos movimientos es la esperanza transformadora (Castells, 2012).

Una gran variedad de investigaciones sobre movimientos sociales en Latinoamérica

El movimiento altermundista ha sido global, pero ha tenido expresiones poderosas en Latinoamérica. Las investigaciones sobre los movimientos sociales en dicha región no se han circunscrito a este movimiento, pero cada vez está más presente en la reflexión académica.

Muchos autores han profundizado en el amplio movimiento que se expresa contra la globalización neoliberal y contra muchas de sus manifestaciones: mercantilización de los valores, depredación ambiental y discriminación. Algunos han llamado la atención sobre las realidades tan diversas que se aglutinan en el altermundismo impulsado en movimientos latinoamericanos, la falta de estructuración y la mezcla de temas globales con particularismos locales; constatan que se trata de un movimiento de reacción y resistencia de cara a la crisis estructural (Fougier, 2004). De la consigna "otro mundo es posible" se ha ido pasando a "otros mundos son posibles", y se ha apuntado que no sólo son posibles, sino necesarios ante un capitalismo que se ha vuelto más inhumano. "Otro mundo es posible" ha implicado mundos contruados de otro modo.

La investigación sobre los movimientos sociales en Latinoamérica ha sido muy abundante.⁵ Muchas publicaciones versan sobre el rescate y la descripción de varias luchas y movimientos sociales. Al tratar temas similares tienen coincidencias, pero también destacan en ellas elementos diferenciadores. Hacen hincapié en las diversas expresiones de resistencia, en las defensas de autonomía, en las modalidades que adoptan los sujetos políticos de cambio, en el amplio repertorio siempre cambiante de las tácticas utilizadas y en las búsquedas de bases éticas.

Algunos investigadores presentan interpretaciones teóricas que permiten apreciar los desplazamientos del circuito de la valorización del capital al espacio de la reproducción y cuidado de la vida misma (Martínez, 2007). Manuel Antonio Garretón plantea que se ha pasado del paradigma de la sociedad industrial y el Estado nacional, donde se veía como determinante la posición estructural en la conformación de la acción colectiva y los actores sociales, a otro paradigma propio de la sociedad posindustrial, donde hay una diversidad fluctuante de actores sociales centrados en una instrumentalidad de tipo organizacional e institucional. Los

⁵ Como una muestra de las investigaciones latinoamericanas sobre movimientos sociales se pueden consultar las siguientes publicaciones de Clacso: Filgueira, 1985; Calderón, 1986; Verdesoto, 1986; Seoane, 2003; Garza, 2005; Mirza, 2006; Boron y Lechini, 2006; Prada, 2008; Negri, 2008; García Linera, 2009; Favela y Guillén, 2009; Almeyra, 2009; y Tapia, 2009.

movimientos sociales se habían definido como acciones colectivas con alguna estabilidad en el tiempo y cierto nivel de organización. Garretón sostiene que en la actualidad, aunque permanecen movimientos que se asemejan a los de las formas clásicas, éstos adoptan nuevas modalidades de acción, y que prevalecen maneras de acción colectiva que dependen más de ejes y procesos que de un posicionamiento estructural. Se trata de formas de luchas más autónomas, más cortas, que más que apuntar hacia cambios radicales se centran en cuestiones particulares. Este autor recomienda distinguir el movimiento social en singular, que implica un conflicto central, de los movimientos sociales en plural, que tienen que ver con los actores concretos (Garretón, 2001). Así, hay movilizaciones en búsqueda del movimiento central, aunque se advierte que hoy en día es muy poco probable que un solo sujeto social pueda ocupar el escenario central, pues los movimientos sociales implican distintas clases y capas sociales, y muchos temas que las convoquen. No pocos movimientos han sabido utilizar los instrumentos de la globalización, como la Internet, para dinamizarse, potenciarse y aun enfrentar globalmente a sus adversarios.

Ha habido planteamientos que relacionan la perspectiva de los movimientos con la teorización sobre la sociedad civil. Orlando Núñez, inspirado en la experiencia nicaragüense, sostuvo que el sujeto por excelencia había llegado a ser el movimiento social y que la sociedad civil podía considerarse un gran movimiento social: "A diferencia del concepto de clase social, o más bien de clases en lucha, que parte de los intereses exclusivos y excluyentes de una clase con respecto a otra, o a diferencia del concepto de partido político, que expresa una concepción social amplia, de intereses generales y que aspira a tomar los aparatos de poder para imponerlos, el concepto de movimiento social se caracteriza por la defensa o la reivindicación de un derecho o de un reconocimiento determinado, sin menoscabo de otro derecho o del derecho de otros, recurriendo a la persuasión, el consenso y la convicción para lograr su hegemonía o existencia generalizadamente reconocida. Encontramos, por ende, tantos movimientos sociales como derechos defendidos o reivindicados exitosos: el feminismo, el ecologismo, los derechos indígenas, las luchas contra el aborto o a favor del aborto, los derechos humanos, etcétera" (Núñez, 2005: 93). Este autor ha enfatizado la multiplicidad y transversalidad que caracterizan la pertenencia de una persona a distintos movimientos sociales.

Otros escritores han privilegiado el estudio de determinados movimientos sociales latinoamericanos. Resaltando la importancia de los movimientos que se centran en poderes locales, se puntualiza que esto, siendo importante, resulta limitado para el cambio social. Hay quienes examinan la pervivencia de los movimientos clásicos y la emergencia de nuevos movimientos, así como la importancia de la

transformación de la subjetividad en amplios grupos sociales.⁶ Abundan los estudios que se centran en la falta de definición organizativa, la fragmentación y la inmensa gama de manifestaciones de la riqueza del movimiento que tiene como horizonte común la protesta contra las políticas neoliberales y la exclusión social que éstas producen. Se engrana lo local con lo trasnacional. Se alaba su dinamismo para abrir espacios autogestionarios, y su capacidad de combinar elementos tradicionales con innovadores (Ouviña, 2004). Hay quienes destacan que la acción colectiva no comienza necesariamente en grandes organizaciones, sino en grupos, en corrientes formales e informales, en relaciones familiares y vecinales, comunitarias, estéticas, políticas y de solidaridad. Se produce una especie de cotidianidad compartida, a partir de valores, creencias y prácticas sociales. Se entrelazan espacios, temporalidades y valores (Gadea, 2004).

Se ha analizado cómo los temas de la libertad y la igualdad siguen vigentes, no así las soluciones que se intentaron en el pasado. Se resaltan los nuevos imaginarios y prácticas. Se señala que los movimientos actuales promueven una nueva lógica de lo social basada en formas autoorganizadas, en estructuras no jerárquicas, con un comportamiento adaptativo. En lo emergente hay destellos de lo que se puede construir. Se busca un ordenamiento diferente a la regulación del mercado. “Muchos de los movimientos sociales actuales no sólo son construidos a partir de prácticas de diferencia, sino que llevan a cabo una lógica diferente de política y movilización colectiva” (Escobar, 2005: 39). Existen investigaciones que advierten el importante papel que tienen los movimientos latinoamericanos al modificar el horizonte simbólico político redefiniendo criterios de inclusión; mientras que otros estudios señalan cómo se ha ido criminalizando a la protesta (Seoane, 2004).

Se recomienda que al analizar los movimientos sociales se tenga en cuenta la perspectiva de la complejidad. Los comienzos simples conducen a entidades complejas sin la existencia de un plan maestro o un centro planificador; se trata de sistemas adaptativos. Se impulsa una descentralización en la toma de decisiones. También se llama la atención sobre cómo los movimientos sociales luchan por el control del territorio, y tratan de crear espacios para la activación permanente de formas culturales no dominantes. Hay una búsqueda de la constitución de modelos locales en defensa de la naturaleza (Escobar, 2005). Existen movimientos que trascendiendo los impulsos reivindicativos de corto alcance hacen demandas mucho más integrales. Los movimientos, cuestionando las orientaciones generales de la sociedad, se colocan en las luchas por la hegemonía sociocultural (Mirza, 2006).

⁶ Conviene revisar los números 2 y 4 de la revista *Alternatives Sud*, que corresponden a 2005 y 2006, respectivamente.

Desorganizar y dispersar como estrategias

En el estudio de los movimientos sociales latinoamericanos se han expresado tendencias que se adscriben a la visión de Negri y Holloway.⁷ Negri plantea que sólo el trabajo de la multitud puede construir las bases para el desplazamiento social y político de producción hacia la producción inmaterial y de emancipación. La política de la multitud no transige con ninguna política económica que haga de la moneda el sostén de la democracia. Desde su perspectiva, la multitud viene a reemplazar al proletariado. La multitud se estructura en una red no jerárquica, sin centro (Negri y Hardt, 2002). Por su parte, Holloway destaca cómo la gente está haciendo cosas y no espera que el Estado o el capital le resuelva sus problemas, teniendo confianza en su propio hacer. El autor está convencido de que el intento de lograr el cambio mediante la toma del Estado ha fracasado, por lo que considera que hay que cambiar el mundo sin tomar el poder. Precisa que prefiere el término *antipoder* al de *contrapoder*, porque este último concepto deja abierta la posibilidad de entender la situación como un espejo, y no se trata de un reflejo, sino de dos movimientos antagónicos. Aconseja que no se reproduzcan las prácticas del Estado dentro de los movimientos; se debe superar el modo capitalista mediante alternativas paralelas y sin contacto con el Estado (Holloway, 2002). En estas visiones hay una defensa del espontaneísmo.

Dentro de ese impulso, pero con perspectivas y matices propios, se encuentran las propuestas de Raquel Gutiérrez y Raúl Zibechi. Gutiérrez invita a buscar la inteligibilidad de la lucha social. Recuerda que el poder es la imposición de una decisión, lo cual constituye el acto más intrínsecamente violento que existe. Plantea que lo que se debe hacer es desordenar el poder y el orden de la explotación y de la opresión. Gutiérrez parte del hecho de que el poder neoliberal devora la humanidad, fabrica pobres y mata marginales. Recuerda que pensar “normalmente” no permite captar los cambios. Ella considera que la urgencia de las resistencias puede tener como única guía la desorganización del orden en que se funda el sistema. Lo que se construiría no sería un orden en sentido estricto, pues ya no contendría el principio de la invariancia y replicación que institucionaliza la energía humana viva; lo nuevo tendría que ser esa energía autodeterminándose ininterrumpidamente. En esta forma defiende la necesidad de entender de otra manera el movimiento social;

⁷ Estos autores coinciden en muchos planteamientos, pero tienen sus diferencias; comparten una tradición autonomista, pero Holloway apunta que cuando Negri y Hardt hablan del imperio como paradigma actual del capitalismo hacen lo que la tradición autonomista rechazaba: empezar desde arriba, Holloway insiste en que el cambio debe hacerse desde abajo.

afirma que hay que considerar al movimiento como variación en los estados del sistema. Se pregunta si no se podría pensar lo político de una manera similar al principio fisicoquímico que postula que a mayor desorden molecular se incrementa el número de configuraciones posibles, es decir, de relaciones posibles entre los elementos del sistema. Así, se podría considerar lo político como un tipo de actos humanos individuales o colectivos, múltiples y variados, que transgreden el orden imperante, la configuración institucional del sistema. Ante esto, el pequeño o gran desorden es reabsorbido por el propio sistema y queda sólo como energía disipada que a la larga refuerza el orden inicial, o bien, se incrementa de tal modo la energía interna del sistema que el orden previo de éste se trastoca y alcanza un punto de bifurcación, pasado el cual se abre la posibilidad de nuevos órdenes y vinculaciones (no uno, sino numerosos, diversos); entonces el proceso se hace irreversible. Hay relación de orden y desorden en tensión. Siguiendo esta analogía, Gutiérrez propone un aumento permanente de energía desordenadora en lo social, pues la energía social es capacidad humana en estado de fluidez. Las luchas atentan contra el orden imperante. Existe una lucha desordenada que trastoca el orden convencional. Se necesita vencer el apego a la seguridad conocida, pero insatisfactoria. La acción común emancipadora es el despliegue de la autodeterminación y su expansión, y no la postulación de un orden nuevo, sino el acercamiento al umbral donde todo desorden es posible. Hay que luchar contra el orden que impone la explotación, la opresión y la dominación. Para ello se requiere una unidad sin rigidez, no anuladora, sino respetuosa; una libre asociación de individuos, grupos y movimientos, donde no se pierda energía en mantener el estado de unificación. Con prácticas coercitivas no se puede construir un mundo libre de imposición. Los espacios de la autoafirmación se tienen que construir de manera solidaria y cooperativa. Es necesario establecer relaciones distintas, modos diversos de estar en relación, pensar desde el poder-hacer para romper la *fetichización* del poder como imposición normativa. Se trata de un proceso de autoorganización de la sociedad para decidir y ejecutar sus acciones de manera voluntaria y libre, sin suplantación de la voluntad; así, el poder no se toma. Gutiérrez insiste en que hay que contraponer al poder el poder-hacer, en tanto acción fluida de insubordinación, de creación libre y común de espacios de autonomía. En la perspectiva de la construcción de autonomía desde abajo, apunta que los movimientos sociales y populares han resurgido y han logrado impedir la implementación de planes de capital; han puesto en entredicho las relaciones de explotación en su conjunto y han bosquejado intermitentemente un horizonte de deseo común. En general, han ensayado una gran diversidad de posibilidades políticas. La construcción de espacios de autonomía desde abajo ha sido una de las principales maneras de proceder de los movimientos sociales en su

lucha de resistencia. Sus acciones implican horadar, dificultar, entrapar y limitar las relaciones de explotación y dominación. Hay ensanchamiento de autonomías locales, en organizaciones flexibles no jerarquizadas, sin un organismo que las aglutine y las dirija. Se llevan a cabo luchas por recuperar lo saqueado, por la reapropiación de lo que debe ser colectivamente poseído y gestionado (Gutiérrez, 2006).

Por su parte, Raúl Zibechi propone dudar ante lo nuevo y plantearse preguntas, indagar en la creatividad humana que desborda concepciones previas. Señala que los nuevos movimientos disuelven su propia institucionalización al tiempo que atentan contra las instituciones estatales. En las luchas contra el capital y el Estado se manifiesta una capacidad expansiva en las formas de decidir desde abajo; al desplegarlas, los sectores populares descubren el alcance de sus potencialidades. Lo más importante que surge del estudio de los nuevos movimientos es que no hay sujetos estáticos ni instituidos. Zibechi cuestiona la teoría elitista de la acción colectiva. Al examinar lo que ha acontecido en los movimientos populares de Bolivia descubre que hay posibilidades de construir poderes no estatales; es posible luchar y vencer sin aparatos ni caudillos. Resalta que el hecho de que las organizaciones incrustadas y sumergidas en la vida cotidiana sean las mismas que llevan adelante las luchas y las insurrecciones se ha convertido en una de las nuevas características de los movimientos, que combinan lo social y lo político. Las sociedades en movimiento, articuladas desde el interior de su cotidianidad, fisuran los mecanismos de dominación. Estos movimientos van conformando "un mundo otro", muy diferente al actual. En las luchas sociales se van tejiendo nuevas relaciones entre los oprimidos. Su aporte consiste en demostrar la posibilidad de construir poderes dispersos, no centralizados.

Este autor analiza el error que durante más de un siglo los movimientos anti-sistémicos han cometido al construir sus estructuras organizativas de forma semejante a las del capital, los estados, los ejércitos y otras instituciones hegemónicas del mismo sistema al que combaten. Así, han constituido estructuras separadas de la cotidianidad; han suplantado las formas ideadas por los oprimidos para sustituirlas por otras, calcadas de los opresores. En cambio, los nuevos movimientos han descubierto que en los poderes no estatales la organización no está separada de la vida cotidiana; lo que sucede es que esta última se desplaza como acción insurreccional. Ahí no hay divisiones entre los que dan las órdenes y quienes las ejecutan; entre los que piensan y los que hacen; es el colectivo en reunión el que cumple todas esas funciones. En la toma de decisiones se delibera de manera colectiva; se practica la rotación de representantes. Hay un desborde desde abajo de las instituciones, tanto las estatales como las tradicionales de los movimientos. De

esta forma, hay un poder que descansa en el colectivo; ganan vitalidad relaciones sumergidas. Zibechi precisa que los poderes no estatales se encuentran lejos de ser estáticos, tienen mucha movilidad.

Al examinar las tradicionales prácticas de las juntas vecinales en Bolivia, Zibechi descubre que se reproduce el Estado, pero también atisba la existencia de contradicciones y, por lo tanto, de mecanismos para conjurar al Estado. El problema surge cuando los dirigentes se separan de los dirigidos. También observa que la unidad orgánica verticalizada, institucionalizada, de los movimientos, separada de la vida cotidiana, es una forma estatal, pero a esto se le puede contraponer la unidad horizontal por confluencia desde abajo. En la forma estatal de los movimientos se observa a los actores colectivos como homogéneos, con intereses definidos y formas de acción racionales adecuadas a sus fines. Pero persisten voces sumergidas de los de abajo, los cuales saben muy bien lo que hacen cuando se sublevan. Zibechi sostiene que los movimientos no articulados y no unificados son capaces de hacer muchas cosas, que liberan amplias zonas y regiones de la presencia estatal, que crean formas de vida diferentes a las hegemónicas y que dan la batalla cotidiana para la supervivencia de los oprimidos. Defiende la tesis de que el cambio social no necesita ni articulación, ni centralización, ni unificación; que el cambio social emancipatorio va a contracorriente del tipo de articulación que se propone desde el Estado, los partidos y la academia. Cuestiona el significado de *dispersión o fragmentación*, pues decir que un movimiento o sujeto social está fragmentado implica verlo desde una lógica estadocéntrica que presupone la unidad-homogeneidad de lo social y de los sujetos. Ciertamente, desde la izquierda y desde la academia se ha asegurado que sin articulación no hay la menor posibilidad de triunfo o que éste es efímero. Pero un repaso histórico permite llegar a conclusiones contrarias, pues la unificación y la centralización de los movimientos permitieron al Estado y al capital neutralizarlos y domesticarlos; en cambio, las victorias populares de los últimos años no han estado convocadas por articulaciones o estructuras formales o establecidas.

Las investigaciones de Raúl Zibechi le han permitido apreciar que hay un problema clave: el de los dirigentes. Éstos le deben fidelidad tanto a sus bases como al Estado, se encuentran condicionados a ser intermediarios entre los movimientos y aquél. En el movimiento-institución reinan los dirigentes; esto se agudiza en tiempos de desmovilización. Los estudios del proceso vivido por un movimiento social hacen hincapié en su crecimiento acumulativo; pero si se observa desde otro lugar (desde el tiempo largo y desde el movimiento-deslizamiento), se llega a la conclusión de que se tiene que descartar el concepto de acumulación y del proceso como desarrollo.

Asimismo, las investigaciones realizadas por Zibechi entre las comunidades rurales de Bolivia apuntan que existen mecanismos para impedir que el Estado se interiorice. Se da otro tipo de movimiento, el de la sociedad en movimiento. El Estado busca configurar sus propios espacios y tiempos, y para eso necesita deconstruir los de las sociedades en movimiento. Hay una especie de movimiento cíclico entre lo estatal e institucional. Cada paso en la expansión del carácter comunitario de las relaciones entre los integrantes de un movimiento representa una disminución del poder de las instituciones. Los flujos de los movimientos deconstruyen la dominación estatal; se dan choques de flujos. Existe una permanente disputa espacio temporal entre movimientos comunidades y Estado-partidos. Los movimientos comunidades se dirigen hacia la reconstrucción de la dominación, hacia la reunión, para evitar que los separen y los coopten. No se presentan como grandes movimientos instituciones (donde ocurre la cooptación), sino de una manera dispersa que permite generar espacios de autonomía. En comunidades indígenas se designan autoridades por rotación; para evitar que el ejercicio de la autoridad recaiga en una élite separada de la sociedad, se opta por el turno, por la rotación, lo que hace posible que no exista el monopolio del poder.

Según Zibechi, se busca un poder no escindido de la comunidad. Mientras el representante liberal examina y decide, el representante comunal sólo expresa y ejecuta lo que la comunidad ha decidido. Hay diversas prácticas democráticas no liberales que no son tenidas en cuenta por el Estado; no habría que olvidar que Estado y capitalismo son inseparables. El Estado no puede contener la pluralidad y la multiplicidad, responde a esto integrando, homogeneizando. Asumir la lógica del poder implica la destrucción de las experiencias ganadas por el contrapoder. La unificación y la centralización del movimiento social anulan su capacidad dispersadora. Se necesita un Estado coordinador que no se ponga por encima, sino por debajo de la sociedad, que ejecute las decisiones de las comunidades y no las suplante. Para superar el centralismo se tiene que adoptar una lógica de *multiversidad* (se trata de que la diversidad confluya en el Estado de modo que éste y la sociedad no estén separados). El poder sigue existiendo, pero es un poder difuso, descentrado, no coercitivo, pero cohesionado. Los contrapoderes sólo se convierten en poder reconstruyendo las capacidades que les han permitido erigirse. Cuando la división no es producto de un conflicto interno, lo que aparece como faccionalismo no es más que el reacomodo para fortalecer la vieja identidad en un nuevo contexto. Zibechi subraya que el concepto de *comunidad* implica relaciones cara a cara, comunicación fluida y participación activa; señala que “descolonizar el poder empieza por descolonizar la cabeza”.

Este autor, inspirándose en la movilización de la organización indígena en Bolivia, ha hecho hincapié en las potencias (no en las realidades consumadas) que se generan en situaciones alternas: el no tener mando ni Estado y la fluidez como opción. Se trata de un nomadismo; propone reconstruir y dispersar el afuera opresor sin convertirse en copia del mismo. La emancipación ocurre por el lado del no Estado.⁸

Un colectivo de Buenos Aires escribió un epílogo a la obra de Zibechi *Dispersar el poder*; en éste se profundiza en los movimientos como poderes antiestatales. Dicho colectivo está consciente de que el libro de Zibechi coloca a los lectores en medio de un gran desafío: perseverar en el punto de vista de las luchas, de las resistencias y de ciertos modos de existir que les subyacen, como auténtica clave y motor del largo proceso de desorganización de las instancias centralizadas y difusas del poder colonial capitalista, hoy visible a escala global. Se adentra en la reflexión de lo que es la comunidad y en sus implicaciones. Acepta la visión de la comunidad en movimiento, ella misma movimiento, con eficacia alternativa por la gratuidad de sus vínculos. Sin desatender el problema de la idealización de lo comunitario, ni dejar de lado lógicas opresivas y jerárquicas que la atraviesan, acepta que hay novedades en los movimientos de base bolivianos. La comunidad es movimiento en tanto esfuerzo por actualizar lo común. Su fórmula de autonomía más cooperación ataca las instancias centralizantes y constituye la dispersión como condición de conexión transversal. Distingue la fragmentación que producen el mercado y el Estado de la dispersión propiciada por los movimientos sociales. Hay una fragmentación neoliberal que jerarquiza y concentra por arriba, que moldea y subordina a la lógica del capital, y existe otra dispersión que conecta. Bajo el neoliberalismo, el proceso de fragmentación, privatización y explotación de lo común expropia recursos y deshace tejidos comunitarios; hay en cambio luchas que recomponen las tendencias productivas de lo común. Se logra una nueva síntesis: dispersión del poder más cooperación social. La dispersión comunitaria ha aprendido a enfrentar los mecanismos de fragmentación subjetiva y de centralización estatal capitalista, y articula la cooperación con “jefes que no mandan”, como afirma Pierre Clastres.⁹ Hay una doble perspectiva: la dispersión del poder y la invención de modos ampliados de cooperación (Colectivo Situaciones, 2006). No obstante, existe una amplia corriente que ante la propuesta de la dispersión del poder cuestiona cómo se puede encontrar una unidad capaz de contrarrestar al poder dominante y ante la situación actual donde todo se encuentra imbricado plantea

⁸ Véanse en la bibliografía las diversas fichas relativas a Zibechi.

⁹ Se puede consultar la obra clásica de Clastres (1962) y también el escrito “Cambio y poder: filosofía del caciquismo indígena” (2006), disponible en <<http://caosmosis.acracia.net>>.

si no es algo más imaginario que real pensar que se pueden crear espacios separados del Estado. Esto se tratará de responder en el texto que aparece en el apéndice.

Necesidad de organizar la dispersión

En contraposición a estas visiones, Atilio Boron ha intentado repensar los movimientos sociales desde otras perspectivas. Apunta que el sistema imperialista mundial ha entrado en una nueva fase de su evolución, pues se globalizó el sistema financiero internacional, pero no el comercio de productos agrícolas. El capitalismo ha cambiado, pero sigue sembrando explotación, dolor y muerte. Boron llama a entender los cambios que han ocurrido, dado que el capitalismo es un modo de producción muy dinámico y adaptable; pero después de treinta años de cruentos ensayos, el neoliberalismo ha fracasado. Luego de la aplicación de las políticas del llamado Consenso de Washington, Latinoamérica quedó devastada por la pobreza, la indigencia y la exclusión social. El neoliberalismo ha demostrado ser incapaz de promover el crecimiento económico; las tasas de crecimiento que ha auspiciado son muy inferiores a las de periodos anteriores. También ha fracasado en la redistribución de las rentas: los ricos se enriquecen cada vez más y los pobres cada vez se hacen más pobres. Se ha destruido irreparablemente la trama de la sociedad. El neoliberalismo, además, practica una efectiva eutanasia de los pobres. El medio ambiente ha sido afectado de manera severa, y en gran parte se le ha destruido por la dinámica consistente en mercantilizar la totalidad de la vida social y la naturaleza. Boron reconoce que en respuesta a ello se presenta la decadencia de las formas tradicionales de organización, así como una explosión de múltiples identidades; además, emergen otras formas de lucha y nuevos movimientos de protesta social. Tiene en cuenta que movimientos populares protagonizados por pueblos indios, trabajadores, campesinos, organizaciones religiosas, ecológicas, de género, etcétera, han deslegitimado y derribado gobiernos. No obstante, también constata que esos levantamientos de las clases subalternas han tenido muchas debilidades. En los casos del zapatismo, de los movimientos argentinos en 2001, del proceso brasileño y aun de la experiencia boliviana no se han construido proyectos verdaderamente alternativos. En referencia al zapatismo, considera que pese a haber nacido como una fuerza simbólica extraordinaria que ha inspirado a millones de personas, después de muchos años de su insurrección las condiciones de opresión y explotación que padecen los indígenas mexicanos poco han cambiado. El zapatismo no consiguió forjar un sistema de alianzas que hiciera posible modificar el cuadro político mexicano. Boron señala que hay inmadurez de la conciencia política, predominio

del espontaneísmo como forma de intervención política y fragilidad organizativa. Considera que idear las formas apropiadas para cada lucha es un asunto histórico; el desarrollo de tácticas adecuadas tiene que ver con la estrategia de construcción del poder popular (Boron, 2004).

Las concepciones de Negri y Hardt (multitudes descentradas, desterritorializadas, moleculares, nomádicas) han sido debatidas por Boron.¹⁰ Este autor también critica el comunismo anárquico de Holloway. Boron sostiene que la multitud no es un concepto útil para las ciencias sociales, pues no se sabe cuál es el contenido sociológico del fenómeno de la multitud. Ésta existe, pero lo suyo se caracteriza por la vaguedad y la fugacidad. Una multitud puede ocasionar una revuelta, pero nunca producirá una revolución. En cuanto al término *antipoder*, piensa que es un concepto romántico sin ningún referente empírico; se vincula a teorizaciones débiles, temas, palabras y discursos de moda. Para combatir al Estado actual capitalista se necesita potenciar las capacidades y las fuerzas de las clases y capas populares. Defiende que un movimiento que se proponga en verdad construir un nuevo mundo no puede renunciar a pensar en una estrategia de poder para la conquista del Estado, pues si el movimiento popular renuncia a ello, se condena a la irrelevancia. Se han desencadenado muchas movilizaciones sectoriales, parciales, pero si no hay una estrategia de unificación se perderá esa energía social. Sostiene que el dilema de los movimientos sociales es “organizar la desorganización”. Considera que sin la acción de los movimientos sociales no habrá tránsito hacia el posneoliberalismo (Boron, 2006). Y aunque muchos movimientos sociales se encuentren en estado primario, éstos pueden avanzar hacia la construcción de un poder alternativo (Gallegos, 2004). Rossana Rossanda y Samir Amin concuerdan con la visión de Boron. Amin ha insistido en que es una ilusión pensar que el movimiento espontáneo sea capaz de crear una alternativa por sí solo (Amin, 2007). Por su parte, la cofundadora del diario *Il Manifesto* sostiene que no es con espontaneidad como se afrontarán las cuestiones decisivas. Precisa que el sujeto plural que se visualiza queda como una conjunción destinada a recoger un número mayor de sensibilidades que sólo servirá para eludir los asuntos centrales. La miríada de antagonismos, cada uno tan radical como separado de los otros, no tiene la capacidad de cuestionar

¹⁰ Boron, refutando las concepciones de Hardt y Negri, advierte cómo el imperialismo ha reforzado sus mecanismos de dominación económica, política, militar y social sobre los pueblos. Apunta que dichos autores producen una visión desfigurada e idealizada del imperialismo convertido en imperio, pues, contra las pruebas fácticas proponen que el papel de Estados Unidos es secundario y también sin sustento en lo que acontece; sostienen que la superación del imperio será obra de multitudes orgánicas que espontáneamente pondrán fin a su existencia (Boron, 2004).

a un sistema poderoso y capaz de una represión doblada de consenso que ni siquiera se había imaginado pocos años antes. Se requiere una oposición contundente al capital (Rossanda, 2007).

Daniel Bensaïd también critica a Hardt y Negri, les achaca que hayan catalogado como imperio el poder absoluto y no territorial de un capital desplegado a modo de red en un espacio sin límites ni ubicación. Se remite a lo dicho por Marx en el Manifiesto, en donde criticaba las fantasmagorías contemporáneas de variantes de socialismos utópicos, en que se sustituía la actividad social por el propio ingenio, se basaban en condiciones fantasiosas y en invenciones que intentaban propagar experiencias mínimas que acababan por fracasar siempre; para Marx se trataba de visiones juveniles. Bensaïd considera que la repetición de esas perspectivas en estos tiempos da como resultado visiones seniles minimalistas, un artilugio para ocultar las miserias, a las cuales el mercado y el Estado no les tienen el más mínimo temor. Este autor destaca que los nuevos movimientos no buscan la reconstrucción global del orden existente, sino responder un número limitado de cuestiones, y no todas a la vez. También anota que los antagonismos no se reducen a la lucha de clases, y que tratándose de ésta habría que definir bien qué se entiende por lucha. Los movimientos se oponen al racismo, el colonialismo, el patriarcado y la dominación de la naturaleza, sobre todo; no intentan mejorar o modificar las instituciones existentes. Advierte que cada reivindicación parcial tiene el resultado paradójico de perpetuar las estructuras dominantes. Bensaïd considera que las utopías libertarias a veces se inspiran en Cornelius Castoriadis, pero que olvidan que éste afirmaba que era imposible escapar a la institución imaginaria de lo social siempre preexistente. Bensaïd critica la mitología liberadora del deseo por el deseo; aunque acepta que hay que prestar atención a lo que surge en los márgenes, a los grupos de convivencia que se alejan de los modelos dominantes, a la transgresión de las normas. No obstante, llama la atención sobre la importancia de no caer en un nihilismo posmoderno, en el irracionalismo *new age*, en las insurrecciones personales de la micropolítica. Si bien habría que atender a la convergencia de solidaridades, no se debería caer en un mero artificio retórico. Bensaïd de diversas maneras, y a propósito de muchos autores, recalca que hay ilusiones, como la confianza en la autosuficiencia de los movimientos sociales, como la que implica la decisión de mantenerse al margen de la política, que es una ilusión social. Señala que hay quienes se proponen generalizar la lógica de autogestión a partir de un aprendizaje de la gestión colectiva mediante las experiencias de economía solidaria; pero somete todo esto a una dura crítica y sostiene que no se trata de proclamar en abstracto la ruptura con el capitalismo, sino de incidir en concretos procesos de ruptura. No se cansa de repetir que los movimientos sociales fragmentados

y esporádicos tienen muchos límites. En particular, Bensaïd analiza y emprende una dura lucha contra las propuestas de John Holloway y se pregunta cómo explicar que esos millones de gritos, esos aullidos de dolor e indignación, tantas y tantas veces repetidos, no hayan conseguido aún poner fin al orden despótico del capital; y a la observación de Holloway de que no puede cambiar por medio del Estado, Bensaïd anota que la abolición de todo principio de representación convierte la relación social en un caprichoso juego entre subjetividades llenas de deseos. Bensaïd examina la vía que propone cambiar el mundo sin tomar el poder, la cual se conforma con desarrollar una resistencia omnipresente ante un poder omnipresente. Esa vía concibe la revolución no como conquista del poder, sino como su disolución; ante lo cual Bensaïd se pregunta si el poder que se quiere disolver es soluble. Enfatiza que los que quisieron hacer caso omiso de la cuestión del poder escaparon de él; no querían tomarlo y fue el poder quien los tomó. Los que intentaron rodearlo, cercarlo, engañarlo sin tratar de tomarlo acabaron aplastados por él. Bensaïd apunta que Holloway reemplaza la perspectiva de una toma del poder por el mito de un antipoder ininteligible. Eso es algo utópico que desarma en la teoría y en la práctica a los oprimidos, sin romper en lo más mínimo el cerco de la dominación (Bensaïd, 2009).

Por su parte, Sergio Zermeño también se ha opuesto a los planteamientos de Holloway. Zermeño recuerda que éste ha insistido en la resistencia a la dominación y ha planteado que no es desde el Estado ni desde las mediaciones políticas desde donde se logrará un orden sustentable y un mejoramiento de la calidad de vida, sino desde lo social en un proceso experimental y con equivocaciones. Pero Zermeño opina que este pensamiento se encamina hacia un callejón sin salida “debido a que no logra en ningún momento dejar atrás el referente clave del pensamiento moderno (capitalista y marxista) que consiste [...] en seguir concibiendo a la historia por distintos eventos a los que se iría accediendo mediante ruptura, mediante revoluciones” (Zermeño, 2010: 237). Zermeño apunta que para Holloway debería haber una acumulación de prácticas de autoorganización oposicional, y que el empoderamiento está en el plano de lo social. No obstante, Zermeño afirma que “en la medida en que el cambio es una interrelación compleja entre agentes gubernamentales, profesionalizados, universitarios y sobre todo entre agentes sociales en proceso de densificación, el amputar [...] a varios de estos vectores dificulta enormemente una propuesta de cambio realista” (Zermeño, 2010: 238). Para resumir, el autor sostiene que no es desde abajo, sino desde las capas medias, desde donde hay que hacer el cambio.

En esta discusión ha intervenido Marc Saint Upéry, quien sostiene que una mezcla de frustraciones y de nostalgias conduce a intelectuales de izquierda a per-

cepciones sesgadas y fantasiosas respecto a la dinámica empírica de los movimientos sociales. Hay quienes idealizan a tales movimientos cuando les aconsejan no caer en ninguna “contaminación” institucional. Este autor reflexiona desde el caso ecuatoriano, se refiere a una encuesta sobre el movimiento indígena y sus gobiernos locales, y señala que algunos se encuentran decepcionados porque los movimientos reales no les han ofrecido una plusvalía de radicalidad de nuevas alternativas. Califica como sueño el regreso a una plenitud comunitaria perdida. Considera que el espacio de los movimientos sociales estaría más allá de una simple involución hacia un gremialismo o un corporativismo sin horizonte. Critica a Atilio Boron el que los ubique como sustitutos de una especie de vanguardia leninista. Considera que las perspectivas de Holloway y Zibechi corresponden a una especie de visión “angélica y consoladora” que los sitúa como una sociedad ajena a las perversiones jerárquicas y competitivas del sistema imperante. Llama a evitar el espejismo comunitario; advierte que, por sí misma, la dinámica de la autoorganización social no resuelve los dilemas de la lucha estatal, de la formación conflictiva de la voluntad general de la institucionalización de las reglas de convivencia social y de deliberación pública, de la administración equitativa de los recursos, de la representación de los ciudadanos y de su participación activa en los asuntos públicos. La frontera entre el espacio público y lo social es porosa, cambiante y objeto de disputa permanente entre los mismos actores sociales. Acepta que la flexibilidad y pluralización de los modos de identificación social, las formas de articulación en red, la cultura antijerárquica y horizontalista de los nuevos movimientos sociales (en particular de la juventud) y la complejidad de las sociedades llevan a repensar los modos en que se relacionan y se coordinan los actores político institucionales y los colectivos sociales autónomos en el ámbito popular. Propone no perder de vista tanto los logros como las limitaciones de las experiencias organizativas novedosas; pero recalca que las investigaciones acerca de la innovación organizativa no pueden prescindir de la reflexión sobre los retos estratégicos del poder, sobre la formulación de políticas transformadoras y la construcción de una hegemonía. Recomienda valorar bien la atomización de las fuerzas sociales antagonistas. Señala que hay que ofrecer una perspectiva de una articulación entre lo político y lo social que supere las dicotomías entre poder y contrapoder, las simplificaciones ideológicas y los sectarismos (Saint Upéry, 2006).

Un equipo de investigación comandado por Robinson Salazar plantea que tanto el escenario del miedo como el de la fragmentación impiden que la política se constituya como eje articulador, orientador y promotor de los procesos de cambio en América Latina. El primero tiene que ver con el Estado policial que criminaliza las protestas populares que levantan la voz para decir no a la explotación

y la exclusión y para afirmar la búsqueda de alternativas. El escenario de la fragmentación tiene que ver con el hecho de que las luchas populares son numerosas, variadas y con objetivos disímolos, y pocos son los movimientos populares que se han construido en convergencia con los movimientos indígenas, con los expulsados del campo, los sin trabajo y los sin techo. Cada movimiento tiene su propio objetivo y se encuentra lejano, desvinculado y hasta confrontado con otros movimientos. Estos investigadores han encontrado que la fragmentación no es producto de las autonomías de los actores, como en algunos escritos se afirma. El problema lo encuentran en el hecho de que el enemigo se desterritorializó, se escondió en la extensa nube de la globalización y el neoliberalismo, que ataca y medra en las partes más sensibles de los sectores populares. El enemigo no tiene rostro, parece no estar en un lugar (porque tiene el don de la ubicuidad) y solamente se perciben los golpes y el dolor que conllevan sus decisiones. Apuntan estos estudiosos que el frente ideológico del miedo construye escenarios de riesgo insertados en la subjetividad de los colectivos, se dibuja en la mente de los excluidos y explotados. Precisan que los medios de comunicación operativizan el miedo y ocultan la realidad conflictiva por medio de un discurso que omite las acciones populares y las coloca como realidades ausentes, silenciadas. Ante eso, los movimientos de protesta y resistencia han aprendido que la calle necesita formar parte de la agenda contra la crudeza de la política neoliberal y que le da rostro a los que luchan y defienden sus derechos. La calle se carga de sentido en la medida en que los distintos actores políticos sitúan en ella sus demandas y alianzas. Las demandas son por trabajo, agua, vivienda, alimentos, salud y seguridad. Los límites del enemigo son la fortaleza de los movimientos si actúan con capacidad reactiva y propositiva, si luchan conjugando diversas formas en distintos espacios (Salazar *et al.*, 2006).

La aplicación de políticas neoliberales ha afectado cada vez más las relaciones de producción y dominación aun en las metrópolis argumenta Pablo González Casanova. El modo de dominación y de producción corresponde a un capitalismo organizado que lo combina con la estructuración de las propias fuerzas y la desestructuración de aquellas contrarias. Se está dando una lucha clasista mediatizada y mediada que sucede a las mediaciones de la sociedad tradicional. Mientras unos se limitan a tratar de construir alternativas puntuales, otros se atreven a delinear alternativas antisistémicas. Mientras algunos piensan en resolver problemas inmediatos, otros se proponen resolver de fondo los problemas de los pobres entre los pobres. González Casanova apunta que los movimientos antisistémicos no encuentran la clase en sí y para sí que apareció en el capitalismo clásico, sino que se relacionan con subclases que al mismo tiempo plantean soluciones a los problemas de los pobres entre los pobres, y ratifican la necesidad y urgencia de una fuerza o

bloque plural en lo ideológico, lo religioso y en las políticas del corto plazo. Los movimientos antisistémicos no están en la disposición de hacer concesiones que limiten su fuerza autónoma y la del movimiento emancipador. El diálogo y la unión de los muchos no sólo implica problemas de suma de fuerzas, sino también de combinación de éstas; no se trata tanto de una suma, más bien, de una combinación de combinaciones. Se propone la creación de nuevos bloques y frentes mezclando organizaciones de todo tipo, combinando representación, participación, consenso y sufragio en la toma de decisiones. No habría que perder de vista que se trata de procesos no lineales (González Casanova, 2006).

Una mirada a incursiones más recientes

Las investigaciones sobre los movimientos sociales han proliferado. Es fundamental tener en cuenta desde dónde se observan dichos movimientos; no es tanto si se habla de ellos desde Europa, Estados Unidos o América Latina, sino de la perspectiva que se adopte, ya desde los intereses del poder constituido, ya desde el ímpetu de liberación creado por los mismos movimientos (Alonso, 2010b). En Francia se publicó un libro de un conjunto de investigadores que pese a que querían tener en cuenta los movimientos de los "sin" su manera de pensar en los movimientos estaba atada a los ya gastados moldes de la movilización de recursos, a la organicidad, a los contextos políticos y a las oportunidades, a los repertorios y ciclos de protesta, a las identidades, a su difusión y circulación, a las imitaciones, a la conexión y coordinación internacional de determinados movimientos, a las consecuencias de las acciones de los movimientos, al papel de las emociones en las decisiones a participar y al papel de los medios de comunicación en las coberturas de las protestas colectivas (Fillieule *et al.*, 2010).

En una obra con un título algo desfasado,¹¹ Touraine expuso su visión de una Europa carente de actores sociales, en el momento en que irrumpían con fuerza los movimientos de indignados. Decía que en Europa no había grandes movimien-

¹¹ Touraine tituló *Después de la crisis* a un libro que publicó en 2011, cuando Europa estaba convulsionada por crisis de sus deudas. La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) apuntaba en agosto de 2011 que había desaceleración en las zonas del euro y de China, y el economista Óscar Ugarteche señalaba que los países ricos, altamente endeudados, habían ingresado a un periodo de crecimiento lento y hasta de estancamiento, y recomendaba a los países sudamericanos desconectarse del mundo endeudado (véase una entrevista publicada en *La Jornada* el 4 de agosto de 2011). Zibechi apuntó que a mediados de 2011 hasta el conservador presidente de Colombia había advertido en la cumbre de la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur) que

tos sociales. Reconocía que su hipótesis de que las principales fuerzas mundiales estaban en las mujeres no se había cumplido. Tal vez no lograba percibir cómo cotidianamente las mujeres han luchado contra el patriarcado y han ido acotando las relaciones de poder machistas. Insistía en que el tema de los derechos era moral y no social. Veía que los actores sociales afectados por la crisis se transformaban en desempleados y excluidos incapaces de reaccionar políticamente. En un mundo global la única respuesta con sentido debía ser también global; aquí veía una oportunidad para los ecologistas. Consideraba que el altermundismo era un movimiento de opinión y que no tenía un asidero político. Planteaba que todos debían contribuir a la reconstrucción de una sociedad en la que los factores económicos se vieran obligados por el Estado a tener en cuenta las consecuencias de sus acciones y los intereses de la población. Insistía en que había una situación postsocial (Touraine, 2011). En una de las presentaciones de su más reciente libro se le preguntó qué pensaba de los indignados españoles y respondió que ésta era una manifestación desesperada de una izquierda abandonada y engañada, pues había una conciencia de “no estar representados”, y que la ausencia de propuestas para salir de la crisis causaba su indignación.¹² No obstante, los indignados no sólo españoles, sino griegos y de otros países, gestaban un nuevo movimiento organizándose de manera horizontal y desconectándose de la clase política para crear imaginativamente duraderas y potentes movilizaciones que discutían en asambleas la situación y el qué hacer, sin jefes ni burocracias (Alonso, 2012).

Morin señala que el problema radica en la desenfadada y fanática búsqueda de la ganancia, y que ante eso había acciones solidarias, formas de agricultura urbana, diferentes expresiones de una economía social y solidaria. Llama a conocer la cantidad de iniciativas que surgen desde abajo. Si bien el capitalismo no sería reemplazado de golpe, se irían limitando sus zonas de dominio, desde experiencias de democracia de base (Morin, 2011).

Por su parte, Badiou acusa a los gobiernos de ser los apoderados del capital. Precisa que no ha habido un solo ejemplo en todo el mundo de un verdadero cambio político producido por el voto, pues siempre se reemplaza a un esclavo del capital por otro. Recalca que el tiempo de las elecciones es el tiempo del capital, y lo que existe es el voto en el mercado. Define el movimiento social como esa acción colectiva que no está prevista ni regulada por el poder dominante y sus leyes, de

modo que tiene algo de imprevisible y rompe la repetición colectiva o social, y que además da un paso hacia delante en lo concerniente a la igualdad. Advierte que no puede llamarse propiamente *movimiento social* a lo que es una simple defensa egoísta de un interés. También llama la atención respecto a que el movimiento no debe ser grande; independientemente de su tamaño, el auténtico movimiento social es aquel que interrumpe el curso común de las cosas. Convoca a considerar el tema de la política a partir de los movimientos y su confrontación con el poder del Estado y de los partidos. Defiende que la crisis de la política es una crisis de la idea del partido. Recalca que la política de emancipación va en un sentido distinto al del Estado, los partidos y la economía capitalista, y se pronuncia por evitar la tentación del poder. Habría que tener la capacidad de ver cómo la gente se organiza con una lógica distinta a la del poder. La política de emancipación no podía estar dentro del tiempo comercial, ni en los lugares oficiales, sino que tenía que crear espacios propios. Considera que habría que liberarse de la barbarie de un mundo sometido a la dictadura de la economía. Advierte que el movimiento surge como un hecho inesperado, algo que no estaba en la lógica de la situación imperante y que se dirige más allá del grupo involucrado. Tendría que liberarse de los aparatos para organizar nuevos trayectos, inventar, crear... (Badiou, 2009).

Una importante región en donde han surgido movimientos sociales potentes e innovadores es América Latina. No obstante, no todos los tratamientos al respecto logran librarse de visiones colonialistas. Hay autores que captan que hay nuevas formas culturales de hacer política, pero siguen dándole un papel preponderante al Estado como coordinador sociocultural (Calderón, 2009). Hay pujantes movimientos populares, sobre todo indígenas, que han cambiado gobiernos en América del Sur. Se ha dado una gran capacidad de movilización que ha producido rupturas institucionales. Han destacado los movimientos indígenas, los de piqueteros, etcétera. Hay agravios, identidades y nuevas formas que van más allá de lo que acostumbrábamos reflexionar (Revilla, 2010). De manera particular, en Bolivia y Ecuador hay gobiernos que se reconocen como emanados de los movimientos sociales. No obstante, por sus políticas económicas, sobre todo extractivistas, han entrado en contradicción con los movimientos. Las protestas antiminería están fundadas en las dinámicas comunitarias de base indígena y campesina (Ramírez, 2010). Juliana Flórez ha resaltado que los movimientos sociales latinoamericanos han retado los límites de la modernidad, y que tienen capacidades para suscitar transformaciones difíciles de imaginar para los partidos y los gobiernos. Esta autora ha llamado a llevar a cabo una lectura no eurocéntrica de los movimientos sociales latinoamericanos y detectar que apuntan a ir más allá del capitalismo

los países de la región debían contrarrestar los efectos nocivos de las crisis económicas por las que atravesaban Estados Unidos y Europa (Zibechi, 2011c).

¹² Entrevista a Alain Touraine publicada el 12 de junio de 2011 en Barcelona, disponible en <www.correo-ciudadano.net>.

global. También invita a reconocer el estatus epistémico de los saberes producidos por los movimientos sociales y captar su versatilidad para transitar por rutas muy distintas a las que recorrieron los anteriores movimientos (Flórez, 2009).

De manera especial se han investigado los movimientos de los pueblos originarios. Estos pueblos hasta hace poco habían sido silenciados, discriminados y excluidos, y ahora aparecen como protagonistas. Los pueblos indígenas han hecho una aportación fundamental a la crítica al pensamiento hegemónico al demandar y practicar su autonomía (Stavenhagen, 2010). Boaventura de Sousa Santos ha planteado el derecho de los de abajo a un saber emancipador, así como el derecho a enjuiciar al capitalismo por sus crímenes de lesa humanidad. Exhorta a dejar los pensamientos de la dominación. Precisa que toda política entraña una epistemología, que hay que reconocer el pensamiento propio de los movimientos populares que parte de prácticas colectivas y que sustituye las relaciones de dominación por otras de solidaridad. Este pensamiento se sabe incompleto, inacabado, y produce una artesanía de prácticas políticas emancipadoras (Santos, 2010a). El autor muestra cómo hay una democracia comunitaria, construida mediante procesos de consulta, discusión y deliberación en las comunidades indígenas. Invita a reconocer la existencia de una demodiversidad. También constata que la lucha anticapitalista ha ido adquiriendo una dimensión cultural densa, y que se ha entendido que el capitalismo es el obstáculo para lograr vivir. Propone que se favorezca que los movimientos sociales se conozcan entre sí y que profundicen en la comprensión recíproca. A estos nuevos movimientos no les gustan las jerarquías y se arriesgan a transformar el mundo por caminos no previstos (Santos, 2010b).

No sólo los movimientos indígenas se manifiestan en América Latina, también lo hacen otro tipo de movimientos, como grupos ecologistas, de mujeres, de estudiantes, de cooperativas obreras, los cuales muestran en público sus maneras de existir y dan visibilidad a sus reclamos ante poderes represivos y medios de comunicación social que pretenden que pasen desapercibidos, y ante poderes estatales que los tratan de cooptar. No son movimientos homogéneos y tienen modalidades muy diversas. Por lo general, se basan en demandas que el sistema no puede resolver y se transforman en desafíos para éste. Las protestas no sólo son étnicas, sino también campesinas y urbanas; las hay relativas al género y las que reclaman el respeto a la diversidad (Mansilla *et al.*, 2011). Hay muchos cambios en los diversos tipos de acción colectiva (Monestier, 2011).

Los movimientos van viviendo por medio de sus propias asambleas y de sus luchas por la autonomía. Las investigaciones de la década de los ochenta tenían la carga de la visión de los movimientos de los trabajadores, aunque entonces había conglomerados populares muy diversos. Después se privilegió la visión sobre los

llamados *nuevos movimientos*, que estaban relacionados con demandas de mejores condiciones de vida, vivienda y servicios públicos. Vinieron los cortes y bloqueos de rutas. Actualmente, han aumentado los grupos independientes que reivindican derechos de todo tipo, los reclamos de mujeres, de jóvenes, etcétera; hay muchos movimientos culturales. Sin embargo, la constante es que los movimientos sociales cuestionen la lógica de la dominación. Al inicio de la segunda década del siglo XXI, los actores colectivos no son sectoriales, sino se trata de colectivos plurales, abiertos, dinámicos, que inscriben su acción en diferentes planos; adoptan la acción directa no convencional; ponen en cuestión las mediaciones institucionales; adoptan complejas formas autónomas, la autonomía los organiza. Se oponen al modelo de acumulación capitalista por desposesión, que destruye territorios y produce degradación ambiental. Estos movimientos están en contra del neodesarrollismo y de la vía extractivista, que está destruyendo la naturaleza. Hay un énfasis geoambiental en las nuevas luchas (Svampa, 2010).

Se han hecho muchos recuentos de los movimientos populares latinoamericanos de la primera década del siglo XXI. Estos movimientos fueron abriendo brechas en la estructura de dominación. Se han propuesto ir más allá del recambio de las élites y en conseguir una profunda descolonización. Se han opuesto a la visión del progreso como horizonte. Estos movimientos viven sus propias contradicciones (Varios, 2010).

Raúl Zibechi ha seguido puntualmente los movimientos latinoamericanos. Ha destacado su oposición a los monocultivos y al modelo extractivista impuesto en la región por el gran capital. Ha detectado que hay sujetos colectivos que practican modos de vida no capitalistas y que se oponen a las visiones del crecimiento económico cuantitativo perpetuo. Se oponen a la crisis ambiental; quieren vivir bien, no vivir mejor en condiciones de destrucción de la naturaleza, y no están de acuerdo en que ésta se convierta en mercancía. Se han transformado en movimientos antisistémicos, estos movimientos no sólo no quieren tomar el Estado, sino que están en guardia para no reproducir modelos estatales en su proceder. Estos movimientos van creando espacios entre los de abajo que se organizan horizontalmente y tejen vínculos. Zibechi considera que se trata de las revoluciones de la gente común. Ha analizado los conflictos entre estos movimientos y gobiernos progresistas, porque aquéllos contienen una fuerte energía anticapitalista y buscan desbordar los marcos del Estado-nación (Zibechi, 2010a, b y c; 2011a, b y c). José Seoane también se ha centrado en los movimientos latinoamericanos que en sus luchas defienden los bienes comunes de la naturaleza. Advierte cómo esos bienes están presentes en las disputas socioeconómicas de la mayoría de los países de la

región. Los movimientos no quieren que esos bienes sean degradados por acciones sustentadas en una lógica mercantil (Seoane, 2011).

John Holloway a principios del siglo *xxi*, recalcó cómo había movimientos que ya no querían tomar el poder del Estado para cambiar un mundo injusto en uno más humano (Holloway, 2002). Esto propició una polémica con Atilio Boron, quien decía que Holloway proponía un cambio sin sujeto y sin nueva construcción, y que su propuesta no tenía futuro, pues el Estado seguiría siendo un componente básico de cualquier sociedad clasista (Boron, 2003). Holloway respondió que la revolución no podía considerarse ya como una serie de etapas al estilo leninista, que el sujeto de cambio no necesitaba que alguien le llevara desde fuera la conciencia, sino que extraía su conocimiento de su propio presente, aunque en forma embrionaria y contradictoria. Ese nuevo sujeto defendía su dignidad y propugnaba una autodeterminación colectiva, en contra de las organizaciones jerárquicas (Holloway, 2004). Al terminar la primera década del siglo *xxi*, Holloway reforzó sus puntos de vista en otro libro basado en el examen de los nuevos tipos de movimientos sociales. En esa publicación escudriñó los momentos y espacios vitales en que los de abajo han desafiado la lógica del sistema llevando a cabo acciones en contextos donde el capitalismo no entra. Insiste en que esos movimientos están agrietando, fisurando, al capitalismo por medio de resistencias de todo tipo en la vida cotidiana. No ve a la revolución en la toma del aparato estatal, sino en los actos diarios de rechazo a la sociedad capitalista. Sostiene que la sociedad no puede cambiar radicalmente por medio de la toma del poder del Estado, porque éste es una forma específica de organización capitalista desarrollada con el propósito de dominar. Detecta cómo las personas han estado produciendo grietas en el capitalismo y estableciendo relaciones de otro tipo. Estos movimientos van fisurando la trama de las relaciones sociales capitalistas. Un ejemplo claro de ello es lo que han estado haciendo de manera autónoma los zapatistas. El autor ve a mucha gente desconectándose del capitalismo, dejando de reproducirlo en su vida cotidiana. Recalca que se trata de resistencias desde muy pequeñas e invisibles hasta masivas que terminan convirtiéndose en grandes movimientos sociales. A partir de la negación se van creando nuevas formas, se trata de actividades que no están determinadas por las reglas del dinero y del poder. No se trata de algo mecánico, pues la gente va creando sus espacios de dignidad, pero están amenazados externamente y hasta internamente. Las nuevas creaciones son pacientes y no rutinarias, se van generando diferentes socializaciones. Holloway plantea que la horizontalidad, la dignidad, la economía alternativa, los bienes comunes, son territorios en donde se explora y se construyen formas diferentes de convivencia. No se destruye de un golpe el capitalismo, sino que se agrieta con actividades que no contribuyen a la

reproducción del capital. Consta que en este sentido hay millones de experimentos que hacen que estos movimientos pequeños y grandes se desplacen dentro, en contra y más allá del capital y del Estado. Recalca que los movimientos anticapitalistas se construyen en confluencias de luchas particulares que vienen desde abajo, en ese caminar juntos sin estructuras formales. Son impulsos desde lo particular hacia la autodeterminación, que van buscando integraciones informales de conexiones en una cambiante constelación de particularidades (Holloway, 2010).

Fernando Martínez observa que el capitalismo está siendo negado o desafiado en muchos terrenos por las resistencias de los abajo desde sus propias realidades. Percibe que el potencial de liberación de los movimientos sociales es grande. Advierte que ya no se puede mandar a estos movimientos que son creativos (Martínez, 2011).

Por otra parte, en una entrevista póstuma, Bolívar Echeverría defiende la posibilidad de construir un mundo diferente al del capitalismo y a su modernidad. Observa un impulso anticapitalista en la cotidianidad y el descontento creciente respecto al modo de vida del capitalismo. Enfatiza que se busca el valor de uso frente al valor de cambio. Bolívar Echeverría evidenció cómo la modernidad capitalista es enajenante y devoradora de la naturaleza. Frente a aquella hay sujetos concretos con capacidad de definirse de manera autónoma y de conectarse libremente con otros (Echeverría, 2011). En este sentido, no sin contradicciones, han proliferado esos movimientos sociales. Las acciones, pequeñas o grandes, cuyo propósito consiste en “arañar” la dominación del capital y del Estado se enmarcan en la dinámica de los innovadores movimientos sociales latinoamericanos. Zibechi ha considerado que las acciones erosionadoras del sistema, llevadas a cabo por los movimientos, no necesariamente desembocan de inmediato en una situación mejor. Lo importante es la bifurcación que pueden propiciar, para así echar a andar por un derrotero menos injusto que el actual en profunda crisis. Zibechi ha recalcado: “El tránsito en curso no es más que una ventana de oportunidades para que los ‘indignados del mundo’ aceleren sus ‘¡Ya basta!’ y consigan abrir una grieta profunda en la dominación. [...] Ahora es el momento de empujar, de exigir más y más, de recargar el edificio del sistema con nuestras demandas para hacer que sus vigas maestras comiencen a ceder. Sólo sobre sus ruinas podemos construir un mundo nuevo” (Zibechi, 2011d). No obstante, las urgencias no necesariamente llevarán a un cambio de golpe que implique primero una caída y luego una construcción. Las erosiones y las construcciones van de la mano y el cambio pudiera ser paulatino y menos espectacular, sólo apreciable después de mucho deambular.

Algunas pistas

Para entender los movimientos sociales no hay una sola aproximación, sino muchas y muy diversas, apoyadas también en una gran gama de opciones teóricas. No hay teoría que sea la única válida y que se erija sobre las demás. Los fenómenos y problemas son muy complejos y no pueden ser explicados por fórmulas simplificadoras. Afirmar esto no implica necesariamente asumir la posición extrema relativista que proclama que todas las teorías tienen el mismo valor. Todas privilegian una mirada desde un observatorio elegido, aunque algunas sean más explicativas que otras. Sin caer en eclecticismos que se entraparían en contradicciones, conviene arriesgarse a construir coherentemente cuerpos teóricos híbridos. Hay que estar atentos a las condiciones en que emergen los movimientos, a su desarrollo y proceso. Conviene profundizar en elementos como *sentirse con otros*, actuar con otros, compartir experiencias, defenderse de agravios, enfrentar adversidades y hostilidades, defender derechos, conjugar intereses particulares con colectivos, tejer redes sociales, producir identidades y plantearse transformaciones. Los movimientos tienen etapas que corresponden a su origen, auge, descalabros, victorias y fracasos. La muerte de un movimiento no conlleva que su influencia desaparezca por completo; éste va dejando marcas en la vida social, y los repertorios tácticos colectivos se enriquecen en consecuencia. Hay que tener agudeza para advertir cómo existe una latencia que posibilita importantes irrupciones poderosas en determinadas coyunturas; así, se producen resistencias y se construyen autonomías. Las expresiones orgánicas de los movimientos son determinantes. Hay que estar atentos a la diversidad y a la multidimensionalidad, sobre todo, debemos saber escuchar lo que dicen los movimientos de sí mismos, y descubrir qué alianzas establecen y por qué lo hacen. Se deben buscar definiciones, pero hay que evitar las reificaciones. Un avance importante consistiría en transponer la etapa actual, pues el mismo término de movimiento no es análogo, sino equívoco. Es muy acertada la llamada de atención respecto a que hay un amplio movimiento de mujeres que es eminentemente cultural; pero eso no impide que sigan surgiendo de manera efervescente muchos movimientos sociales, sobre todo, por la existencia de una gran cantidad de oprimidos y excluidos que buscan remediar sus terribles condiciones de vida. En el conjunto tan variado de los movimientos existe una gran gama de temas que los dinamizan; entre sus múltiples raíces, muchos de ellos tienen como motivación las búsquedas anticapitalistas. No se puede dejar de advertir que resistencias particulares y grupales han existido persistentemente contra los opresores, pero que los momentos que han permitido romper con el dominio de determinados poderes se han dado por la capacidad convergente y orgánica de los de abajo. Aunque esta

constatación no puede llevar a desatender las enseñanzas de novedosos experimentos sociales que ponen en jaque la relación asimétrica entre dirigentes y dirigidos. Ciertamente, puede ser cuestionable elogiar como propuesta la dispersión y lo espontáneo cuando pudiera estar expresando una carencia ante poderes económicos y políticos concentrados. No se puede olvidar que los movimientos exitosos siguen siendo los que logran conjuntar el descontento difuso por medio de convergencias, organicidades, combinaciones y diseños viables de alternativas. Otra advertencia es que no hay un solo enemigo, sino una gran diversidad, de muy diversos tamaños, y que si ningún enemigo es despreciable, existen varios de grandes calados. No hay un solo poder, sino muchos, y no existe un centro del poder.

Hay que tratar de distinguir las características del movimiento social como tipo ideal weberiano de las múltiples expresiones en movimientos concretos muy diferentes. Nuestras investigaciones se convertirán en acercamientos que harán aportes tanto a descripciones como a intelecciones y se inscribirán en los cambiantes, pero constantes, debates. Otra constatación es que existen antropologías hegemónicas y antropologías subteorizadas, y que hay conocimientos injustamente condenados. Lo cierto es que existe una pluralidad de antropologías. No hay que caer en la domesticación de la alteridad ni en la reificación de la cultura (Escobar, 2005).

Si quisiéramos hacer una especie de reflexión compendiada podríamos decir que la búsqueda incesante, con manifestaciones fuertes intermitentes, es lo que caracteriza a los movimientos sociales. Éstos a veces irrumpen y tienen visibilidad, pero por periodos se mantienen soterrados. Emergen cuando se llega al hartazgo de un agravio, cuando la situación injusta se siente intolerable, entonces se dejan actitudes aparentemente pasivas y se pasa a una actividad abierta. Prevalece una aspiración que suele identificar a cada movimiento y que lo destaca (pero no es la única que lo anima). Con su acción, los movimientos pretenden lograr un cambio. Los dominantes, contra los que se levantan los movimientos, suelen perseguirlos, cooptarlos y aun reprimirlos. Pese a la derrota de algunos movimientos en determinada coyuntura, éstos siempre mellan el poder. Pero los movimientos también tienen victorias de diversos tamaños, las cuales nunca son definitivas ni finales, y pueden ser revertidas. Su impronta se nota porque los movimientos trastocan y modifican relaciones sociales. Más allá de derrotas y victorias puntuales, los movimientos siempre están en búsqueda de una vida digna, y no dejan de constituirse y de expresarse.

Teniendo en cuenta que hay nuevos imaginarios y prácticas, dentro de los *mundos posibles* no olvidemos que también otras ciencias sociales son posibles; hay que atreverse a pensar. Recordando la frase de Einstein que apuntaba que era una locura seguir haciendo lo mismo una y otra vez, y esperar resultados diferentes,

Pablo Latapí resaltó que la vitalidad de una entidad educativa se encontraba en el número y calidad de proyectos radicales, heterodoxos, que alentaban y emprendían vías eficaces para romper tradiciones viciadas y abrir nuevos horizontes, con proyectos que rompían normas para probar hipótesis arriesgadas. No hay que refugiarse en hacer una y otra vez lo acostumbrado (Latapí, 2007). Los movimientos populares, los actores emergentes, la construcción de nuevas subjetividades nos mandan la señal de que hay que repensar tanto la realidad como sus interpretaciones (Salazar, 2007). Se debe luchar contra muchos miedos, pero sobre todo hay que perder el miedo a pensar.

2. Movimientos sociales y convergencias

Contra las concepciones de autores clásicos europeos sobre los movimientos sociales se ha llamado la atención en torno a que más que un horizonte posmaterial, en América Latina, los movimientos hacen demandas relacionadas con graves problemas en el consumo, enormes carencias que impiden una vida digna, ausencia de servicios públicos fundamentales o graves deficiencias en éstos, bajos salarios y falta de empleos, y por el respeto a muchas diferencias básicas para la convivencia tolerante.¹ Se ha destacado que muchos de esos movimientos están constituyendo una profunda crítica al neoliberalismo y al capitalismo. En este capítulo se intenta realizar una revisión de planteamientos que han estado impulsando dos discusiones fundamentales en torno a los movimientos sociales: la relativa al poder y la que tiene que ver con las convergencias.²

Habría que tener en cuenta una advertencia inicial. Es común que en diálogos y en discusiones se utilicen las mismas palabras, pero cada interlocutor entienda cosas muy diferentes, lo cual provoca ruido, confusión y entrapamiento.³ Conveniría recurrir a la ancestral definición de términos, para delimitar cada elemento con que construimos argumentos. Sin embargo, la definición de conceptos va más

¹ En una investigación colectiva en la que participó Sergio Zermeño y que está rescatada en un disco compacto que se ha distribuido en Zermeño, 2010 (*Cien historias. Estrategias contra la adversidad en el México de nuestros días*) se puede apreciar que hay una gran cantidad de movilizaciones en torno a temas medioambientales, de salud, contra la delincuencia urbana y la violencia generalizada, por el agua, por la sustentabilidad agrícola, por el comercio justo, por el autofinanciamiento o el microfinanciamiento, contra la construcción de grandes presas que inundan pueblos, etcétera. En otros estudios sobresalen los diversos movimientos de mujeres, por la defensa de los derechos de la diversidad sexual, contra múltiples desposesiones, y por defensa del planeta contra las enormes destrucciones que ha estado llevando a cabo la forma capitalista de vida, etcétera.

² Una versión de este capítulo apareció en el libro colectivo en torno al Primer Coloquio Internacional In *Memoriam* Andrés Aubry, CIDECI-Unitierra Ediciones, Chiapas, México, 2009, pp. 111-127.

³ A eso se agrega la dificultad de que los grupos de poder no han ido sólo vaciando de contenido palabras clave, sino que las han corrompido y denominan con ellas realidades ajenas y la mayoría de las veces contrarias a su significado original. Así pasa cuando los grupos de poder hablan de democracia, legalidad, justicia, solidaridad, convergencia, etcétera.

allá de formulaciones tipo diccionario e implica la trabajosa construcción de los mismos; algo de eso sucede aquí.

No está por demás recordar que pioneros en la teorización sobre los movimientos sociales plantearon que una cosa eran las luchas concretas con sus diferentes alcances y otra el movimiento social, el cual implicaba una disputa fundamental en la organización y significado de la sociedad; se trataría de una abstracción de gran nivel. Como esto reducía la categorización sobre el movimiento social, otros autores, manteniendo la misma perspectiva, hablaron de movimientos concretos en minúscula y el movimiento social en mayúscula. No obstante, en la complejidad actual se ha constatado que más allá de las luchas concretas se han ido configurando muchos movimientos contra el capitalismo que privilegian aspectos específicos, pero que desde diferentes énfasis se oponen a lo medular de éste.

Movimientos anticapitalistas

El capitalismo, manteniendo su médula explotadora y deshumanizante, ha ido evolucionando y ha ido revirtiendo los acotamientos que forjaron importantes movimientos del siglo xx. Los modelos de la época industrial van en declive; ya no hay condiciones favorables a masas obreras que al haber sido confinadas en los espacios de la industrialización consiguieron formar pujantes sindicatos como armas de reivindicación de los trabajadores. La globalización neoliberal escondió el rostro de los explotadores. La expoliación ha enriquecido a manos llenas a unas élites y ha marginalizado a la gran mayoría de la gente. No obstante, habría que tratar de desentrañar que esa gran masa de marginales en sus innumerables e inimaginables formas de sobrevivencia es de alguna manera funcional al proceso de acumulación de capital; contribuye a la producción y reproducción del capital en su vida miserable confinada a la informalidad. Encima, el capitalismo en los diferentes medios electrónicos bajo su control propicia tanto la alienación como las posturas sumisas y resignadas.⁴

⁴ El capitalismo cambia de forma, pero mantiene su esencia, que es la explotación y la opresión. Aunque haya quienes presenten al capitalismo como algo que perdurará para siempre, tuvo su origen y acabará. Algunos han pensado que lo mejor sería esperar que fenezca; pero otros se han planteado buscar que termine lo más pronto posible. Habría que aclarar que tanto el capitalismo como el mercado (que es más longevo que el primero) no son esencias en sí que “hacen” o “producen” cosas, sino que no pueden existir sino encarnados en la interacción humana. Que el capitalismo prosiga o termine no depende de supuestas leyes naturales, sino de la correlación de las fuerzas entre los que lo mantienen y los que lo impugnan. Siguiendo con la abstracción que personifica

Han ido apareciendo y fortaleciéndose movimientos sociales que confrontan al sistema dominante con propuestas alternativas. Se critica la democracia de apariencia, la democracia que se pone al servicio de la dominación y las múltiples maneras en que se expresa el autoritarismo en la búsqueda de formas democráticas que broten auténticamente desde abajo. En este cometido se van construyendo nuevas identidades en una pujante interculturalidad. Hay exigencias de satisfactores materiales, pero también de participación. Se defienden derechos y se va entendiendo de una manera menos formal la ciudadanía. Se recrean movimientos desde los pueblos indios, desde el devastado campesinado, desde núcleos obreros y de trabajadores de todo tipo, desde las barriadas pobres, desde exigencias culturales, de género, de edad. Se pone en el centro de los reclamos una vida humana con dignidad, pero no sólo eso. Las luchas no afectan a unos cuantos sectores, sino a todo el entramado social, con expresiones en varios niveles, desde lo micro hasta lo macro. No se circunscriben a intereses específicos grupales, sino que intentan conformar un nuevo sujeto plural emancipatorio. Hay conciencia de que no bastan voluntarismos, sino que se requiere la creación de nuevas condiciones. El orden

a los capitalistas concretos, podemos decir que el capitalismo, para explotar, va configurando una gran gama de modalidades; la que se llamó acumulación originaria de capital implicó —nos dicen los estudiosos de este modo de producción— despojo acelerado y violento. Parecería que después los capitalistas seguirían explotando con moderación; pero su voracidad tras la ganancia sólo ha sido frenada por los movimientos que también propició. Fue aglutinando trabajadores en la llamada era industrial, los cuales fueron sometidos a una mecánica aturdidora de tiempos y movimientos. Los trabajadores al estar juntos se fueron conociendo e idearon formas organizativas de defensa. Creció el movimiento obrero y la correlación de fuerzas consiguió la instauración de una jornada laboral acotada, mejor nivel de salarios y algunas prestaciones. Pero los capitalistas también se organizaron para contrarrestar la ofensiva obrera. El capital revirtió conquistas obreras y combinó formas de capitalismo salvaje con otras formas de extracción de plusvalía. Además, el capitalismo ha llegado a una crisis más profunda y definitiva que sus anteriores crisis cíclicas, y encima está amenazando la vida en el planeta. La situación actual es de un desempleo masivo, subempleo, bajos salarios, destrucción de las prestaciones, recorte de los servicios sociales, incremento de la pobreza y aumento escandaloso de la desigualdad. El militarismo ya no está siendo suficiente para estimular el crecimiento económico y remediar la crisis. La crisis aumenta la rebelión; ésta y el callejón sin salida del capitalismo presagian una etapa poscapitalista (Goldstein, 2012). Así surgieron nuevos movimientos anticapitalistas. Estos movimientos también son complejos, pues el anticapitalismo tiene muchas expresiones. Hay anticapitalismos que añoran todavía una solución consistente en un socialismo democrático, donde el papel del nuevo Estado implique resolver las necesidades de las mayorías y poner fin al grave deterioro ambiental. Existen otros anticapitalismos de corte libertario que no buscan la solución desde perspectivas jerárquicas y estatales, y que plantean búsquedas de convivencia social horizontales lejanas a la heteronomía (Sandoval, 2012).

establecido por el capital que todo lo mercantiliza es cuestionado desde diferentes frentes. Las instituciones guardianas del capital se van socavando y se buscan institucionalizaciones de otra naturaleza. Se traspasan los límites de un antropocentrismo para llegar al cuidado de la vida misma en el planeta como algo central.⁵ Todos estos movimientos de una u otra forma van en contra de la lógica capitalista y no sólo confrontan, sino que apuntan hacia transformaciones radicales (Carrillo, 2003).

Los movimientos saben que la globalización neoliberal ha provocado cambios impresionantes en las formas de concentración de la riqueza, ha marcado una dinámica de mayor polarización entre los países con gran acaparamiento de recursos de todo tipo y los depauperados, y ha profundizado la brecha entre ricos y pobres.⁶ Las grandes empresas transnacionales son las que logran un gran poder de acumulación. Los movimientos sociales se oponen a ese tipo de globalización y rechazan su impacto destructivo en la vida de las sociedades y en el medio ambiente, y se pronuncian por construir alternativas sociales políticas, económicas, ambientales y culturales (Movimientos Sociales Urbanos del Ecuador, 2004).

La territorialización como base de los movimientos alternativos

Estos movimientos han incrementando el intercambio de sus propias experiencias para aprender unos de otros, y para dinamizar una mundialización de los oprimidos y explotados que se exprese a nivel local y mundial. Si las élites globalizadas parecieran desterritorializarse (Salazar, 2007), los movimientos entienden que sus luchas deben privilegiar el territorio como construcción social del espacio geográfico en donde expresan experiencias autogestionarias y de construcción de autonomías. En sus luchas, estos movimientos contraponen a la legalidad de los opresores la legitimidad de los oprimidos. Desde esa territorialidad hacen ver cómo la depredación ambiental del capitalismo atenta contra la vida misma. Desde la nueva construcción de la territorialidad se impulsan nuevas subjetividades combinando lo individual y lo colectivo con perspectivas generales (Almeyra, 2005).

⁵ Hay una nueva revolución copernicana que va más allá de ver la vida del hombre en el planeta como lo central y atiende la defensa de la vida en general, con lo cual no sólo humaniza, sino vitaliza las relaciones entre los habitantes del planeta.

⁶ Como precisa Naomi Klein, los movimientos contemporáneos latinoamericanos, aunque beben de una larga historia de militancia, no son réplicas idénticas de sus antecesores (Klein, 2007: 589).

Raúl Zibechi, inspirado por el ejemplo de los zapatistas ha profundizado en esas luchas de los espacios propios, y ha precisado que más que movimientos sociales habría que tratar de ver sociedades en movimiento. Critica las conceptualizaciones que sólo consideran como movimientos a los que tienen una estructura visible separada de la cotidianidad y ostentan dirigentes y programas. Advierte que la mayoría de los movimientos no funcionan de esa forma, pues hay algunos sin estructura institucionalizada de acción que se erigen en movimientos por medio de un conjunto de relaciones sociales territorializadas. Este autor recomienda ver a estos movimientos desde otro lugar, es decir, no desde las formas de organización ni desde los repertorios de movilización, sino desde las relaciones sociales y los territorios. Dejando de lado las estructuras, habría que ir a los flujos y las circulaciones. Zibechi insiste en que los movimientos latinoamericanos son territorializados, producen un espacio diferencial y encarnan relaciones sociales también diferenciadas. Anota que todo movimiento social se configura a partir de los que rompen las inercias y se desplazan, es decir, cambian de lugar (el que se les había asignado desde determinada estructuración social). En este moverse de lugar social construyen espacios propios de expresión con capacidad de fluir y de influir. El movimiento también desplaza espacios e identidades heredadas e impuestas. El territorio es el espacio donde se despliegan relaciones sociales. Llama la atención que los movimientos van constituyendo relaciones sociales diferentes a las hegemónicas, y que el concepto mismo de territorio se modifica. Hay un proceso que va de la aspiración de la tierra y el espacio a la creación de territorios con nuevas subjetividades en la construcción de diferentes sujetos.⁷ En los territorios se crean también economías contestatarias. En esta dinámica irrumpen muchos sujetos nuevos. Los movimientos latinoamericanos tienen sus peculiaridades: emprenden de manera autónoma el cuidado de la salud y la promoción de la educación; producen y hacen circular lo producido de otra forma a la imperante; y configuran relaciones familiares de nuevo tipo. Se van creando espacios no capitalistas, sin mercancías, sin capital y sin Estado (Zibechi, 2007b).

Otra precisión importante de Zibechi, también fincada en la experiencia de los zapatistas chiapanecos, es la convicción de estos nuevos movimientos respecto a que participar en instancias estatales los debilita y los desvía de fortalecer lo que es propiamente suyo. No obstante, no deja de advertir que hay combativos movimientos que luchan por un cambio social y que aun manteniendo relaciones con

⁷ Por eso una de las tácticas importantes de la contrainsurgencia es atentar contra los territorios autónomos.

el Estado siguen siendo autónomos, como el Movimiento de los Sin Tierra, de Brasil. Otro dilema que encuentra Zibechi es que los movimientos latinoamericanos se encuentran en una situación muy compleja, pues, por un lado, se sienten defraudados por los que conforman gobiernos que se proclaman de izquierda, y, por otro, “no tienen margen como para hacer una oposición que favorezca a las izquierdas” del continente (Zibechi, 2007d). Este autor, pese a que reconoce que a mediados de 2007 no eran los movimientos sociales los que estaban marcando la agenda sudamericana por el desgaste de la acción callejera, menciona que por abajo había más organización y más conexiones de las potencialidades para poder vetar los proyectos de las élites (Zibechi, 2007c).

En este enfrentamiento con las élites, los movimientos no sólo se encuentran con el Estado, sino con los poderes fácticos, entre ellos, uno muy poderoso que es el de los medios electrónicos de comunicación. Los movimientos tienden a visibilizarse por estos medios para expandir su influencia; pero dichos medios los tratan de invisibilizar. Por esto mismo, los movimientos han visto la necesidad de crear sus propios espacios de comunicación alternativos. Va creciendo la conciencia de que hay que enfrentar la dictadura mediática (Tamayo y Caicedo, 2007). Otro fuerte obstáculo que enfrentan los movimientos, que se manifiesta tanto desde el Estado como desde los poderosos medios de comunicación electrónica, es la creciente criminalización de la protesta social. Al respecto, no habría que olvidar que la problemática de los movimientos es muy compleja y está cargada de grandes ambivalencias (Svampa, 2007).

La discusión sobre el poder

Si bien en lo concerniente a la autonomía existen grandes avances en la dialéctica de teoría y práctica en los movimientos sociales, hay otros puntos fundamentales que necesitarían dilucidarse con más reflexiones y discusiones; me refiero a lo que tiene que ver con el poder.⁸ Así, entre los compromisos enunciados por la Declaración del Primer Encuentro de Movimientos Sociales Urbanos del Ecuador se plantea “recuperar la vocación y la voluntad de poder; esto es construir diariamente las condiciones económicas sociales, ideológicas y político organizativas que garanticen una nueva hegemonía social y cultural [...] al tiempo que la fuerza para

⁸ Uno de los grandes problemas es si el gran poder concentrado y ubicuo del capital puede caer por las resistencias de poderes dispersos.

gobernar en o contra el gobierno en turno”. Otro punto resalta: “Combinar las tareas de lucha y denuncia con las tareas de construcción de nuevas relaciones sociales, mayores ámbitos de influencia y ejercicio de poder democrático, con la cualificación de las capacidades críticas y propositivas de la sociedad”. Ese poder que se pretende crear tiene que ver con la combinación de “la agenda de luchas y propuestas en el plano global con las reivindicaciones, nivel de conciencia y comprensión del mundo en lo local, con la gente concreta, de carne y hueso”. Sólo con poder podrían desarrollar economías locales, generación de empleo y la consolidación de una política social activa. Finalmente, se resalta que se tienen que combinar “las tareas de lucha y denuncia con las tareas de construcción de nuevas relaciones sociales, mayores ámbitos de influencia y ejercicio del poder democrático” (Movimientos Sociales Urbanos del Ecuador, 2004).

Los movimientos deben plantearse si deben constituirse en poder alternativo. Las tendencias anarquistas fustigan cualquier manifestación de poder; sin embargo, hay de poderes a poderes. No es lo mismo el poder opresor que el poder que experimentaban los campesinos brasileños cuando utilizando el método de Paulo Freire decían que habían alcanzado el poder de la palabra. Es cierto que muchos dirigentes de movimientos revolucionarios o progresistas que llegaron a los sitios del poder estatal fueron picados por “la mosca del poder”, como dice Frei Betto. El poder, enfatiza Frei Betto, más que cambiar a las personas hace que se *revelen*, se manifiesten. El poder sube a la cabeza cuando ya se encontraba destilado, en reposo, en el corazón; embriaga, hace delirar, excita la agresividad, derrumba escrúpulos. Por el poder, la persona se cree superior y no admite que subalternos contraríen su voluntad, sus opiniones, sus ideas y sus caprichos. Frei Betto se queja de que Brasil, siendo el país latinoamericano con más movimientos populares, viva un momento de crisis por la cooptación de líderes. No obstante, exhorta a los movimientos a presionar al gobierno y a vivir una democracia participativa que no mire a los políticos como autoridades, pues las autoridades no son los políticos tradicionales, sino ese “nosotros” que constituye a dichos movimientos de base. Los movimientos deben hacer de los políticos los servidores de la gente. Plantea que es necesario cambiar la inversión en que se vive, para que el pueblo pueda dirigir el poder público (Frei Betto, 2007). Por su parte, Zibechi sostiene que los movimientos crean en sus territorios “contrapoderes”, aunque reconoce que se tiene que revisar el concepto del poder, pues la misma conceptualización de poderes no estatales es insuficiente, y habría que preguntarse si se puede hablar de poder cuando lo ejerce la comunidad (Zibechi, 2007b).

Ciertamente, hay muchos poderes. El más conocido es aquel por el cual un grupo o persona puede hacer que otros hagan lo que él quiere. Este tipo de poder suele apoyarse en la fuerza o en formas sutiles de aceptación por medio de la construcción asimétrica del consenso, y siempre es opresor. Es un poder de suma cero: lo que uno gana lo pierden los otros. Pero hay otra clase de poder que no se acapara, sino que al compartirse se multiplica; es el poder de las decisiones comunes, por ejemplo. El *mandar obedeciendo* de los zapatistas es una especie de poder distinto al que está acostumbrado el capitalismo. Cuando se habla de que las mujeres buscan el poder no quiere decir que manden a los varones, sino que puedan liberarse y ser ellas quienes decidan sobre su destino. En cualquier caso, se debe tratar de evitar que los nuevos controles sociales propicien nuevos amos.

En el estudio de los movimientos sociales, una regla básica es que hay que aprender de lo que hace la gente; aunque no debemos caer en maniqueísmos, la gente también puede equivocarse al expresar socialmente la ideología dominante que no pocas veces tiene introyectada y asumida, al vivir la alienación capitalista. Frei Betto nos recuerda que el oprimido muchas veces lleva al opresor en la cabeza, por lo que la gente no siempre acierta con su voto, y no pocas veces se equivoca (Frei Betto, 2007).

En todo caso, habría que distinguir el poder opresor y las formas incipientes de poderes alternativos que se requieren para construir algo nuevo.⁹

⁹ Enrique Dussel al referirse a los zapatistas dice que los más pobres entre los pobres, los más distintos entre los diferentes, nos permiten recortar con mayor precisión desde abajo y desde fuera todos los estratos restantes del nombrado pueblo. Enfatiza que el zapatismo pone en cuestión muchas categorías de la filosofía política y del marxismo estándar, y que, como ningún movimiento revolucionario anterior, exige mayor creatividad teórica. Afirma que el zapatismo es una revolución dentro de las revoluciones, y que la revolución de las mujeres zapatistas es una revolución dentro del zapatismo. Resalta que los zapatistas preguntan y no dicen qué hacer; han borrado el vanguardismo; nos han recordado la existencia de la dignidad como el fundamento de todos los valores. Otro de sus aportes ha sido el reconocimiento del otro, que es algo fundamental para el diálogo. En todo este tratamiento, Dussel destaca que los zapatistas han replanteado el problema del poder entendido como la unidad de voluntades de los miembros de la comunidad por el acuerdo. En esta forma, el poder reside en la comunidad; el que ejerce delegadamente el poder lo hace obedeciendo al poder de la comunidad, manda obedeciendo. Se trata de una autoridad obediente, lo que constituye una inversión de la definición del poder. En este sentido, el poder no se puede tomar, sino que se ejerce delegadamente en una estructura de relaciones humanas. Advierte que no es una reedición del anarquismo, sino una nueva concepción del poder (Dussel, 2007).

La discusión sobre las convergencias¹⁰

El paso que se quería avanzar en estos planteamientos es que más que un movimiento social por cada época y sociedad, a inicios del siglo XXI se han venido dando muchos movimientos anticapitalistas. No hay uno que pueda exigir que los demás se le subordinen; predomina el rechazo a las jerarquías. No obstante, hay un “cemento” que es necesario saber encontrar para que el conjunto de los movimientos tenga la capacidad de construir una sociedad alterna al capitalismo, el cual tiene grandes capacidades de dominio, y una de ellas es la de fragmentar a sus oponentes. La capacidad aglutinadora de los movimientos sociales anticapitalistas tiene que ver con las convergencias.

El capitalismo de la era industrial aglutinó en las fábricas a las masas de obreros, los cuales tuvieron contacto entre sí y pudieron construir sus instrumentos de defensa, que fueron los sindicatos y los movimientos obreros. El capitalismo de la globalización neoliberal ha producido una gran masa de depauperados a los que fragmenta y dispersa. Diversos núcleos se defienden con las armas de la resistencia local; pero para contrarrestar el poder concentrado del dinero y de la dominación cultural requieren nuevas formas de lucha y de maximización de sus potencialidades de defensa y de construcción de alternativas. Las formas locales son múltiples y diversas. Además de la construcción de sus propios territorios, necesitan ensayar otro tipo de espacios en los que puedan encontrarse, comunicarse y reflexionar sobre sus experiencias, encontrar lo que los diferencia, pero también los sustratos comunes. Las convergencias resultan los instrumentos para dinamizar sus potencialidades.

Las convergencias se inscriben en un proceso donde ya no se puede decir que exista un actor privilegiado del cambio, sino “una calidoscópica panoplia de agentes, y en vez de un resultado único de tipo universal y homogeneizador, hay una distribución más amplia de efectos” (Alonso, 1990: 41). Las convergencias incluyen a ese conjunto de sujetos plurales que van coincidiendo, que se van identificando, que van planteando una meta común de transformación. Se trata de una

¹⁰ Cuando me refiero a las convergencias, sobre todo en el caso mexicano, no estoy pensando en convergencias de partidos, sino en convergencias de movimientos anticapitalistas con otros que tengan esa misma orientación, tanto local como mundialmente. Los partidos, como lo muestran muchas encuestas, han caído en un gran descrédito, porque piensan en sus propios intereses y se encuentran de espaldas a la gente; además, son formas que responden a la organización industrial. Los zapatistas tienen razón en esforzarse por encontrar nuevas formas de hacer política.

nueva masa que supera la dispersión, la fragmentación y la expresión meramente espontánea mediante innovadoras formas orgánicas. Se va fraguando así un conglomerado diverso y plural. No cualquier coyuntura es apta para desatar un proceso convergente. Hay momentos en que desde abajo se pueden generar alternativas propias, pero hay otras coyunturas en donde cunde la confusión y el estancamiento. Las convergencias no son lineales ni siempre ascendentes, tampoco son susceptibles de fraguarse al calor de voluntarismos. No son algo que surja naturalmente; son fruto de construcciones sociales. Constituyen una especial acción colectiva donde se entrelazan fines, estímulos y campos de acción. Se van fraguando contactos por medio de las mismas luchas que hacen coincidir de alguna forma. Se van tejiendo complejas redes en varios niveles desde lo micro, alcanzando lo meso hasta llegar a lo planetario. Las convergencias pueden adquirir dimensiones muy diferentes, y en sentido estricto, sus nexos más que un anudamiento reticular se parecerían más bien al campo de fuerzas de los átomos. Hay muchas fórmulas orgánicas de las convergencias, y van abonando a la construcción de una cultura política de nuevo tipo.

Las convergencias están condicionadas y van condicionando una cultura que crea y recrea; corresponden a nuevos comportamientos, hábitos y prácticas que por medio de su ejercicio consolidan lo nuevo convergente. El reconocimiento de la diversidad y la multiplicidad como constitutivo tanto de la lucha para transformar la sociedad como para diseñar una sociedad mejor es parte de esa nueva cultura. No puede haber un sujeto que dirija a los demás. El campo simbólico que propician las convergencias no es el de la exclusión para afirmarse, sino el de la aceptación y el reconocimiento pleno de una pluralidad convergente como única posibilidad de ser. Los procesos autogestivos se valoran como opción en contra de los lastres burocratizantes. La cultura convergente es deudora de la experiencia de los movimientos sociales y conduce al surgimiento de otros nuevos.

Las convergencias son el resultado de procesos largos, penosos, con avances, estancamientos y aun retrocesos, con no pocas contradicciones; pero hacen posible que florezca lo propio junto con lo próximo y aun lo lejano (Alonso, 1990). Las convergencias, al ser un proceso de aglutinamiento de diferentes componentes, dinamizan la atracción de nuevas unidades. Las convergencias se consiguen en confluencia donde la búsqueda de intereses específicos no atenta contra un objetivo mayor conglutinante. Una condición básica para su existencia es el respeto de las autonomías concurrentes en cooperación. Estrategias autónomas y estrategias convergentes deben coexistir.

Las convergencias son en cierta medida una apuesta, y no están exentas de la incertidumbre. Se construyen y se mantienen desde las potencialidades desde abajo. Se trata de procesos creados colectivamente, que implican también un

aprendizaje de la misma naturaleza. Sus acciones son multidimensionales, implican representaciones sociales. Van combinando diferentes planos y reconocimientos mutuos de los integrantes. Las convergencias tienen fases: hay momentos de expresión y otros de soterramiento e hibernación; pueden perderse también los lazos y desarticularse; son al mismo tiempo procesos y movimiento. Las convergencias enfrentan muchos retos internos y externos. Viven una tensión entre la participación y la representación de conglomerados humanos amplios. Las convergencias llevan en sí gérmenes de una sociedad diversa de participación consensual (Alonso, 1993). Pero no habría que olvidar que las convergencias son medios y nunca fines.

Las resistencias son importantísimas, pero no bastan. La multiplicación de instancias autónomas expresa una situación novedosa con miras a la transformación, pero su accionar aislado tiene un alcance limitado. Considero que sigue vigente el viejo cuento de la antigua Roma acerca del padre pobre que quiere dejarles a sus numerosos hijos una herencia mejor que cualquier bien físico. Lo sintetizo: el anciano, sintiendo que estaba próximo a morir, reunió alrededor de su lecho a todos sus hijos. Les pidió que salieran y que cada uno trajera dos varas. Cuando regresaron les dijo que con ellas hicieran dos montones. Del primero, cada uno tenía que tomar una vara; les mandó que, usando sus manos, intentaran quebrarlas, cosa que todos hicieron fácilmente. Después, dio la orden de amarrar muy bien el segundo conjunto, y solicitó que repitieran lo que acababan de hacer con las varas sueltas, pero ahora con el atado; nadie pudo. Entonces sentenció: "Eso es lo que les dejo, la constatación de que si andan solos los van a destruir; pero si permanecen juntos serán muy fuertes".

Samir Amin ha profundizado en la temática de las convergencias, parte del hecho de que la mundialización de las estrategias del capital llama a la respuesta de sus víctimas. Se pregunta si no habría que considerar la creación de una nueva internacional, capaz de constituirse en instrumento eficaz para la construcción de las convergencias en la lucha contra el capitalismo. No se trataría de un remedo de las otras internacionales, aunque estaría más cerca de lo que fue la Primera Internacional de Trabajadores, abierta a todos los que quieran construir la convergencia en la diversidad. Esta internacional debería proponerse derrotar al neoliberalismo en todos sus niveles, restaurar los derechos soberanos de los pueblos, y condenar la concepción imperialista-colonial de la gestión liberal mundializada; debería englobar todos los movimientos de resistencia y de lucha de los pueblos, garantizar su participación voluntaria y la construcción de estrategias comunes combinando libertad e igualdad (Amin, 2007).

Mientras se llega a la maduración en estos planteamientos, muchos movimientos han ido atisbando que un paso indispensable es la construcción de convergencias.

El primer compromiso enunciado en la Declaración del I Encuentro de Movimientos Sociales del Ecuador dice: “Reafirmar la voluntad de construir un serio esfuerzo de articulación, unidad política y coordinación entre las diversas expresiones sociales, locales y sectoriales” (Movimientos Sociales Urbanos del Ecuador, 2004).

Una reunión de movimientos sociales en Santiago de Chile culminó también con un manifiesto. Se dieron cita los días 8 y 9 de noviembre de 2007 representantes de organizaciones sociales, políticas, culturales y de pueblos originarios. Los participantes denunciaron que el modelo neoliberal se traducía en extrema concentración de la riqueza, la exclusión social y política de las grandes mayorías. Analizaron cómo los poderes fácticos y el gran capital controlaban la política, los medios de comunicación y la institucionalidad, pero vieron con esperanza el hecho del resurgimiento de un extendido protagonismo de los movimientos sociales. Valoraron que las luchas articuladas, cada vez más amplias y persistentes, influyeron en el hecho de que en varios países hubieran sido elegidos gobernantes afines y sensibles al gran ideario de emancipación, unidad e integración latinoamericana. Constataron que la nueva realidad de América Latina hacía ver una multiplicidad de vertientes sociales, culturales e ideológicas que adoptaban originales métodos y estructuras, diversos lenguajes, formas de lucha y propuestas programáticas. Esa diversidad resultaba ser una antítesis del dogmatismo, del sectarismo y del hegemotismo, y era vista como una fuerza y una fuente de legitimidad. El manifiesto destaca que los movimientos sociales avanzan hacia propuestas políticas unitarias y contribuyen a crear una nueva alternativa que permita a Latinoamérica intervenir con fuerza propia en los problemas que afronta la humanidad. Esas convergencias parten de las luchas por la protección del ecosistema; la defensa de la tierra, los territorios y derechos de los pueblos originarios; el rechazo a la expoliación y enajenación de los recursos naturales; las reivindicaciones de los trabajadores; el rechazo a la expropiación de los ahorros provisionales; la denuncia de las bases militares estadounidenses en sectores estratégicos del continente; la defensa de los derechos humanos; las luchas por garantizar los derechos a la salud, educación, vivienda, trabajo y previsión; en contra de la discriminación de la mujer y los adultos mayores; por los derechos de la juventud y otros sectores avasallados por las políticas neoliberales. En esta perspectiva de las convergencias, ese manifiesto rechaza las políticas que buscan atomizar las organizaciones sociales subordinándolas como insumos de políticas estatales funcionales que apuntan a perpetuar el modelo económico vigente.

Dicho manifiesto es una condensación de los planteamientos y prácticas de los movimientos sociales. Enfatiza que los movimientos sociales no se conformaban con cambios superficiales, sino que estaban planteando un rechazo total al actual

modo de dominación económica, política y cultural, la cual implica la comercialización de todos los ámbitos de la vida pública y personal. Los movimientos se proponían actuar en contra del ánimo de lucro como supremo valor de la sociedad.

Los movimientos anuncian que proseguirán su lucha por la recuperación de los recursos naturales, mineros, hídricos, pesqueros, forestales y energéticos. Han estado demandando reformas agrarias y la soberanía alimentaria. Han planteado una integración energética en armonía con el medio ambiente. Resaltan las formas de economía solidaria. Hay pronunciamientos a favor de que se dismantelen los mecanismos de opresión que conjugan edad, clase, sexo, género y etnia. Se oponen a la satanización de las luchas sociales. Levantan la bandera del respeto y reconocimiento a las culturas y autonomías de las comunidades originarias. Entre los puntos enumerados de la lucha convergente algunos apuntan hacia los derechos migratorios. Hay un convencimiento de que los movimientos de los países latinoamericanos pueden unirse a pesar de la diversidad geográfica, étnica, cultural y política para impugnar y construir otras soluciones. No dejan de tener en cuenta que las luchas de los movimientos se enfrentan a enemigos carentes de escrúpulos, cuya voracidad y hegemonía han significado enormes tragedias para los pueblos; no obstante, saben de la valentía de los integrantes de dichos movimientos (Minga Informativa de Movimientos Sociales, 2007).

A finales de octubre de 2007, una red internacional de movimientos sociales¹¹ hizo un llamamiento en el contexto del Foro Social Mundial para que los movimientos y las organizaciones que buscan *otros mundos posibles* se conjuntaran desde sus propios lugares con el fin de participar en la semana de acción global del 19 al 26 de enero de 2008 y para llevar a cabo un día de movilización y acción mundial al final de esa semana. Dicha acción, realizada de manera simultánea en diversas partes del mundo, se encuadra en la búsqueda de alianzas entre los movimientos sociales. En el llamamiento se apunta que los movimientos sociales están enfrentando una nueva etapa de ofensiva capitalista. Hay una búsqueda desenfrenada del máximo beneficio, que origina contaminación, cambio climático y pone en peligro el equilibrio natural. Se precisa que el actual periodo se caracteriza sobre todo por la instauración de un estado de guerra global permanente. Se trata de una guerra de recolonización bajo el pretexto de la lucha contra el terrorismo y, mediante el sa-

¹¹ Los convocantes han sobrepasado los mil organismos y movimientos mundiales, entre los que están la Vía Campesina, el Foro Mundial de Alternativas, la Unión Sindical Solidaria de Francia, la Marcha Mundial de Mujeres, la Nueva Alternativa para el Desarrollo, AITAC, Europa Solidaria Sin Fronteras, el Movimiento Boliviano por la Soberanía y la Integración Solidaria de los Pueblos contra el TLC y el ALCA, y muchísimas organizaciones más de todo el mundo.

queo a los pueblos de todo el planeta, tiene como finalidad el control de los recursos naturales. Los desplazamientos forzados, las expropiaciones, son consecuencia de hacer negocio con la tierra, el agua y los demás recursos. Ante esto, las acciones de los movimientos sociales contra dicho estado de guerra permanente consisten en crear nuevas formas de solidaridad internacional con los pueblos que están resistiendo. Cuando los movimientos se oponen a la privatización de los recursos naturales en pro de las compañías transnacionales se les tilda de terroristas. Este se plantea que los movimientos han detectado sin problemas a sus enemigos directos, como el G8, el Banco Mundial, la OMC y el FMI, que están al servicio de las transnacionales. Se insiste en que los movimientos sociales tienen que lograr una convergencia de las movilizaciones globales contra sus enemigos tanto en los países en desarrollo como en los desarrollados, cuyos habitantes sufren los efectos de las políticas neoliberales. Este llamamiento empezó a buscar firmas de muchos más grupos y movimientos en noviembre de 2007.¹² En esta búsqueda de convergencias se recalcó que los movimientos que ya estaban comprometidos habían puesto toda su pluralidad, diversidad y riqueza de propuestas alternativas contra el neoliberalismo, el colonialismo, el racismo y el patriarcado, los cuales generan violencia, explotación, exclusión, pobreza, hambre, desastre ambiental y negación de los derechos humanos.

Estos movimientos han puesto el énfasis en reforzar la solidaridad y conseguir convergencias entre sus luchas, con vista a la construcción de alternativas (CADTM, 2007). Muchos movimientos sociales están convencidos de que para acceder a *otros mundos posibles* en los que imperen la justicia, la libertad, la igualdad y el respeto a la vida misma se requiere la construcción de convergencias.¹³

Uno de los teóricos del Foro Social Mundial, Boaventura de Sousa Santos, ha avanzado en los planteamientos sobre la convergencia. Reflexionando sobre la movilización global contra el capitalismo, la injusticia social y la opresión, ha detectado que se necesitan “convergencias densas e intensas a partir de las diversidades y diferencias plenamente asumidas” (Santos, 2008). Ha defendido que los movimientos sociales y cívicos fuertes son un camino para la democracia participativa. Está convencido de que las categorizaciones hechas en otros tiempos y para otras realidades poco pueden ayudar a entender lo que está sucediendo en América Latina. Critica fuertemente tanto lo que llama *epistemicido* (relegar el conocimiento

propio de los pueblos) como el eurocentrismo. Por esto mismo, en lugar de ver dispersión y falta de identidad en muchos movimientos nuevos latinoamericanos, trata de encontrar una nueva oportunidad para otros tipos de agregación y reinención de identidades. Alaba a La Otra Campaña zapatista porque percibe que está construyendo una contrahegemonía, una nueva cultura política y una nueva política de alianzas. Analizando la tensión existente en el Foro Social Mundial entre los que defienden que éste debe ser más un espacio cultural y quienes demandan que sea propiamente un movimiento, destaca que en las dos tendencias hay herencias del pensamiento del pasado que no permiten descubrir que se trata de un espacio abierto al tiempo que un movimiento. Esto lo sintetiza expresando que es “un espacio en movimiento”. Exhorta a este movimiento a que aprenda de los pueblos indígenas latinoamericanos que deciden por consenso en esa base están organizando movimientos portentosos, como el de las comunidades indígenas de Bolivia. Recomienda al Foro Social Mundial que tome decisiones por consenso en áreas donde se prevean bajos niveles de conflictividad para seguir conjuntándose. Insiste en que el Foro Social Mundial no es un parlamento o un partido; invita a abrir, y no a cerrar, debates. En los debates sobre representatividad y democracia se debería estar pensando en nuevas formas de organización y de legitimidad política. También recomienda que no haya desmoralización por el silencio de los grandes medios controlados por importantes empresas. Dice que sería un error pensar que ese silencio es un indicador de la pérdida de importancia del espacio en movimiento, pues es lo contrario: precisamente por el potencial del foro se ha hecho el silencio. Lo que habría que buscar es construir medios alternativos independientes. Aconseja también aprender lecciones de experiencias históricas, pues las grandes luchas han sido el resultado de alianzas entre grupos sociales más oprimidos con otros menos oprimidos y con gente que se solidariza con ellos al considerar injusto que su propio bienestar se asiente en el malestar de los oprimidos. Y en cuanto al papel de los académicos como él en ese espacio en movimiento, el citado autor considera que debe ser de acompañantes solidarios y críticos que faciliten la articulación de las experiencias y acciones que ocurren en las diferentes escalas (locales, nacionales, regionales y globales), y que han estado combinando diferentes agendas transformadoras, tales como la indígena, la de mujeres, la de campesinos, la de derechos humanos, la de la ecología, etcétera. En este punto es donde destaca la importancia de las convergencias (Santos, 2008). Sus planteamientos interpelan, retan y suscitan un pensamiento nuevo. Cualquier teorización sobre las convergencias tiene que emanar del análisis penetrante de lo que se está moviendo desde abajo en América Latina.

¹² A este movimiento le gustaría, por ejemplo, que las comunidades zapatistas discutieran esta propuesta; y si les pareciera, que diseñaran las acciones que acordaran e hicieran saber que las realizarán conjuntamente con muchos movimientos en el mundo entero. Esta iniciativa es propiciadora de convergencias.

¹³ La reflexión sobre los movimientos sociales anticapitalistas ofrece pistas sobre los temas en los que hay que pensar y, de manera eminente, sobre las acciones que convendría emprender.

3. Repaso de los principales movimientos sociales mexicanos

En México no han cesado las movilizaciones surgidas en agrupaciones de los de abajo para protestar en contra del precio de la explotación, la opresión, la dominación y la humillación. Estas movilizaciones han tenido auges y declives; han sido impulsadas por diversos sectores sociales. Aunque muden sus formas, no cesan de expresarse. Hay quienes han visto a estos movimientos desde posiciones institucionales, pero también ha habido esfuerzos por privilegiar una mirada *desde abajo* (Ávila *et al.*, 2011).

A finales de los años cuarenta del siglo xx, ante la política corrupta y proempresarial del alemanismo, hubo un repunte de movimientos obreros y de trabajadores. Las demandas principales eran aumento salarial, evitar los despidos, y la defensa del instrumento principal de la lucha obrera, la huelga. Con el alemanismo creció el desempleo, se frenó el reparto de tierras campesinas, se defendió a los terratenientes con los llamados *certificados de inafectabilidad* y hubo encarecimiento de productos de primera necesidad. Para enfrentar el auge obrero, el alemanismo se dedicó a imponer dirigencias obreras afines a sus principios y a reprimir a los disidentes. Se trataba de impedir que las organizaciones obreras pensaran y actuaran por cuenta propia.

En la década de los cincuenta, la situación de los trabajadores empeoró, pues siguieron elevándose los costos de la vida. En Morelos surgió un movimiento campesino que se vio orillado a la opción armada, se le llamó *jaramillismo* y fue masacrado. Hubo movimientos cívicos que consiguieron la destitución de gobernadores muy cuestionados. Se dieron movilizaciones en contra del precio de las gasolinas y el costo del transporte urbano. Los salarios siguieron deprimiéndose y se presentaron situaciones inflacionarias. Mineros norteros organizaron una marcha hasta la capital del país demandando mejores condiciones laborales, demanda que no fue atendida. Siguió la represión que obligó a que se dedicara mucho esfuerzo a movilizaciones en pro de la excarcelación de presos políticos. Se presentaron luchas contra el aumento del precio de las subsistencias y se dio una huelga de estudiantes politécnicos. Vino la represión militar. A finales de los cincuenta, el gremio ferrocarrilero emprendió una lucha exitosa por su independencia sindical, pero también fue reprimido y sus principales dirigentes, encarcelados.

En la década de los sesenta se organizaron movimientos para la liberación de los presos políticos. Se expresó una importante movilización solidaria con la Revolución cubana, y se creó un movimiento de liberación nacional sustentado en demandas nacionalistas y antimperialistas. Los movimientos del magisterio y el movimiento cívico navista por el respeto al voto fueron reprimidos. A mediados de esa década se presentó un movimiento de médicos que exigían mejores condiciones de trabajo, el cual también fue reprimido. Surgió una guerrilla rural. En 1968 irrumpió un emblemático movimiento estudiantil en contra del autoritarismo y del deterioro social, que fue reprimido sangrientamente por el ejército; lo destacable de ese movimiento fue su carácter horizontal. Por su parte, el gobierno siguió incrementando la lista de los presos políticos.

A mediados de los setenta aumentó el descontento popular. Se fortalecieron guerrillas rurales y emergió una guerrilla urbana. Fueron atacadas con la guerra sucia que implicaba desapariciones y ajusticiamientos extrajudiciales. La distribución del ingreso siguió agravándose. Otra constante fueron las luchas por la excarcelación de presos políticos, se lograba liberar a los de las luchas anteriores, pero venían otros presos políticos surgidos de las nuevas luchas. Hubo auge de movimientos campesinos demandantes de tierra, y crecieron también los movimientos urbano populares. Se dieron expresiones de movimientos obreros independientes del corporativismo oficial. En la segunda mitad de esa década, el gobierno flexibilizó la normatividad para la creación de nuevos partidos políticos y ofreció amnistía a los guerrilleros. Hubo una reforma electoral que amplió el número de los partidos. Cuando dicha reforma se puso a prueba, el abstencionismo alcanzó a la mitad de los electores. La corrupción gubernamental se desbocó.

A principios de los ochenta comenzó a imponerse el modelo neoliberal, que afectó a la mayoría de la población. Sobrevino una fuerte inflación que deprimió drásticamente los salarios. Hubo paros cívicos como expresión de protesta contra las medidas antipopulares. Fueron creciendo movimientos de mujeres y otros por la conservación del medio ambiente ante la grave contaminación de ciudades, aguas y tierras. En 1985 sobrevino un gran sismo que destruyó una buena parte de la capital del país y algunas ciudades medias. El gobierno se paralizó y emergió una solidaridad cívica de abajo para el salvamento de damnificados y para la reconstrucción. En esa década, los movimientos encontraron la forma de apoyarse en diversos frentes de lucha. El descontento popular se incrementó y se manifestó electoralmente a favor de un candidato de centro izquierda en 1988. El gobierno cometió un descarado fraude y emergieron movimientos en defensa del voto y por la democratización. Se demandaban elecciones confiables.

En la década de los noventa se recrudeció el modelo neoliberal. Las privatizaciones aceleraron la desigualdad. Unos cuantos se enriquecieron a manos llenas y la inmensa mayoría cayó en la pobreza. Los programas estatales para mitigar la pobreza instauraron un nuevo corporativismo favorable al gobierno entre las capas de depauperados.

En 1994 irrumpió un nuevo movimiento fundamental (que cambió el panorama de los movimientos) expresado en la lucha del EZLN, compuesto por indígenas chiapanecos que reclamaban justicia social, democracia y respeto a la dignidad de los indígenas; pero también proponían una lucha por democracia, libertad y justicia para todos los mexicanos. Aunque se habían concentrado en los pueblos indios, no querían luchar sólo por el bien de los indígenas, sino por el de todos los que eran gente humilde y simple como ellos, los que sufrían la explotación y el robo a manos de los ricos y de sus malos gobiernos. Cuando el gobierno salinista optó por exterminarlo militarmente, importantes grupos de la sociedad civil se movilaron, detuvieron la guerra y empujaron tanto al gobierno como a los neozapatistas a buscar una solución por medio del diálogo. En 1994, el zapatismo llamó la atención sobre la temática indígena. En 1996 logró junto con un fortalecido movimiento indígena la firma de los Acuerdos de San Andrés, que reconocían los derechos indígenas. Pero el Estado no cumplió lo que había pactado: un año después, el zedillismo alentó el genocidio con la masacre de Acteal (pues aprobó la táctica de que el Ejército desplazara a la población civil que apoyaba al EZLN y se armaran bandas paramilitares para atacar a esas bases), de nueva cuenta la sociedad repudió esa brutal acción. En 1997, los zapatistas hicieron la marcha de los 1 111; y en 1999 realizaron una consulta para ver si la mayoría estaba de acuerdo con las demandas de los pueblos indios. Posteriormente, los zapatistas aceptaron la reducción de esos acuerdos en la propuesta de la ley Cocopa. En 2001, el EZLN recorrió varios estados del país hasta llegar a la capital, para argumentar sobre la legislación acerca de los derechos y cultura indígenas. Cuando los tres partidos traicionaron los reclamos indios con una legislación tramposa que no los reconocía como sujetos de derechos, acudieron al Poder Judicial; éste les dio la espalda. El Estado mexicano en pleno se opuso a los legítimos derechos de los indígenas, entonces optaron por aplicar *de facto* los Acuerdos de San Andrés por la vía de los municipios rebeldes autónomos zapatistas y por los "caracoles", una instancia de organización regional. Se esforzaron por que en los municipios autónomos zapatistas fueran los pueblos los que decidieran y gobernaran. Desde el inicio de su alzamiento, los zapatistas se admiraron de la simpatía y apoyo que recibieron de varios sectores de la población: los indígenas, las mujeres, los jóvenes, el sector integrado por homosexuales, lesbianas, transgénero, transexuales, y las trabajadoras sexuales. Han ido

entendiendo que esto se debe a que tienen en común ser otros, excluidos, perseguidos, discriminados y temidos. Entre diversos movimientos por todo el país han impulsado la llamada Otra Campaña, que busca construir desde abajo sus propias autonomías. Este movimiento ha ido constatando que las soluciones tendrían que darse al margen del capitalismo y del Estado. El ejemplo zapatista de no esperar nada de los de arriba, sino de desatar la creación de los de abajo, ha sido una fuerte inspiración para este amplio y plural movimiento.

En la primavera de 1999 irrumpió un vigoroso movimiento estudiantil. Fue un movimiento eminentemente cultural y simbólico. No se trató una simple lucha estudiantil; fue un signo más de la resistencia a un modelo económico excluyente y otro grito de protesta ante el neoliberalismo. Sus demandas eran la derogación del reglamento de pagos y la creación de un espacio de diálogo para la reforma integral de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), así como el cese de la relación con el organismo de evaluación. La demanda central pasó a ser la gratuidad de la educación en todos sus niveles y en todo el país. Pese a la dura represión que sufrió, detuvo pasos iniciales en torno a la privatización de la educación pública.

Por otra parte, movimientos mexicanos contrarios al neoliberalismo se concentraron en tratar de impedir la privatización de la industria eléctrica y del petróleo en la primera década del siglo XXI. También en esa década se manifestaron otros movimientos en contra del neoliberalismo. Por ejemplo, como las autoridades no habían tenido en cuenta a los habitantes en donde se pretendía construir un aeropuerto, el descontento surgió con fuerza y apareció un movimiento en defensa de las tierras de la comunidad de Atenco. Esta afrenta la cobró años después el gobierno con una represión despiadada. Si la expropiación de la tierra campesina ha sido un elemento importante en la acumulación de capital, esto se vuelve compulsivo en esta etapa neoliberal. Se trató de un movimiento más de los expoliados en contra del neoliberalismo y sus poderes.

En 2004 se manifestó un movimiento altermundista en la ciudad de Guadalajara: el 28 de mayo hubo una marcha para clausurar los trabajos de los foros alternativos, en ella participaron obreros, campesinos, indígenas, estudiantes y colectivos internacionales, tapatíos y del resto del país. La marcha fue brutalmente reprimida. Hubo exceso de violencia en la represión policial y detenciones arbitrarias. Al día siguiente, organismos de jóvenes denunciaron la persecución de la que habían sido objeto y organizaron manifestaciones en Guadalajara y en México demandando la liberación de los detenidos. Abogados de organizaciones independientes que participaron en la contracumbre denunciaron que la policía incurrió

en graves violaciones a los derechos humanos. Había testimonios de vejaciones a mujeres y de tortura a jóvenes.

A mediados de la primera década del siglo XXI nació en Oaxaca un pujante movimiento plural ciudadano que durante muchos meses luchó en contra del autoritarismo local. Fue brutalmente reprimido por el gobierno local y federal. Las autoridades federales y estatales de Oaxaca habían incurrido en graves violaciones a las garantías individuales de los integrantes y simpatizantes de la APPO. Las autoridades violaron las libertades de tránsito, manifestación, expresión y uso del espacio público; realizaron detenciones ilegales y arbitrarias; y fueron responsables de dar tratos inhumanos y degradantes, y de llevar a cabo ejecuciones extrajudiciales.

El proceso electoral de 2006 se dio en el contexto de un México escindido y confrontado. Posteriormente, despertó un nuevo movimiento cívico por la democracia electoral comandado por el ex candidato a la presidencia de la República Andrés Manuel López Obrador. Al arrancar la segunda década del siglo XXI ha ido tomando forma otro movimiento que se ha denominado Movimiento de Renovación Nacional, el cual ha planteado un proyecto de nación por el renacimiento de México. Asimismo, ha proclamado que México necesita un nuevo rumbo en lo económico y en lo político. Se trata de un amplio movimiento liderado por Andrés Manuel López Obrador, que puso sus energías en las elecciones presidenciales de 2012. Este movimiento, aunque centrado en lo electoral, ha mostrado la crisis de la democracia liberal representativa (Ávila *et al.*, 2011).

Por otra parte, se han presentado diversas luchas para defenderse del despojo que implican las políticas de construcción de presas y de concesiones mineras. Hay muchos movimientos socioambientales y resistencias campesinas contra transgénicos (Ávila *et al.*, 2011).

A principios de la segunda década del siglo XXI también irrumpió otro movimiento plural en contra de la guerra impulsada por el gobierno del panista Felipe Calderón. El poeta Javier Sicilia, escritor católico comprometido con los pobres, se convirtió en el promotor de dicho movimiento. Ante los 40 000 muertos provocados por esa guerra, este movimiento propuso un *pacto de paz con justicia y dignidad*, que permitiera al país rehacer su suelo. Dicho pacto estaba compendiado en seis puntos: el primero tenía que ver con la verdad y la justicia, es decir, en éste se exigía que se detuviera a los verdaderos autores intelectuales y materiales de los crímenes; que hubiera procesos transparentes de investigación, procuración y administración de justicia. El segundo implicaba poner fin a la estrategia de la guerra y asumir un enfoque de seguridad ciudadana. El tercero destacaba la necesidad del combate a la corrupción y a la impunidad. El cuarto tenía que ver con combatir la raíz económica y las ganancias del crimen. El quinto contemplaba, mediante un

plan de emergencia nacional, el apoyo a la infancia y a la juventud, además del ofrecimiento de oportunidades reales de recuperación del tejido social. Finalmente, el sexto consideraba una democracia participativa y la democratización de los medios de comunicación.

Los organizadores de la marcha promovieron también una caravana ciudadana que culminó en Ciudad Juárez, donde firmaron un pacto por un México con paz, con justicia y dignidad. Se aclaraba que en diálogo con las autoridades la sangre de los muertos no se negociaría, y que se exigía la desmilitarización inmediata, así como la justicia para los asesinados y desaparecidos. Integrantes de La Otra Campaña zapatista respondieron con acciones en todo el país. En la región central enfatizaron que no debían permitir que los jóvenes continuaran siendo arrastrados a la muerte, que se conformara un estado de excepción, que el gobierno siguiera ensangrentando los hogares de miles de mexicanos, que se siguiera destruyendo el tejido social de los pueblos, de las comunidades, barrios, escuelas y familias. Se manifestaron colectivos como la Unidad Obrera y Socialista, la Red contra la Represión y por la Seguridad, la Red Mexicana de Trabajo Sexual, la Brigada Callejera de Apoyo a la Mujer, el Colectivo Autónomo Magonista y muchos organismos más.

Lo más destacable de este nuevo movimiento ciudadano es una amplia y plural convergencia. Otro elemento fundamental es que tiene inspiradores, pero no líderes, y que esa convergencia se da en términos horizontales sumando espontaneidades y creatividad. Está apuntando al núcleo estructural de la inseguridad: la corrupción y la impunidad. En un principio hubo una especie de ingenuidad en algunos de sus convocantes, que pensaron que por medio de un diálogo con el poder éste dejaría de lado su estrategia belicista. Pero pronto advirtieron que el diálogo con los de arriba nada resolvería, pues eran parte del problema y no de la solución. Una ventaja de esto es que las agrupaciones participantes en dicha convergencia han tenido que privilegiar lo que han denominado *un pacto ciudadano*. Se ha ido conformando una amplia red por la paz y la justicia que horizontalmente reflexiona sobre lo que debe hacer. Lo más importante es la potencialidad que brota desde abajo. El contacto con los zapatistas ha sido otra de sus virtudes, pues el zapatismo tiene ya una profunda experiencia.

Tilly y Wood han mencionado que los movimientos sociales representan una forma muy antigua de hacer política. Sostienen que en 1750 se dieron grandes cambios en los distintos medios que empleaba la gente corriente para plantear reivindicaciones. Precisan que a pesar de que desde hace miles de años en todo el mundo el pueblo se ha rebelado por un motivo u otro, la forma en que lo hacen los movimientos sociales data apenas del siglo XVIII, como una forma de política

inventada. Con una mirada de largo aliento previenen acerca de que el éxito de los movimientos sociales no es algo que se note a primera vista. Aclaran que nadie tiene el monopolio de la expresión *movimiento social*, y que los elementos que conforman a estos movimientos evolucionan. No obstante, la visión de estos autores es que los movimientos presentan ante las autoridades sus reivindicaciones colectivas (Tilly y Wood, 2009).

Lo que se desprende de esta clase de interpretaciones es que los movimientos sociales son una importante forma de lucha contra el capitalismo. La agudización del despojo y de la opresión por parte del capitalismo neoliberal ha propiciado que los movimientos sociales emerjan con fuerza al despuntar el siglo XXI; éstos han ido pasando de la resistencia hasta propuestas de nuevas formas de convivencia social. Otro énfasis de los estudios de Tilly y Wood es el carácter global que han ido adquiriendo los movimientos sociales del siglo XXI. En esta vertiente se encuentran los escritos de Geoffrey Pleyers, quien destaca las novedades de los movimientos de indígenas y de jóvenes que buscan defender sus experiencias y sus autonomías. Recalca que los jóvenes no buscan el impacto político, sino la experiencia vívida y creativa frente a las lógicas mercantiles en sus barrios, y critican la idea del poder. No obstante, Pleyers, desde la perspectiva de las definiciones clásicas de los movimientos sociales, en lugar de destacar sus aportes los pone en esa cama de Procusto para descalificarlos, y en ellos ve muchas ilusiones. Los acusa de "romantizar" sus redes horizontales y los espacios autónomos. Sentencia que esos espacios no podrán librarse totalmente de los poderes políticos y del sistema económico, y opina que los cambios locales no contribuirán a una transformación global (Pleyers, 2009 y 2010). En lugar de dar seguimiento a las potencialidades de esas formas que viven su propia contradicción, pero que van innovando, se queda en las viejas interpretaciones que no permiten vislumbrar la forma en que fisuran el poder del Estado y del capital (Holloway, 2010).

Un acercamiento a los movimientos sociales mexicanos de los últimos tiempos realizado por un equipo que comandó Massimo Modonesi plantea que hay una gran diferencia entre los movimientos sociales mexicanos y aquéllos surgidos en el resto de los países latinoamericanos. Mientras que en países como Bolivia, Ecuador y Brasil, los movimientos han modificado a su favor la correlación de las fuerzas, en México se les ve arrinconados en la resistencia. Este equipo analiza tanto el zapatismo, por una parte, como el denominado *obradorismo*, por otra, al que califican como una expresión masiva de rechazo al neoliberalismo. Asimismo, destaca que hay muchos conflictos locales en defensa de los recursos naturales frente a las políticas de despojo, y en defensa de los derechos humanos frente a la represión y

a la criminalización. Al militarizarse el país se ha incrementado la criminalización de la protesta social de todo tipo (Modonesi *et al.*, 2011).

Movimientos obreros, campesinos, indígenas, urbano populares, de mujeres, por la diversidad sexual, ecologistas, etcétera, se han opuesto tanto a la explotación y despojos del capitalismo como se han manifestado en pro de una democracia auténtica al margen de cualquier autoritarismo. El capital y el Estado han optado por criminalizarlos, vejarlos y hasta matarlos. No obstante, esto no ha impedido que los movimientos resurjan, vuelvan a manifestarse y sigan erosionando al capital y al Estado. La mayoría de estos movimientos ha presentado sus reclamos a este último exigiendo justicia. Vertientes cívicas que esperaban conseguir mejores condiciones electorales para que en un ambiente democrático se dialogara y se encontraran soluciones a los males, fueron constatando que las alternancias partidistas no resolvían ni lo más elemental de la democracia electoral, el voto realmente libre. Se produjo una partidocracia supeditada a los principales poderes fácticos del dinero, de los grandes medios electrónicos de comunicación, de la jerarquía católica y del crimen organizado con el narcotráfico a la cabeza. Los movimientos revisados tienen que ver con las más importantes expresiones de hartazgo desde abajo. Sin embargo, hay una gran cantidad de luchas de todos los tamaños, por el país entero y durante todo el tiempo en contra de la explotación, la marginación y las opresiones de cualquier tipo, que no alcanzan a llamar la atención de los medios de comunicación, pero que existen y van erosionando con sus luchas los dominios del capital y del Estado. En la segunda mitad del siglo xx, los movimientos se expresaron en diversas formas: obreros, campesinos y urbano populares; al cambio de siglo lo hicieron con una gran variedad de organicidades y grupalidades por demandas específicas diversas. Todas las movilizaciones han tenido como origen de sus males al capital y al Estado. La democracia capitalista no les ha resuelto nada. Sin embargo, todavía hay movimientos amplios que tienen puestas sus esperanzas en un cambio por la vía electoral y por la utilización de un Estado que consideran un instrumento neutro. Todavía hay grupos que esperan la conducción de un líder. Otros movimientos han ido entendiendo por su propia experiencia que el Estado es un instrumento de opresión del capital y que no podrá resolver sus sufrimientos, ocasionados precisamente por la dupla intrínseca del capital y el Estado; por eso buscan con creatividad formas propias al margen de éstos. La democracia que intentan es castoridiana: que todos discutan las normas que deben darse para convivir y que de forma autónoma decidan colectivamente. Si lo propuesto no funciona, por la misma vía toman otro rumbo. No quieren depender de ninguna heteronomía. Pese a las represiones que en una visión inediatista pueden interpretarse como derrotas, los movimientos van haciendo grietas en la dominación

estatal y capitalista (Holloway, 2010). Una nueva modalidad de algunos movimientos en el siglo xxi es que ya no le presentan sus reclamos al gobierno y ensayan búsquedas deambulando en torno a prácticas cotidianas mediante las que intentan ponerse al margen del capital y del Estado.

4. Una experiencia reflexiva de movimientos sociales de nuevo tipo en Jalisco

Un seminario integrado por movimientos sociales

Varios colectivos populares jaliscienses constituyeron en 2007 un seminario de movimientos sociales, sujetos y prácticas, como un espacio crítico y de reflexión sobre sus compromisos y acciones.¹ Se encuentran grupos del sur de Jalisco, de los comuneros de Mezcala, integrantes de La Brigada Callejera, grupos de jóvenes anarquistas, el colectivo Salvabosques (radicado en el Nixticuil), campesinos de Ixcatán, un colectivo de periodistas y otro que produce materiales de discusión sobre los movimientos. Los colectivos están integrados principalmente por familias organizadas e individuos, en torno a la defensa de territorio comunitario: tierra comunal, bosque, barrio, y en contra de las políticas de despojo, privatización y mercantilización que el Estado promueve y quiere imponer en sus espacios. El seminario se ve como un lugar para contribuir a desatar sus propias capacidades y posibilidades, y para cuestionar soluciones consideradas no adecuadas por ser ofrecidas por las estructuras del poder. Existe un afán por reflexionar cómo ser sujetos antisistémicos, enriqueciendo la autonomía, autogestión y autodeterminación de los diversos colectivos en su lucha contra el despojo. Estos colectivos han discutido que seguir confiando en las instituciones significa actuar contra toda experiencia y concentrar la energía en el lugar equivocado. Se han analizado experiencias en otros países y se ha llegado a la conclusión de que aun si en todo el planeta gobernarán Evos Morales, no podrían arreglarlo. El colectivo Salvabosques defiende territorios, el bosque y el barrio; reconstruye el tejido social por medio de talleres ambientales que ha estado llevando a cabo en escuelas. Hay una brigada comunitaria contra incendios que ha ido aprendiendo por sí misma sobre las formas de combatirlos, de adquirir de manera autónoma las herramientas necesarias para hacerlo.

¹ En América Latina se ha detectado la potencialidad de los movimientos que ensayan expresiones de tipo territorial con ánimo antiestatista y anticapitalista. No se habla de un seminario academicista sobre movimientos sociales, sino se trata de un seminario que construyen diversos movimientos de nuevo tipo, que tratan de entenderse dentro de una lógica más amplia de una movilización social anticapitalista.

Han defendido el bosque de los intentos de una gran empresa inmobiliaria de ganarle terreno.²

Otro colectivo se compone de jóvenes del movimiento *anarcopunk*. Ellos mantienen un local donde se hacen círculos de estudio en torno al movimiento anarquista, además, producen una revista. El movimiento anarquista jalisciense construye espacios propios y rescata la historia anarquista mexicana. Asimismo, ha enfatizado la práctica política cotidiana.

El colectivo Rebelión Cotidiana del Sur de Jalisco busca hacer grietas en el sistema dominante desde la recuperación de la historia, desde una vida cotidiana autónoma al margen del Estado y del capital; decide sobre sus necesidades. Trabaja con agentes de pastoral y se vincula con vecinos con quienes intercambia y genera iniciativas. Propaga la reflexión acerca de los procesos de cooptación y cómo resistirse a ellos. Hace campaña de siembra de hortalizas en diferentes comunidades, como guardianes de planta con el cuidado de los espacios públicos donde viven.

Por su parte, La Brigada Callejera colabora con trabajadoras sexuales en temas sobre la prevención del VIH-sida y en la defensa de los derechos humanos. Ha defendido la autonomía en diversos aspectos: el corporal, con trabajadoras del sexo; en materia de atención primaria a la salud sexual y reproductiva; en materia de prevención; y en el aspecto laboral, en diferentes unidades organizativas del trabajo sexual.

Por otro lado, los campesinos de Ixcátán³ defienden su territorio y hacen una labor en pro de la limpieza del río Santiago y en contra de la contaminación de sus tierras y aguas por parte de tiraderos de basura. Mientras que los comuneros de Mezcala han defendido su territorio y su isla de los embates del gobierno y de promotores del turismo que les quieren quitar el control de su territorio.⁴ También defienden su historia como un elemento identitario.

Entre los colectivos que se reúnen en el seminario se halla Cuadernos de la Resistencia, el cual difundió materiales importantes elaborados desde la perspectiva de la autonomía. Hace talleres para colectivizar saberes y promover encuentros prácticos para aprender a hacer las cosas de manera autónoma. No se supedita a

² El bosque El Nixticuil se encuentra en el noreste de la zona metropolitana de Guadalajara, en el municipio de Zapopan. Se trata de un área protegida que tiene robles, encinos, pinos y una gran variedad de hierbas. En este bosque hay coyotes, zorros, conejos, reptiles y más de cien especies de aves.

³ Ixcátán es una comunidad del municipio de Zapopan enclavada en la barranca que forma el río Santiago.

⁴ Mezcala es una comunidad de un pueblo originario que se encuentra situado en la ribera del lago de Chapala, en Jalisco.

los medios oficiales de comunicación. Por medio de sus textos plantea influir en los imaginarios sociales y descolonizarlos. Hay otro tipo de colectivos, como el que se denomina Crónica de la Lucha, el cual se ha propuesto dar cuenta de la resistencia y la lucha que se dan al margen del Estado y el capital, sin que se desconozca la propia perspectiva de los sujetos que las generan. Este colectivo ha hecho una radiografía de la indignación en Jalisco y ha involucrado a los otros colectivos en el estudio de los movimientos.⁵

Precisamente se configuró el seminario para reflexionar sobre la práctica política como sujetos de colectivos participantes en movimientos y procesos sociales. En este esfuerzo, los colectivos no sólo han estado atentos a los movimientos jaliscienses, sino también a las acciones de los de abajo en todo el país, cuidando de destacar la posibilidad de que las diferentes luchas y resistencias provoquen una ruptura que violente el ritmo de la actual dominación capitalista. Asimismo, estos colectivos han ido detectando las políticas de la acumulación por despojo. El seminario no es un colectivo más, sino un espacio de reflexión crítica y autocrítica sobre las prácticas de los colectivos que participan en él. Promueve el uso crítico de formas conceptuales para pensar desde la perspectiva del sujeto. Impulsa el ser parte del imaginario social instituyente como sujetos anticapitalistas que construyen proyectos de autonomía. Promueve el análisis de la realidad desde la perspectiva de inhibir y desarticular la represión, el despojo y el desprecio que imponen el Estado y el capital; y desde la perspectiva de la necesidad de los sujetos de ser autónomos e independientes.

Los colectivos llevan al seminario la discusión de sus formas de hacer política, de la construcción de su autonomía intentando resolver necesidades sin depender de gobiernos, partidos, organizaciones no gubernamentales o instituciones; ensayando la reapropiación comunitaria del territorio y el ejercicio de ser sujetos sociales dignos. Han analizado la perspectiva de mantener y fortalecer los lazos de apoyo mutuo y solidaridad con los colectivos y organizaciones con quienes se relacionan, desde la autogestión, desde lo que cada quien puede aportar. Los colectivos trabajan en diversas iniciativas políticas generadas por los sujetos y colectivos zapatistas.⁶

⁵ Este capítulo lo hice con base en la revisión de las actas mensuales del seminario, de mi diario de campo, de la consulta de una gran cantidad de escritos que se produjeron en el seminario a lo largo de cuatro años y de los abundantes materiales preparados para todas las sesiones por el Dr. Rafael Sandoval.

⁶ Un análisis crítico con rigor y profundidad sobre este seminario se encuentra en la tesis doctoral de Rocío del Carmen Salcido Serrano *El trabajo a favor de la autonomía, elaboración de experiencia y afirmación anticapitalista*, presentada en la Universidad de Guadalajara en 2013.

En el seminario se ha llevado a cabo un trabajo de documentación y sistematización de las luchas, pensando en la importancia de transmitir las ideas, compartir las iniciativas de lucha de los sujetos sociales que despliegan una resistencia potencialmente anticapitalista. Se ha aprendido a tratar con las instituciones y los recursos legales en algún momento de la lucha por poner algunos frenos, trincheras o barricadas a los proyectos del Estado y el capital. Se renueva una reflexión continua como sujetos en contradicción que intentan ser anticapitalistas, aunque a veces lleven a cabo una práctica contraria, es decir, se ven como sujetos en contradicción permanente que intentan llevar a cabo una práctica anticapitalista. Se analiza cómo se está viviendo *otro mundo* —en embrión, entre muchos sujetos, en muchos lugares— dentro de este sistema capitalista en crisis. El seminario privilegia la discusión y la reflexión crítica.

Colectivos que estudian otros movimientos

Los colectivos han realizado un estudio de los movimientos sociales tanto en su discusión teórica como en sus expresiones concretas. Han llegado a la conclusión de que cualquier sujeto colectivo —independientemente de su tamaño, de su visibilidad— si en su vida cotidiana erosiona la explotación y la dominación, se convierte por eso mismo en un movimiento social. Cuando los movimientos sociales aumentan su visibilidad son como la punta del iceberg, que muestra una pequeña parte de todo un conjunto que se mueve debajo. Saben que a lo largo de la historia los movimientos han ido cambiando sus formas de hacer y de pensar. Por ejemplo, después de la Revolución industrial se consideró que el movimiento que podría cambiar el modelo de explotación sería el movimiento obrero, el cual encabezaría a los demás movimientos que harían alianzas con él, y se pensó que se necesitaría una vanguardia que organizara los esfuerzos del cambio social. Eso se ha visto como una perspectiva errada. Por medio de las características propias de los movimientos en diversas etapas históricas, es posible detectar un fuerte núcleo de resistencia persistente a la dominación y a la explotación.

En el seminario se ha emprendido el estudio de resistencias, rebeliones y revoluciones acaecidas durante la época colonial en el espacio que actualmente ocupa Jalisco. Se ha encontrado que en el siglo xvi hubo una gran cantidad de rebeliones de caxcanes, tucuexes, tecoxquines, coanos y de otros pueblos que se opusieron a la conquista española y al despojo y la pérdida de sus maneras de gobernarse, que ésta implicaba. En particular, se ha estudiado la guerra del Miztón, en la que participaron más de cuarenta mil indígenas bajo la conducción militar de varios cau-

dillos de habla nahua, entre ellos, el legendario Francisco Tenamaxtle. La defensa fue integral y puso en cuestión la conquista, por eso la respuesta fue especialmente sangrienta.⁷ Se ha analizado la guerra chichimeca a mediados de ese siglo, la cual involucró a guachichiles, guamares y huicholes, ésta implicó un triunfo porque en la negociación que le puso fin los indígenas obtuvieron el derecho a usar caballos, consiguieron comida y vestido y hubo amnistía. En el siglo xvii, tepehuanes (y varios grupos indígenas), negros y mestizos *reeditaron* tácticas similares a la guerra del Miztón, con ataques simultáneos a estancias y minas. El castigo también se infligió con gran saña y hubo desplazamiento de pueblos.

En el siglo xviii, coras y huicholes resistieron con fuerza, lograron mantener territorio y religión, y negociaron lo relativo a los tributos. A mediados de ese siglo sobrevino la rebelión de los arancelistas, en la que el núcleo de la queja fueron los tributos. Coras, tecuales, huicholes y tepehuanes escenificaron otra rebelión por la falta de respeto a sus centros ceremoniales.

A principios del siglo xix, varios pueblos indígenas de la zona participaron en la lucha de independencia, y fue notoria la contienda de los cocas de Mezcala, en la isla del mismo nombre, con la cual consiguieron que se respetara su territorio y la exención del pago de tributos.

Los colectivos también han examinado las luchas y las resistencias de los de abajo en la época del México independiente. Han encontrado que muchos pueblos defendieron sus territorios en contra de la privatización y del avance de las haciendas. Los colectivos han destacado la relevancia de 27 luchas sociales rurales en ese siglo. Los pueblos también participaron en gran cantidad de luchas durante el periodo revolucionario.

Posteriormente, los colectivos participantes en el seminario examinaron recuentos de luchas obreras, campesinas y de inquilinos en contra de varios despojos y de la explotación. Son tantas las luchas y tan persistentes que podría decirse que lo que James Scott estudió en el sudeste asiático tiene alguna similitud con lo que se observa en las maneras en que muchos pueblos utilizan mecanismos en un arte para no ser dominados (Scott, 2009).

En el seminario también se han explorado las luchas de los de abajo en los últimos años. En los setenta, Jalisco fue escenario de luchas guerrilleras. Se han estudiado importantes luchas obreras. También se ha dado seguimiento a movilizaciones campesinas (toma de tierras, luchas contra el abuso de autoridades y contra la represión). Hay movimientos populares y movimientos urbano populares.

⁷ Para profundizar al respecto, véase la publicación *Seminario Movimientos Sociales, Sujetos y Prácticas*, 2011.

Existen diversas resistencias contra la globalización neoliberal, movimientos en defensa de los derechos humanos, movimientos cívicos por la democratización de la entidad, resistencias indígenas contra diversos despojos, luchas ambientalistas, de trabajadoras sexuales y en defensa de la diversidad sexual.

En el seminario se ha enfatizado la necesidad de pensar por cuenta propia, sin descartar la influencia histórica. Se ha ido construyendo un pensamiento en la dirección anticapitalista, antisistémica y crítica. Por eso se ha considerado importante recuperar los procesos y movimientos de los sujetos de la región. Pero también se ha pensado en lo que sucede entre los de abajo en Chiapas, Oaxaca, Guerrero y Michoacán. Respecto a Jalisco, se explora el ejemplo de las comunidades indígenas wirrarikas. A partir de ese rescate histórico, los integrantes del seminario se han dado cuenta de la gran diversidad y riqueza cultural indígena.

En la actualidad, el seminario ha dado seguimiento a la experiencia de los zapatistas tanto en Chiapas como en La Otra Campaña. Los colectivos han podido detectar que aun antes de la aparición del EZLN había quienes desde muchos años atrás conocían y practicaban la autonomía y la resistencia. Han recalcado que gracias al zapatismo esos procesos políticos y culturales —que entre los indígenas eran y continúan siendo cotidianos— empezaron a entenderse. Se ha visto que las políticas zapatistas se han constituido en las aportaciones más innovadoras para el pensamiento y el debate político hasta convertirse en referente mundial.

Sabiendo que la mayoría de las luchas no tienen un impacto mediático, en el seminario se emprendió una recopilación de las luchas que durante 2010 trascendieron la prensa escrita. Se dio seguimiento a opositores a cultivos transgénicos, a quienes luchan contra la deforestación, la contaminación de aguas, la construcción de presas que implican la desaparición de varias poblaciones, los proyectos inmobiliarios que no respetan zonas boscosas, los tiraderos de basura que contaminan tierras y aguas. Se enlistaron las luchas de quienes se opusieron a los despojos consecuencia de la expansión de desarrollos turísticos. También se hizo hincapié en las luchas contra la tortura. Se tuvo en cuenta el levantamiento de muchas demandas, como el derecho de la mujer a decidir o la exigencia de una vialidad urbana que privilegie el transporte colectivo no contaminante y no vías para automotores. En medio año se enlistaron 355 acciones de protesta pública especificándose quiénes se movilizaban, qué demandaban, qué acciones llevaban a cabo y contra quién, y qué respuesta obtuvieron. Los colectivos dieron cuenta de acciones de ambientalistas, ejidatarios, colonos (que demandaban servicios), trabajadores, comerciantes, la gente de Temacapulín, feministas, wirras, ciclistas, entre otros. Además, profundizaron en la forma como se fue dando la pelea: por medio de cartas de denuncia, recolección de firmas, bloqueos de carreteras, quejas ante la

CEDH, plantones de clase media, trabajo autónomo, *performances*, *flash move*, “recorridos del horror”, informes no oficiales de derechos humanos... Se identificaron tendencias en las formas de despojo que se están intensificando: a comunidades indígenas y a ejidos de la costa (82% de las playas de Jalisco ya están privatizadas), venta de casas nuevas que resultan defectuosas, etcétera. Se examinaron las principales estrategias del capital para lucrar: la minería depredadora que se encuentra en el tercer sitio entre las fuentes de ingresos capitalistas, las inversiones inmobiliarias que reordenan la ciudad desplazando a los pobres de los barrios céntricos a la periferia, y la represión de los movimientos sociales por medio de la relación de alto nivel que existe entre capitalistas y gobiernos. Se observó tanto el campo de resistencias como la red de solidaridades que se han venido dando. Se examinó la centralidad de luchas socioambientales y se distinguió entre las que eran impulsadas por integrantes de organizaciones no gubernamentales y las que llevaban a cabo los autonomistas o comunitarios. Los colectivos eran conscientes de que muchos movimientos no aparecían en la prensa y por lo tanto no se consideraban en el recuento que estaban haciendo, pero que existían en procesos cotidianos de resistencia y autonomía. El seminario destacó la existencia de una potencialidad de ser rebelde, constató que donde hay dominación hay resistencia. Asimismo, planteó el reto de diseñar instrumentos y métodos para lograr registrar lo que no es visible.

Los colectivos dieron cuenta de las luchas —que se expresaron como rebeliones, revueltas y revoluciones— de los pueblos y comunidades contra los colonizadores y capitalistas en la región de Jalisco. Esto implicó un esfuerzo por recuperar la perspectiva de los movimientos en la lucha anticolonial y la rebeldía. Se hizo un esfuerzo por ver su resistencia para confrontar a los conquistadores y luego a los dominadores, que en alguna medida representan la expansión capitalista. Los colectivos trataron de no caer en la tentación de teorizar sobre las formas y contenidos de las luchas anteriores como clave para formularlas en el presente cual si fueran recetas para la resistencia actual. Captaron que el recuento de las formas y contenidos de las luchas sólo les proporcionaba la parte de la recuperación histórica de la memoria que estaba plasmada en las fuentes escritas, y advirtieron que muchas de estas fuentes contenían, fundamentalmente, la versión de la historia desde la perspectiva de los dominadores. Plantearon que el recuento de una parte de la lucha —la que corresponde a lo que señalaron como sus movilizaciones-síntesis—, muchas veces estaba recubierta desde la mirada que generaban las fuentes; pero cayeron en la cuenta de que se podía construir una mirada que permitiera examinar la contradicción que encarnaban los pueblos y comunidades en contra del despojo de la colonización. Sus reflexiones se encaminaron a tratar de detectar lo que enseñaba toda esa lucha condensada, para el presente. Hubo un esfuerzo doble: tratar

de entender lo que había sucedido y tratar de encontrar sus herencias y dinámicas en el presente. Pusieron especial atención a la pluralidad de sujetos que generaron esas luchas y resistencias, procurando destacar a quienes desplegaban la resistencia, sin descontextualizarla. Esto se enlazó con otro de los énfasis de los colectivos: el no ocultar al sujeto, sino develarlo. Se ha insistido en detectar cómo desde la perspectiva del sujeto de la resistencia es posible entender su tiempo y espacio histórico propios, y cómo se contiene en el presente la subjetividad que se ha desplegado en el pasado. Así, se ha buscado la discontinuidad en el flujo social del hacer del sujeto en el tiempo.

Los colectivos no sólo han ido recuperando la historia, sino también realizan análisis que se han denominado *coyunturales*. Saben que no se trata de algo que va quedando fijo, sino de algo que fluye constantemente. Los colectivos han constatado que la realidad está en constante movimiento y que se constituye por la acción de los sujetos. Estos análisis son diagnósticos que no se desconectan de la práctica y de las luchas, que se incorporan a ese reconocimiento de cómo está la realidad y ellos en ésta. Así, han ido detectando que pueblos y comunidades indígenas, campesinos, comunidades barriales y habitantes pobres de las ciudades son quienes están en la mira del despojo. La “nueva” estrategia de acumulación mediante el despojo ha adoptado mecanismos que obligan a las comunidades y pueblos a someterse a condiciones de vida indigna, pues el Estado y las empresas constructoras trastornan el entorno, destruyendo la naturaleza, invadiendo, ensuciando, maltratando el medio ambiente, creando un contexto social altamente conflictivo, donde las significaciones imaginarias con las que convivía y se entendía gran parte de la población se han ido desvaneciendo.

Se pudo apreciar una situación generalizada de tensión y conflicto extremo en todas las regiones del país, lo cual obligaba a respuestas radicales de autodefensa, que conllevan complicaciones nada fáciles de resolver. En principio se consideró trabajar para construir formas de solidaridad y apoyo mutuo por medio de movilizaciones desde las comunidades y localidades. La acumulación por medio del despojo ha sido llevada a cabo sobre todo por las transnacionales (minerías, aguacateras, etcétera). También hay despojos por la estrategia de implementar planes de urbanización e introducción del turismo ecológico como mecanismos que rompan resistencias y faciliten la entrada de capitales a tierras comunales. Actualmente, las comunidades y pueblos que no pudieron resistir a la estrategia por despojo, y que cayeron en las dinámicas de los programas y planes gubernamentales, han adquirido conciencia de lo que han perdido tanto en lo relativo a la posesión de su territorio como en su forma de vida: de ser los dueños de su tierra y vivir de ella, ahora son mozos de los “nuevos” dueños que la han convertido en espacios exclu-

sivos para ricos, a los que llaman desarrollos turísticos, centros de descanso y recreo, ciudades del primer mundo, etcétera. Los colectivos también se han dado cuenta de que la lucha de muchos pueblos y comunidades ha sido férrea, y que se está generalizando un estado de ánimo que permea toda la subjetividad de quienes sufren el despojo, así como la de quienes se encuentran en resistencia frente al despojo de su territorio y de sus formas de vida. Estos colectivos han ido descubriendo la emergencia de la posibilidad de la promoción de espacios de comunidad y encuentro para que la resistencia tenga resonancia de manera que los ecos se correspondan en tiempo de lucha para la defensa de la tierra y la vida digna, pues a diferencia de la lucha por la toma del poder estatal, la posibilidad de dirigir el destino de la propia vida y la emancipación social dependen de la capacidad de autonomía y autogobierno de cada comunidad y pueblo.

Los colectivos han priorizado colocarse en la posición de los de abajo y no en la del Estado, y han indagado cómo esos de abajo nombran la autonomía y el autogobierno que se teje desde las propias comunidades y barrios, cómo nombran el apoyo mutuo que están practicando para resolver la autogestión en lo relativo a la producción y la distribución de alimentos, la vivienda, el trabajo, la salud, la educación, la comunicación, entre otras necesidades. Los colectivos también han examinado la crisis de los partidos políticos y de la democracia representativa.

Colectivos que piensan y actúan desde la perspectiva del sujeto

Los colectivos se han dado cuenta de lo difícil que es que la gente se reconozca como sujeto. No han cejado en la insistencia de asumirse ellos mismos como sujetos. Piensan desde el sujeto del movimiento social, al cual consideran producto de la propia reflexividad. Por lo tanto, una de las preguntas que ha estado presente en casi todos los intercambios, debates y discusiones ha sido qué significa pensar desde el sujeto. Las implicaciones de esta pregunta los han llevado a debatir sobre aspectos no sólo ético-políticos, epistémico-metodológico y teóricos, sino fundamentalmente prácticos. En este sentido, ha estado presente la exigencia de reflexionar sobre el decir y hacer propios, así como la necesidad de la autocrítica, como elementos indispensables del ejercicio cotidiano del pensar-hacer. Los colectivos se acercan a la realidad desde la perspectiva del sujeto, considerando que es la pluralidad de sujetos quien la genera, a partir del despliegue de su subjetividad. Han considerado el contexto del conjunto de intersubjetividades en conflicto producido por el hacer de los diferentes sujetos. Los colectivos reconocen que dicha realidad se va generando desde la incertidumbre, que va tejiéndose en el tiempo y en el

espacio donde el futuro es indeterminado, pero siempre desde esa espacialidad de sus localidades y cotidianidad. Los colectivos saben que su mirada y escucha está mediada por la perspectiva desde la cual observan, viven y sienten. No sólo reflexionan sobre su actuar develando al sujeto, sino que su análisis de otras realidades los lleva a buscar la pluralidad de sujetos generadores de condiciones particulares que exigen ciertas formas de hacer política. Procuran entender la realidad que están construyendo los diferentes sujetos, sin reducirse a la descripción de los efectos producidos por los actores hegemónicos; sin embargo, no dejan de escurrir el carácter de la dominación y de la explotación. Los colectivos hacen un esfuerzo por captar las posibilidades de una acción política que influya en los procesos económicos, sociales y culturales. Están atentos a las posibilidades de desarticulación de los movimientos a causa de las estrategias *hegemonizantes* de los grupos de poder. Examinan las iniciativas diferentes que están aplicando los distintos sujetos, y, por lo tanto, resaltan no sólo la dominación, sino, sobre todo, la resistencia. Privilegiando la óptica desde los sujetos, indagan las acciones y esfuerzos de resistencias locales, tratando de identificar los elementos que puedan vincularse y las iniciativas políticas, culturales y económicas que hagan posible concretar la solidaridad, la ayuda mutua y la defensa común frente a las políticas capitalistas. Los colectivos indagan el imaginario social instituyente del sujeto anticapitalista.

Los colectivos y el *caminar preguntando*

Los colectivos aseguran que el *caminar preguntando* es ese método zapatista que implica estar desde y con la gente, que parte del quiénes son, qué hacen, en dónde y cómo actúan. Los colectivos precisan que uno de los objetivos del *caminar preguntando* es no suplantar ni imponer, ni cooptar ni dirigir (esto último corresponde a la forma de hacer política que se asienta en la idea de ser vanguardia, de llevar desde fuera la conciencia de clase y de controlar los aparatos del Estado-poder para sólo entonces cambiar y emanciparse). Dicen los colectivos que el *caminar preguntando* más que una forma de enseñar es aprender con el intercambio, y más que una forma de interpretar al otro es propiciar una interpretación conjunta; es una constante reflexión, autocrítica, de lo que se dice y se hace en relación con los otros. Los colectivos anotan que se debe distinguir entre discurso público y discurso oculto, mirando el largo plazo en el corto. Este método no elude el factor subjetivo que implica la propia realidad psíquica, de manera que la reflexión debe atender la inconsecuencia entre lo que se dice y aquello que se hace.

Otra forma de hacer política

Los colectivos están muy atentos a romper (epistémica y políticamente) con las formas de hacer y pensar instituidas, para poder-hacer el cuestionamiento de las significaciones imaginarias sociales prevaletentes. Específicamente, hacen una ruptura con la tentación de convertirse en representantes de alguien más, con la de interpretar y dar línea de qué hacer. Critican la visión de que desde una posición vanguardista se deba tomar el poder estatal para cambiar las cosas a favor de los explotados. Los colectivos se han esforzado por colocarse más allá de los espacios y tiempos que imponen los sujetos del poder y el capital. Piensan en iniciativas sociales que operen desde lo local y cotidiano, pero que, al ser socialmente implementadas, generen un impacto de dispersión en los sujetos de la dominación. Los colectivos se ubican entre quienes se declaran anticapitalistas; en consecuencia, se niegan a participar en acciones y procesos políticos que tengan como objetivo la reproducción del sistema y su modelo de relaciones sociales. Critican los procesos electorales porque los consideran la mejor vía reproductora y legitimadora del sistema. Critican todo tipo de vanguardismo y de usurpación de la representación popular; se sitúan en una tendencia autonomista que no pretende dirigir a nadie. Plantean que cada comunidad o colectivo debe desarrollar su propia capacidad para tomar decisiones y no depender de nadie en forma alguna. Rechazan el protagonismo y el activismo que no contribuya a fortalecer los movimientos, esto lo sintetizan en la frase “caminar en silencio”. En la tendencia autonomista no se asume que la existencia, el crecimiento o la fortaleza de los movimientos dependa de su aparición en los medios protestando por cualquier tipo de demanda. Los colectivos rechazan el uso de la violencia como vía para la transformación social; no quieren atacar ni destruir a nadie, pero sí están dispuestos a defenderse. Reconocen los saberes locales (territorial y comunalmente). Consideran que el núcleo duro de la propia emancipación es la reflexión problemática y autocrítica en colectivo.

Estos colectivos tratan de mostrar que es posible prescindir de la relación social capitalista —alternativas a la propiedad privada de la tierra y de los bienes de producción, al dinero como forma dominante, a la acumulación de capital—, sin que ello quiera decir que se pueda lograr repentinamente. Insisten en llevar a cabo su práctica en los márgenes del mercado y el Estado. Procuran ir viviendo *otro mundo* dentro de este sistema capitalista en crisis; otro mundo que no sólo se encuentra en estado embrionario, sino que ya se está manifestando en muchos lugares. Reflexionan que ir más allá del Estado y del capital implica mostrar cómo sujetos anticapitalistas, consciente o inconscientemente, han instituido relaciones que les han permitido sobrevivir y oponer resistencia a la dominación política, a la explo-

tación de su trabajo, al despojo de sus territorios, a la opresión y a la represión de que son objeto cuando luchan y protestan por todo ello. Recalcan que para ir más allá de los márgenes que impone el Estado para hacer política y no quedarse en los límites del mercado capitalista deben reconocer lo que ya está sucediendo en ese sentido, observar las innovaciones en la forma de autogestionar la producción, la educación y la salud. Hay proyectos de autonomía que miles de colectivos y organizaciones sociales han emprendido durante las últimas décadas, potenciados de manera extraordinaria a partir de la experiencia zapatista de los municipios autónomos y de las juntas de buen gobierno —que por más de diez años se han sostenido por su propia capacidad desplegada—, y de otras formas de construir lo colectivo, sustentadas en la conciencia política e histórica de los pueblos que saben que pueden deshacerse del dominio capitalista. Existe el convencimiento de que está cerrada toda posibilidad de vivir dignamente dentro de los márgenes del mercado capitalista y del sistema liberal. Los colectivos plantean que posicionarse como anticapitalistas supone haber pasado por la experiencia de lucha y resistencia a la dominación, desde el territorio donde los sujetos se encuentran, independientemente del tamaño de la lucha, pues la resistencia anticapitalista es la plataforma desde donde se pueden desplegar los proyectos de autonomía, ya que en ella se alimentan las relaciones sociales de solidaridad y apoyo mutuo, propias y necesarias en la vida cotidiana de las comunidades, barrios y pueblos. La capacidad de crítica y autocrítica manifestada por estos colectivos ha evitado que se institucionalicen y se conviertan en organizaciones funcionales para el sistema político dominante.

La búsqueda de autonomía

Estos colectivos se esfuerzan por construir su autonomía, pese a las contradicciones externas e internas.⁸ Constantemente se preguntan qué entienden por *autonomía* y cómo la construyen en la práctica. Por ejemplo, los comuneros de Mezcala en-

⁸ Los movimientos sociales no son homogéneos ni tienen una dinámica unidireccional. Sufren tensiones y pugnas internas (Carretero, 2012). Tampoco son angelicales; se mueven entre muchas mezquindades, envidias y pugnas internas por imponer puntos de vista, por el prestigio, por el reconocimiento y por el control de recursos materiales y simbólicos. Colectivos y aun sujetos individuales “habitan sus propias contradicciones”. En la lucha por instaurar espacios autónomos y poscapitalistas hay expresiones de hábitos heredados que evidencian pugnas por direcciones y maneras de hacer propias del capitalismo. No es que la lucha por la autonomía ponga límites precisos. Hay tensiones internas por superar las maneras capitalistas y heterónomas de actuar, que no las conjuran totalmente.

tienden por *autonomía* no depender de gobiernos ni partidos, sino autogobernarse; plantean que para la defensa de su territorio es fundamental mantener su propio gobierno por medio de sus asambleas, trabajos en los barrios, la actividad de las comisiones que emanan del trabajo interno, etcétera. Dicen que trabajan en distintas iniciativas: vigilancia del territorio, contra las políticas de privatización de la tierra, en el proyecto de una biblioteca comunitaria, en un camino para sacar las cosechas. Cuidan sus mojoneras y no aceptan que el gobierno ponga otras que atenten contra el control de su territorio comunal. Se plantean que se construye la autonomía por medio del comercio justo, el turismo comunitario, la administración del territorio por la propia comunidad, la defensa del territorio (agua, pesca, bancos de tierra, animales, plantas, encinos, etcétera), los juicios contra las invasiones, el mantenimiento, cuidado y administración de la isla por parte de la comunidad, la vigilancia y el cuidado de los linderos. La defensa de su historia es otra forma de vivir su autonomía; por eso hay impartición de talleres de historia de la comunidad, el apoyo y mantenimiento de las danzas tradicionales, el proyecto de crear una radio comunitaria, el fortalecimiento de las fiestas del pueblo, como la de insurgentes y territorio, los talleres en cada barrio sobre la lucha actual por el territorio y el concurso de bandera y sello de la comunidad. Proclaman que no quieren el progreso y el desarrollo que el gobierno quiere imponer.

Otro ejemplo es el del colectivo de Salvabosque en el Nixticuil, cuyos integrantes reflexionan que llevan muchos años de experiencia en la defensa del bosque en un contexto de lucha contra las inmobiliarias. Han echado mano de luchas institucionales para inhibir la invasión del bosque; pero viven la defensa del mismo de una manera autónoma, decidida internamente. Otros colectivos han participado en combates contra la contaminación de ríos producida por las industrias y los basureros; asimismo, han facilitado que procesos de este tipo estén emergiendo en varios pueblos y comunidades localizados en los márgenes del río Santiago.

Los colectivos se proponen la autonomía siempre como proyecto, nunca como algo acabado. La perspectiva de instituir la autonomía implica su aplicación a la vida cotidiana. Lo importante de esta autonomía se traduce en uno de los lemas fundamentales de los colectivos que confluyen en el seminario: cada sujeto colectivo es el estratega de su propia resistencia. Es decir, no recibe instrucciones de nadie y tampoco las da. Rechazan el espacio y el calendario estatal de los partidos y de organizaciones denominadas *no gubernamentales* que hacen suya la agenda de quienes las financian. También constatan que hay muchos grupos aplicando en su vida cotidiana aspectos de autonomía. Ven que en ciudades como Guadalajara, un símbolo del consumismo capitalista global, también se puede vivir de forma autónoma; consideran que de manera individual y colectiva se puede escapar de las

redes de dominación y control capitalistas. Están atentos a otros colectivos que en la zona metropolitana y conurbada de Guadalajara experimentan formas autónomas de enfrentar alguna problemática particular como la recuperación de lotes baldíos para convertirlos en áreas verdes o en espacios de producción de alimentos orgánicos. Sin embargo, saben muy bien que las comunidades que han optado por el autogobierno de sus procesos de vida y lucha no dejan de tener ante sí la presencia amenazante del capital y el Estado, que persiguen cooptar a miembros de la comunidad para —con el señuelo de financiarlos en algunos proyectos de trabajo o de cooperativas de consumo y producción— obstaculizar la dinámica de autonomía que éstas han logrado establecer. Son conscientes de que lo más preocupante para el Estado es que se generalice la forma de hacer política autónoma e independiente; que se rechace el sistema de control basado en la burocracia y el verticalismo, que somete a los sujetos y los domina. Los colectivos ubican al enemigo de la autonomía en las formas de hacer política tradicionales que impone la burocracia, y en la dependencia y la subordinación a unos pocos que dirijan y ordenen. También son conscientes de que hay procesos discontinuos con densidades históricas diferentes. Pese a las contradicciones, avanzan las tendencias autonomistas. Los colectivos también saben que deben desandar y desmontar la hegemonía de la cultura, el pensamiento y la acción dominantes. Y no se les olvida que la vida es discontinua y asimétrica en cuanto a los haceres cotidianos.

Los colectivos, la resonancia, las vinculaciones y las convergencias

Los colectivos se plantean propiciar la resonancia y el reconocimiento entre los sujetos de la resistencia. Despliegan iniciativas que posibilitan la resonancia y la eventual vinculación, para la solidaridad y el apoyo mutuo. Afirman que la posibilidad de que los diferentes grupos, organizaciones, colectivos e individuos sociales estén en condiciones de encontrarse en un proceso común, para destruir el capitalismo y construir otro mundo (sin que esto quiera decir que primero es la destrucción y luego la nueva construcción), remite a subjetividades comunes. Un instrumento de resonancia, por ejemplo, es la página web Autonomía y emancipación. Los colectivos tienen cuidado de no establecer alianzas con agrupaciones que se sitúan en la posición de buscar la toma del control del Estado, y priorizan, en las relaciones sociales, las formas dirigentes-bases, cuadros-masas, burócratas-ejecutantes, etcétera. Los colectivos buscan potenciar una práctica instituyente del debate crítico y problematizador. Se alejan del pragmatismo de intentar acercarse a quienes apoyen o fortalezcan su posición política o sus demandas, mucho menos

de buscar quién les proporcione instrumentalmente ayuda para resolver problemas. Buscan, más que una articulación,⁹ convergencias y encuentros desde una perspectiva autonómica, así como relaciones basadas en la lucha como apoyo mutuo. Están de acuerdo con los zapatistas en que la mejor forma de solidarizarse es emprendiendo la lucha desde donde se esté, desde donde se vive resistiendo. Establecen varios círculos de vinculación, uno de ellos, con compañeros y contactos para hacer llegar material, y atendiendo la interacción que se produzca. Han ido experimentando un medio-puente-vínculo que transforma la relación entre sujetos de tal modo que se inhibe su instrumentalización. En este sentido, la forma más elemental consiste en que cada sujeto se exprese a través de sus medios (como ya ocurre con los blogs). Conciben el lugar de encuentro como un espacio-territorio de comunicación que es de todos, de modo tal que rompen con la forma instrumental en la relación subjetiva, para generar una intersubjetividad que reconozca al otro desde lo que hace.

Los colectivos se remiten al fenómeno que se produce cuando un cuerpo capaz de vibrar es sometido a la acción de una fuerza periódica, es decir, a la resonancia. Consideran que hay resonancia entre todos los participantes del seminario, y entre éste y otros sujetos, en el intento de ir creando espacios de comunidad para la resistencia anticapitalista, siempre en la medida en que los propios sujetos los generen desde su propio tiempo de lucha y organización; para esto es fundamental la comunicación. De esta forma establecen procesos de comunicación y encuentro que dan cuenta de nuevas maneras autónomas de hacer política, en la perspectiva de construir la convergencia entre sujetos, de manera que la vinculación y la confluencia, en espacios comunes, no sea instrumental y pragmática. Para el caso de la vinculación por medio del Internet enfatizan que la horizontalidad se da por las formas de hacer y no por el diseño técnico. Consideran la comunicación y el encuentro desde lo que hacen los colectivos y las personas en donde viven su cotidianidad y luchan por una vida digna. Esto exige reconocer cómo ocurre la construcción de proyectos de autonomía en el ámbito de la defensa del territorio y en la vida de los colectivos, las personas, las comunidades, los pueblos y barrios que los llevan a cabo. Privilegian la comunicación desde la perspectiva de la resistencia anticapitalista de sujetos que se plantean la autonomía para la emancipación. Entienden la comunicación como transmisión de saberes, como interlocución entre sujetos diferentes, como el difundir información políticamente pertinente que contribuya al despliegue de subjetividades emergentes, y como diálogo y debate.

⁹ Critican la idea de articulación por remitir a un todo organizado en jerarquías.

Otra discusión que han entablado los colectivos se refiere a qué conviene comunicar, y han concluido que cada colectivo debe decidir esto.

Los colectivos han procurado la construcción de convergencias entre sujetos anticapitalistas. Realizan sus intercambios considerando la ética y la perspectiva epistémica de una subjetividad anticapitalista. En este ejercicio de reflexión colectiva se destacan cuestiones significativas del proceso de constitución instituyente de su subjetividad como pluralidad de sujetos que van caminado en una dirección común. Ensayan en la cotidianidad de su práctica política un discurso que reivindica la perspectiva del hacer y el pensar al margen del Estado y el capital, de tal manera que han ido consiguiendo que se posicione dicha visión política en diferentes ámbitos donde ellos se mueven. Contribuyen desde su localidad con un discurso sustentado en la práctica política, que, aunque incipiente, hace resonancia de la que realizan otros en regiones donde evidentemente se experimentan proyectos de autonomía y resistencia anticapitalista.

Los colectivos que han impulsado el seminario se inscriben en el conjunto de movimientos que no sólo no buscan el poder, sino que lo repelen; que no se organizan verticalmente, sino que buscan la horizontalidad; que no intentan mejorar el sistema actual, sino cambiarlo; que no consideran que ese cambio ocurrirá tras acciones rápidas y contundentes, sino que se irá produciendo paulatinamente. Se consideran movimientos sociales porque van erosionando la dominación estatal y la explotación capitalista mediante formas cotidianas de convivencia al margen del Estado y el capital. No se desvinculan totalmente, sino que ensayan espacios de desvinculación. No deja de haber discontinuidades y contradicciones. Los colectivos ensayan también resonancias, vinculaciones y convergencias a partir de la transmisión de experiencias, y no desdeñan estas últimas por minúsculas que parezcan. Rompen con la perspectiva de los grandes embates, y en silencio van sentando las bases de futuribles en utopías concretas que van dándose.¹⁰

¹⁰ Habría que tratar de percibir la importancia de un nivel “nano” —haciendo una analogía con la nanociencia— en el ámbito social, el cual tiene repercusiones en el todo. En el rango de la nanoescala, los materiales presentan propiedades que pueden ser totalmente diferentes de las encontradas en moléculas individuales o en muestras macroscópicas. Análogamente, en lo social podría hablarse de una “nanoescala” cuando comportamientos en la vida cotidiana van impactando al todo social. Esto sólo puede ser tratado de manera transdisciplinar.

Hacia algunas conclusiones

Como apunta Zermeño, detrás de lo que se llama *movilizaciones sociales* o *movimientos sociales* se esconden muchas y disímboles manifestaciones colectivas (Zermeño, 2010). Hay movimientos que emergen con fuerza y luego languidecen y llegan a desaparecer. Hay movimientos que pretenden asumir posiciones en el Estado para propiciar un cambio social favorable a las mayorías. Los hay que se articulan con aparatos gubernamentales para satisfacer sus propias demandas. No hay que perder de vista que los movimientos transmiten muchos mensajes al conjunto social.¹ Precisamente por esto no pocos movimientos consideran que el Estado ha dejado de ser garante de la seguridad pública, y se ha llegado a hablar de un Estado anómico y hasta fallido. Éste se ha mostrado incapaz de velar por la seguridad de los ciudadanos, y ha emprendido una fallida guerra contra el narcotráfico, que lo tiene infiltrado, y lo único que ha avanzado ha sido la violación de los derechos humanos y la criminalización de las luchas populares. En el aspecto en que se muestra poderoso el Estado mexicano es en sus funciones represivas contra la disidencia popular. Hay movimientos que afirman que al Estado se le cayó la máscara de mediador entre lo particular y lo general, y que ha ido pasando de un papel administrativo a otro gerencial; en lugar de ser, como teóricamente se planteaba en los setenta, una arena de la correlación de fuerzas, se ha ido presentando cada día más como claro instrumento de las dinámicas del capital.

Algunos ex militantes de movimientos populares tuvieron la ilusión de que si aceptaban puestos en el Estado, desde dentro de éste serían capaces de conseguir mejoras importantes para las mayorías. No obstante, la evaluación de esas experiencias ha arrojado la constitución de otra tendencia: la de la fuerza de los altos puestos de los aparatos del poder. En lugar de que esos puestos se orientaran hacia los intereses populares, quienes los ocuparon fueron devorados por dichas posiciones y terminaron moldeados de acuerdo con la lógica del poder.

Nuevos movimientos de base han insistido en que la forma partido es una creación histórica y, por lo tanto, percedera. Varios movimientos de base han preferido no supeditarse a las formas partidarias, sino buscar otras maneras de

¹ Esto se encuentra más desarrollado en Alonso, 2010b.

hacer política desde la vida cotidiana. No pretenden constituir un nuevo sujeto político unificado, sino convertirse en varios sujetos en búsqueda de alternativas más allá de las burocracias de los partidos. Han ido apareciendo nuevos sujetos sociales. Los movimientos no surgen de golpe, sino que se van construyendo por medio de redes subterráneas en la vida cotidiana y emergen en coyunturas propicias; las confrontaciones pueden dinamizar su aparición. Sus identidades han organizado sentidos y papeles. El reclamo de derechos de todo tipo ha propiciado la constitución de sujetos que no sólo rechazan y resisten, sino que formulan propuestas alternativas de convivencia social. Estos movimientos han repercutido en procesos de democratización de base; gran parte de la población no tiene acceso político y no quiere quedarse en la exclusión. Hay agrupaciones que desafían los poderes constituidos, por medio de acciones no convencionales; se puede constatar una potente imaginación social. La imposición de la política neoliberal con sus terribles efectos —entre ellos, la inseguridad laboral y la producción de una gran cantidad de excluidos— ha hecho emerger nuevas demandas, luchas y movilizaciones. Los movimientos nacen ante los embates del presente, pero con formulaciones hacia un futuro distinto. Las formas de resistencia frente a las injusticias han sido de las más variadas. Surgen movimientos en torno a la defensa del empleo, la vivienda, la salud, el medio ambiente, los derechos; e inventan novedosas formas de comunicarse entre ellos. Las redes de activistas contra los efectos de la globalización neoliberal han aportado formas de acción que no pueden ser analizadas mediante acercamientos convencionales. Los movimientos se defienden de la globalización neoliberal utilizando los instrumentos de la misma globalización. La emergencia de los nuevos actores se da a partir de coaliciones específicas sobre objetos concretos. Son movimientos de ideas y valores. Se hacen resistencias locales, pero por medio de las redes se salta al plano global. Se combinan demandas particularistas con internacionalistas. Los movimientos maximizan recursos ligados a la diversidad de experiencias, en la búsqueda de *otro mundo posible*. Los movimientos establecen una pedagogía que consiste en escuchar y aprender de otras experiencias. Crece la pluralidad y se defiende la diversidad. La identidad no es única, ya que pueden coexistir varias de ellas jerarquizadas en un núcleo intersubjetivo; también aparecen procesos de fragmentación de identidades. Igualdad y diversidad han dejado de ser antagónicas y han pasado a ser interdependientes. Se siguen defendiendo intereses, pero crece la defensa de los derechos; el espacio del interculturalismo se expande. La característica del movimiento social es su capacidad de poner en entredicho una forma de dominación social. En los movimientos hay algo que se combate y algo que se propone construir. Se cuestionan los poderes constituidos, y muchos nuevos movimientos no pretenden asumir el

poder, sino construir espacios de convivencia con democracia y justicia. No intentan sustituir poderes, sino construir bases sociales de nuevo tipo.

Desde abajo han ido surgiendo importantes experiencias de autonomía. Si bien en lo concerniente a la autonomía existen grandes avances en la dialéctica de teoría y práctica en los movimientos sociales, hay otros puntos fundamentales que necesitarían dilucidarse con más reflexiones y discusiones. El *mandar obedeciendo* de los zapatistas se ha ido expresando en la práctica como un poder radicalmente distinto al del capitalismo. Cuando se habla de que las mujeres buscan tener poder no quiere decir que pretenden mandar a los varones, sino liberarse y ser ellas quienes decidan libremente sobre su propio destino. En cualquier caso, se debe tratar de evitar que los nuevos controles sociales propicien nuevos amos.

Estos movimientos han incrementado el intercambio de sus propias experiencias, para aprender unos de otros y para dinamizar una mundialización de los oprimidos y explotados que se exprese a nivel local e internacional. En este enfrentamiento con las élites, los movimientos no sólo se encuentran con el Estado, sino con los poderes fácticos, entre ellos, uno muy poderoso: el de los medios electrónicos de comunicación. Los movimientos tienden a expresarse por estos medios para expandir su influencia, pero dichos medios los tratan de invisibilizar. Otro obstáculo fuerte que enfrentan los movimientos —impuesto tanto por el Estado como por los poderosos medios de comunicación electrónica— es la creciente criminalización de la protesta social.

Estos movimientos conforman una amalgama que supera la dispersión, la fragmentación y la expresión meramente espontánea con innovadoras formas orgánicas. Se va fraguando así un conglomerado diverso y plural.

Este tipo de movimientos ha recibido fuertes críticas, sobre todo en cuanto a su efectividad para el cambio social. Zermeño mantiene la visión de un equilibrio sustentable mediante la densificación de la sociedad (reconstruyendo y fortaleciendo lo social). Opina que no basta un empoderamiento en el ámbito local-regional, sino que se necesita del Estado, y que entre los actores dinámicos de una sociedad densificante están los empresarios (Zermeño, 2010: 246). Acepta la lucha contra las grandes empresas transnacionales, pero considera que el empresariado es básico para la incorporación de todos en la reconstrucción, es decir, su perspectiva no es anticapitalista. Por su parte, Borón y Bensaïd tienen la perspectiva de las revoluciones hechas por muchos, pero con mandos organizados que impidan dispersiones. No obstante, las revoluciones anteriores evidencian que han sido realizadas por los de abajo, pero que han sido usurpadas por los nuevos de arriba, por la verticalidad imperante en esos cambios, lo cual convirtió a estos últimos en un nuevo poder opresor. En cambio, la perspectiva de los de abajo que se ponen al margen del ca-

pital y del Estado es la de proporcionar de manera paulatina una convergencia múltiple horizontal, que a largo plazo mediante nuevas formas de hacer política construya autónomamente una convivencia horizontal. La perspectiva de cambios rápidos desdeña la dura labor que implican las transiciones que tienen complejidades de formas híbridas que no obstruyen, sino hacen posible, alcanzar la meta de emancipación.

Muchos movimientos sociales están convencidos de que para acceder a *otros mundos posibles* en los que imperen la justicia, la libertad, la igualdad y el respeto a la vida misma se requiere la construcción de convergencias. El examen de muchos agrupamientos populares lleva a ver que existen indicios de que se están buscando otras formas de hacer política.

Nada está predeterminado. Los grupos populares en búsqueda de otra política, sin perder su especificidad, sin caer en una estructura orgánica unificadora, se conectan y se organizan procurando entenderse. No se trata de una traducción lineal y vertical, sino horizontal e interactiva. Reconocen una pluralidad de instancias epistemológicas. En esa dinámica van deambulando desde una posición ética de responsabilidad colectiva y de liberación solidaria. Se cuidan de no *ontologizar* situaciones coyunturales. Hay una deslegitimación del capitalismo como una exigencia ética colectiva. Esos grupos viven en múltiples resistencias convergentes en la diversidad. Mientras la lógica del capitalismo neoliberal propicia el crecimiento de las desigualdades, los grupos populares en búsqueda de alternativas expresan en su cotidianidad reivindicaciones vitales, existenciales, culturales y no sólo económicas, políticas y sociales. Esos grupos aspiran a construir otra sociedad que esté en relación armoniosa con la naturaleza, y ensayan al respecto. Intentan que predomine el valor de uso sobre el valor de cambio. En sus búsquedas tienen en cuenta la posibilidad de la vida común favoreciendo la conservación del planeta. Saben que nada tienen asegurado, pero se arriesgan y no quieren seguir viviendo atados al capital, a los partidos, a los poderes fácticos y al Estado; de que lo consigan depende que se logre una alternativa. Las investigaciones que he estado realizando me han hecho constatar la existencia de una pluralidad de grupos y movimientos que ya no se plantean la toma del poder estatal, sino que buscan ponerse al margen del capital y del Estado para ir construyendo presentes que se consoliden en futuros viables, no asegurados, pero factibles. El movimiento que va en la dirección de emanciparse del Estado y del capital no será necesariamente masivo, visible, capturable en una imagen. Cualquier sujeto colectivo —sin importar su tamaño, su visibilidad—, si en su vida cotidiana erosiona al capital y al Estado se convierte por eso mismo en un movimiento que en algún momento podrá generar convergencias con otros de la misma naturaleza. También he detectado que estos grupos y movi-

mientos han utilizado las convergencias para compartir experiencias y reflexiones en torno a acciones similares en la búsqueda cotidiana de una autonomía desde abajo. Los movimientos sociales con sus innovadoras prácticas han roto los moldes en que los académicos los hemos querido encerrar y van convirtiéndose en lo que necesitan ser para transformar un mundo contra el que se rebelan.

Al concluir todas estas revisiones he caído en la cuenta de que he pretendido rescatar el término *movimientos sociales*, pero me quedo con la duda de si ese es el mejor camino. Otra vía es la que ha emprendido Raúl Zibechi, quien reflexiona que uno, por inercia, tiende a nombrar lo nuevo con conceptos viejos. Zibechi se ha convencido de que el concepto de *movimientos sociales* “no se adapta o no da cuenta de toda la novedad de acciones, formas de ser y de hacer que conllevan los movimientos latinoamericanos, que tienen algunas características como el arraigo territorial, la creación de espacios que tejen relaciones sociales distintas de las hegemónicas”. Esto se puede encontrar en la entrevista que le hizo Eduardo Soler con motivo de la presentación del libro que escribió con Michael Hardt titulado *Pre-servar y compartir. Bienes comunes y movimientos sociales*, Buenos Aires, Mardulce, 2013. Lo interesante de este malestar es que el título del libro sigue llevando el concepto de *movimientos sociales*. No obstante, hay una invitación a que busquemos nuevos conceptos para nuevas formas de hacer (www.comambiental.com.ar/2013/05).

Apéndice

Una reseña para profundizar en los movimientos sociales

A principios de marzo de 2012, en un auditorio de la Universidad de Guadalajara repleto de jóvenes fue presentado el libro de John Holloway *Agrietar el capitalismo*.¹ Se trata de uno de esos libros que obligan a pensar, a debatir y, sobre todo, a imaginar y hacer. Dicha obra es la traducción del texto publicado en 2010 por Pluto Press (*Crack Capitalism*), en Londres. De alguna manera es la continuación de otro libro, del mismo autor, que causó mucho debate: *Cómo cambiar el mundo sin tomar el poder*.² En el primer libro, el énfasis se pone en ir más allá del Estado; mientras que ahora profundiza en cómo ir más allá del capital. En ambos, el origen es un grito desesperado de “ya basta” de tanta opresión y explotación, y una búsqueda de reivindicar la dignidad de la gente.

Las críticas al primer libro destacaron que la publicación no tenía propuesta, que el autor afirmaba que las maneras hasta entonces ensayadas para cambiar el poder no habían conseguido la emancipación, pero que él tampoco mencionaba qué debía hacerse. Holloway enfatizó que efectivamente no había recetas para ese cambio, que era posible aprender lecciones de los fracasos del siglo xx, y que era necesario concebir la revolución de otra forma. Considera que la posición leninista de un grupo de *iluminados* que dicen a los demás por dónde ir es precisamente el camino equivocado que lleva a instaurar nuevos poderes dominantes. El no saber no es un problema, sino un aliciente para pensar, dialogar, discutir entre muchos, sin imposiciones, para encontrar las maneras de cambiar el mundo, de forma horizontal.

En el nuevo libro, el autor nos dice cómo ve que la gente está tratando de cambiar el mundo. Se trata de un libro radicalmente anticapitalista, porque el capitalismo atenta no sólo contra la humanidad, sino contra el planeta mismo. Holloway considera que el capitalismo no está controlado por nadie, sino que en dicho sistema dominan el dinero, el capital, fuerzas cosificadas. En su libro enfatiza que

¹ John Holloway, *Agrietar el capitalismo*, Buenos Aires, Ediciones Herramienta, 2011.

² John Holloway, *Cómo cambiar el mundo sin tomar el poder*, Buenos Aires, Ediciones Herramienta, 2002.

hay que romper con la lógica del capital, y constata que esto se logra de múltiples formas, que es necesario *desfetichizar* las relaciones y restaurar la creatividad humana. Hay que luchar contra el trabajo abstracto, alienado. No es cuestión de liberar al trabajo, sino de liberarnos del trabajo, pues nuestras capacidades productivas exceden al capital. Holloway precisa que *las grietas* son revueltas del hacer en contra del trabajo. Sostiene que en el capitalismo nuestro hacer está subordinado al trabajo abstracto, a una fuerza que no se controla y que está determinada por la expansión del valor y la búsqueda interminable de la ganancia. La revolución consiste en actos cotidianos de rechazo a la sociedad capitalista. Se van haciendo grietas en el sistema de dominación capitalista. El autor nos invita a descubrir que son muchas las maneras en que las personas están creando estas grietas, apartándose de la lógica del capital y estableciendo relaciones sociales de otro tipo. La gente empieza por el rechazo al capitalismo, pero en el mismo rechazo va creando otras formas de convivencia, al hacer las cosas de manera distinta, al inventar nuevos modos de llevarlas a cabo.

El libro examina momentos y espacios vitales en que los de abajo desafían la lógica del sistema y hacen las cosas por sí mismos y en su propio beneficio, en contextos donde el capitalismo no entra, donde éste es agrietado, fisurado. El autor recalca que esos momentos de *otro hacer* son grietas en el sistema de dominación capitalista. Acepta que *las grietas* son un concepto negativo e inestable, que son una ruptura de la lógica de la cohesión capitalista y un desgarre en el tejido de la dominación. Vuelve a decirnos que las grietas no pueden estar quietas, que corren, se extienden, se juntan, desaparecen, reaparecen, se multiplican. Recalca que se trata de romper y crear, y que las grietas en la dominación capitalista existen por todas partes, que son movimientos antisistémicos y, por lo tanto, anticapitalistas. La creación de municipios autónomos zapatistas donde se manda obedeciendo a los de abajo, las radios comunitarias, los centros sociales y muchas otras experiencias de los de abajo propician esas rupturas. El autor destaca la fragilidad de la dominación y expone que hay muchas posibilidades de romper con ella.

Su metáfora de las grietas es muy gráfica. Explica que es algo así como un lago congelado en el que se van formando grietas que pueden volverse a congelar, y no hay un punto de ruptura, sino múltiples. Además, hay grietas que se juntan y hacen fisuras mayores. Los movimientos anticapitalistas están poniendo la cuestión del cambio radical en términos de la confluencia no estructurada de luchas desde abajo, el caminar juntos de luchas particulares. Este caminar juntos es visto en términos de formas organizativas sin estructuras formales. El impulso desde abajo va desde lo particular hacia la autodeterminación más amplia. Al moverse desde lo particular no queda reducido a una micropolítica. Hay búsquedas de conexiones

informales que constituyen una cambiante constelación de particularidades. Hay confluencias, pero no se imponen. El autor ha reconocido que este campo de las confluencias, que yo prefiero llamar *convergencias*, es otro de los puntos en que necesita profundizar más, y tal vez su próximo libro trate al respeto.

La revolución se hace en varias partes y no sólo en un lugar. Las grietas pueden ser de diversas magnitudes. Hay luchas pequeñas e imperceptibles, y otras de masas y explosivas. Holloway insiste en que quien protagoniza el cambio social es la gente común. Exhorta a seguir creando grietas que se extiendan, multipliquen y confluyan. Se trata de romper el mundo de injusticia. Al protestar, la gente crea una negación que genera actividades no determinadas por las reglas del dinero y del poder. El autor recalca que una grieta es la creación de un momento en el que la gente asume un modo diferente de hacer las cosas. Al romper las relaciones de dominación propicia otras transformaciones. Se va creando una sociedad donde hacemos lo que queremos, por lo tanto, heterogénea.

Se van llevando a cabo exploraciones en una antipolítica de la dignidad. Se trata de creaciones pacientes y no rutinarias. Se va dejando de hacer capitalismo. No hay una respuesta determinada, sino millones de experimentos. Hay un moverse dentro, en contra y más allá del capital. La gente se va desconectando de los ritmos y pautas del capital y del Estado. Aunque hay eventos masivos, también existe una búsqueda constante particular o grupal que va más allá del capital y del Estado. Holloway precisa que hay que moverse todo el tiempo, porque el capital es un proceso que corre detrás de las rebeldías, por lo que hay que moverse más rápido inventando nuevas formas de expresarse y de organizarse sin quedar atrapados en la burocratización.

Se han externado nuevas críticas contra este libro. Hay quienes se ponen en guardia respecto a lo que puede implicar una revuelta espontánea, pues esto no logra crear alternativas duraderas. Massimo Modonesi³ alaba que Holloway considere la distinción spinoziana entre *poder sobre* y *poder hacer*, en donde el primero es una subordinación y el segundo una no subordinación; que entienda *poder hacer* como autodeterminación y autonomía, y que advierta que la autonomía es un proyecto más allá del capitalismo y en contra de éste, y que se dé en una experimentación. Pero le critica lo que considera un “salto teórico” en la medida en que Holloway funde el adentro y el afuera, el contra y el más allá, el *poder hacer* y el antipoder. Afirma que dicho autor subsume al *poder contra* simplificando el pasaje del conflicto y obviando la especificidad del antagonismo, y hace que el contra y

³ Massimo Modonesi, “El concepto de autonomía en el marxismo”, en Varios, *Pensar las autonomías*, México, Bajo Tierra, 2011, pp. 23-51.

el más allá al fundirse se confundan. Considera que Holloway exalta la emergencia de un potencial de orientación antisistémica, pero no forja herramientas conceptuales que permitan descifrar las contradicciones de la conformación de subjetividades políticas. En *Agrietar el capitalismo*, Holloway confirma sus posiciones en su capítulo “La crisis del trabajo abstracto”. Insiste en que la clave de la autonomía está en la revuelta del hacer contra el trabajo, porque es una ruptura con la lógica dominante, un cambio de rumbo del flujo de la determinación social, porque nos opone a la actividad externamente impuesta, mediante un hacer alternativo.

Cuando traté de dar pistas para entender los movimientos mundiales de indignados, me encontré con este libro de Holloway, y me inspiró. Por eso intenté la siguiente traducción: “Habría que apartarse de las visiones de las rupturas totales con golpes demoledores. También habría que dejar de lado las propuestas de que se vayan ganando trincheras en una guerra de posiciones para cambiar la hegemonía. Sí se trataría de un proceso que al mismo tiempo que debilita lo existente produce algo totalmente otro. En este proceso hay algo previo que va haciendo que la gente se harte, se enfade; sería el momento del *thimós* (enojo). Son esas situaciones en que se provoca lo que podría encuadrarse en la negación-rechazo. Vienen esas rupturas de diversas dimensiones, pero que son transversales y que ocurren en distintas capas de la dominación: las que podríamos llamar *diácope* (*dia*, ‘a través’; *coptein*, ‘cortar’). Dichas fisuras implican también un *aposyndeo* (cortar una conexión). No sólo se rompen, sino que se interrumpen conexiones, es decir, se va produciendo simultáneamente un desacoplamiento respecto al capital y al Estado. Pero no sólo se producen fisuras y desacoplamientos, sino que al mismo tiempo ocurre un resquebrajamiento constructivo en otra dirección a la acostumbrada por el sistema, hay una *демиургия*. Al producir algo diverso a la lógica del sistema, por pequeño que esto sea, se sientan las bases de lo que se puede ir construyendo y se resquebraja la dominación. La dinámica que encierra el grito de ‘ya basta’ y consigue la construcción de algo nuevo se encuentra atravesada por la *ερευα*, esa incesante e incansable búsqueda”.⁴ El proceso complejo no etapista, sino integral, sería *thimós-diácope-aposyndeo-демиургия*, el cual está envuelto por la *ερευα*. El *thimós* desata el proceso, el núcleo central lo constituye esa endiádis de *diácope* y *aposyndeo* que conlleva rupturas y desacoplamientos, para culminar en una nueva construcción: la *демиургия*, mientras que la *ερευα* le da constante fluidez al conjunto.⁵

⁴ El fruto de la *ερευα* es precisamente *eureka*.

⁵ A Holloway no le gusta el término movimientos sociales, prefiere referirse a los movimientos de resistencia. No obstante, hay una vertiente sólida para encuadrar en los movimientos sociales a los antisistémicos. Y una de las características de estos precisamente es su búsqueda incesante, con

Ahora bien, este proceso se expresa en dos principales niveles: en *diácope* silentes y en *diácope* estridentes. Las primeras tienen que ver con lo “nanosocial”, la vida cotidiana incluso personal. Las segundas son acontecimientos reveladores “que condensan experiencias previas en una manifestación colectiva mayor, que potencian las dinámicas de la vida cotidiana y que propician resonancias con reconocimientos mutuos. No son indispensables para esa continua erosión del sistema que se logra en lo diario, pero producen fisuras de mayor calado. En esta forma, la pregunta de si los movimientos desaparecerán no es tan cierta, pues lo que sucede es que dichas expresiones masivas pueden dejar de estar presentes, pero sus influencias vuelven a la vida cotidiana de muchos con nuevos saberes, se hacen referentes en la reflexión e impactan la conciencia. Es un diverso bullir realizando *diácope* en las estructuras vigentes y debilitándolas. Lo transversal de las *diácope* es porque, pese a que se manifiestan con un énfasis particular, impactan de una manera integral, es decir, puede ser una expresión económica con repercusión en lo político, social y cultural, o que parta de cualquiera de esos ámbitos y conlleve a los demás. El dinamismo podría circunscribirse a reacomodos, pues conlleva otro modo de vida cotidiana que se va desacoplando de las estructuras económicas y políticas. Se trata de rupturas de todos los tamaños en diversas profundidades, pero que van en el sentido de otro modo de vida y convivencia”.⁶ Y todavía me atrevo a plantear algo más, obviamente para discutir, sobre lo que percibo del concepto *revolución* en Holloway. No se trataría de un movimiento masivo, y menos armado, que tomara el poder para intentar, desde ahí, producir cambios sociales estructurales que conduzcan a un nuevo modo de producción. Tal vez las críticas que se le hacen en relación a que no ve la especificidad del antagonismo y no ilumina la nueva vía que todos tendríamos que andar para el cambio, se en-

manifestaciones fuertes e intermitentes. Son movimientos que a veces irrumpen y tienen visibilidad, pero que por periodos se mantienen soterrados. Emergen cuando se llega al hartazgo de un agravio, cuando la situación injusta se siente intolerable, entonces se dejan actitudes aparentemente pasivas y se lleva a cabo una actividad abierta. Prevalece una aspiración que suele identificar a cada movimiento y que lo destaca (pero que no es la única que lo anima). Con su acción, los movimientos pretenden propiciar un cambio. Los dominantes, contra los que se levantan los movimientos, suelen perseguirlos, cooptarlos y aun reprimirlos. Pese a la derrota de algunos movimientos en determinada coyuntura, éstos siempre mellan al poder. Pero los movimientos también obtienen victorias de diverso tamaño; esas victorias nunca son definitivas ni finales, y pueden ser revertidas. Su impronta se nota porque los movimientos trastocan y modifican las relaciones sociales. Más allá de derrotas y victorias puntuales, los movimientos siempre están en búsqueda de una vida digna, y no dejan de conformarse y expresarse.

⁶ Jorge Alonso, “Cavilaciones sobre movimientos de indignados sociales”, en Varios, *Jorge Alonso, maestro emérito*, Zapopan, El Colegio de Jalisco, 2012, pp. 35-167.

cuentran presas de los planteamientos del siglo xx en torno a las revoluciones. La revolución socialista intentó eso, pero fracasó, pese a que insistía en que era indispensable recorrer un largo tramo de transición. Ninguna de esas revoluciones⁷ creó un nuevo modo de producción. Los modos de producción no implicaron rupturas totales, sino que se asemejaron a cambios evolutivos. La gente iba haciendo otras cosas y las anteriores dejaban de prevalecer. Conviene precisar que habría que dejar de lado la visión evolutiva unilineal de dichos modos, y destacar que hay una dinámica evolutiva multilínea que depende de la participación de los sujetos. El capitalismo, por contradicciones internas estructurales y por las fisuras que poco a poco y durante mucho tiempo le ha hecho la gente, ya está en sus últimos momentos históricos. El cambio vendrá por lo que innoven los sujetos. Tampoco hay una línea prefijada y determinista. Habría que tener en cuenta que el cambio podría propiciar una situación incluso peor. Lo que no pocos queremos es contribuir a que éste sea para garantizar la vida y mejorarla en justicia y libertad con dignidad.

Lo que se nota en Holloway es una urgencia. Efectivamente, el capitalismo terminará por la acción de la gente; sin embargo, dado que dicho sistema está conduciendo a la humanidad y al planeta al desastre, convendría que nos diéramos algo de prisa. Por eso, Holloway recurre a la metáfora benjaminiana de no esperar a que el tren de la historia llegue a su terminal, sino usar el freno de emergencia para poder escapar de caer en el abismo. La ventaja es que las fisuras que la gente ha hecho en el capitalismo en las etapas anteriores, han llevado a este sistema a sus tiempos finales. Tal vez tenga razón al decir que es necesario reflexionar más sobre las convergencias. Sigo pensando que necesitamos muchas para salvarnos.

⁷ Sylvarin Lazarus advierte que *revolución* no es un término genérico que pueda describir cualquier clase de derrocamiento, y que el modelo es la Revolución francesa [“Lenin y el partido, 1902-noviembre de 1917”, en Sebastián Budgen et al. (coords.), *Lenin reactivado. Hacia una política de verdad*, Madrid, Akal, 2010, pp. 245-256].

Bibliografía

- Aceros, Juan Carlos y Sayani Mozca
2007 “A propósito de la noción de movimiento: virtualización de los movimientos sociales”, en Jorge Regalado y José Gómez, *Hacer política desde la sociedad*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, pp. 67-85.
- Almeyra, Guillermo
2005 “Movimientos sociales, resistencia, construcción de una subjetividad no alienada”, ponencia en el Coloquio Internacional Imperio y Resistencias, UAM Xochimilco, octubre, disponible en <<http://rcci.net>>.
2008 “Los vaivenes de los movimientos sociales en México”, en *OSAL*, año IX, núm. 24, octubre, pp. 87-101.
2009 “Los vaivenes de los movimientos sociales en México”, en *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano*, núm. 16, enero.
- Alonso, Jorge
1990 *En busca de la convergencia*, México, CIESAS, Ediciones de la Casa Chata.
2009 “Las convergencias, instrumento de los movimientos sociales” en Varios, *Primer Coloquio Internacional in Memoriam Andrés Aubry*, Chiapas, Cideci-Unitierra Ediciones, pp. 111-127.
2010a “El movimiento anulista en 2009 y la abstención”, en *Espiral*, núm. 47, mayo-abril, pp. 9-46.
2010b “Un sujeto a la zaga de movimientos: pistas de indagaciones para la construcción de una teoría crítica”, en *Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social*, año 15, núm. 49, abril-junio, pp. 35-52.
2012 “Cavilaciones sobre movimientos de indignados”, en Varios, *Jorge Alonso, maestro emérito*, Zapopan, El Colegio de Jalisco, pp. 35-167.
- Alonso, Jorge (coord.)
1986 *Los movimientos sociales en el Valle de México I*, México, CIESAS.
1988 *Los movimientos sociales en el Valle de México II*, México, CIESAS.
2001 *Identidades, acción colectiva y movimientos sociales*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco.
- Alonso, Jorge (ed.)
1980 *Lucha urbana y acumulación de capital*, México, CIESAS, Ediciones de la Casa Chata.

- Alonso, Jorge y Juan Manuel Ramírez (coords.)
1996 *La democracia de los abajo en Jalisco*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- Amin, Samir
2007a “El desafío es pasar de la resistencia a la ofensiva”, disponible en <www.urcm.net>.
2007b “De Bandung à la 5ª Internationale”, *Alternatives Sud*, vol. 14, núm. 3, pp. 177-197.
- Ávila, Enrique *et al.*
2011 *Movimientos y conflictos sociales en México 1943-2011*, México, Ediciones UníosS.
- Aziz, Alberto y Jorge Alonso
2009 *México, una democracia vulnerada*, México, CIESAS.
- Badiou, Alain
2009 “Dos conferencias sobre movimientos, partidos y Estado”, en *Memoria*, núm. 238, octubre-noviembre, pp. 47-55.
- Bartra, Armando *et al.*
2011 *Nuevo proyecto de nación. Por el renacimiento de México*, México, Grijalbo.
- Bensaïd, Daniel
2009 *Elogio de la política profana*, Barcelona, Ediciones Península.
- Bobes, Velia Cecilia
2002 “Movimientos sociales y sociedad civil: una mirada desde América Latina”, en *Estudios Sociológicos*, núm. 59, mayo-agosto, pp. 371-386.
- Boron, Atilio
2002 *Imperio e imperialismo*, Buenos Aires, Clacso.
2003 “Poder, contrapoder y antipoder: notas sobre un extravío teórico político en el pensamiento crítico contemporáneo”, ponencia en el IV Encuentro Internacional de Economistas, La Habana, del 10 al 14 de febrero.
2006 “Crisis de las democracias y movimientos sociales en América Latina. Notas para una discusión”, disponible en <www.liberacion.press.se>.
- Boron, Atilio (comp.)
2004 *Nueva hegemonía mundial, alternativas de cambio y movimientos sociales*, Buenos Aires, Clacso.
- Boron, Atilio y Gladys Lechini (comps.)
2006 *Políticas y movimientos sociales en el mundo hegemónico*, Buenos Aires, Clacso.
- Cadena, Jorge (coord.)
2004 *Las organizaciones civiles en México hoy*, México, UNAM.
- CADTM
2007 *Llamado a un día de movilización y acción global el 26 de enero de 2008*, Brasil, noviembre, disponible en <www.cadtm.org>.

- Calderón, Fernando
1995 *Movimientos sociales y política*, México, Siglo XXI.
2009 *Movimientos socioculturales en América Latina. Ambientalismo, feminismo, pueblos originales y poder empresarial*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Calderón, Fernando (comp.)
1986 *Los movimientos sociales ante la crisis*, Buenos Aires, Clacso.
- Camacho, Daniel y Rafael Menjívar
1985 *Los movimientos populares en Centroamérica*, San José, Flacso.
- Carcanholo, Reinaldo y Mauricio de Souza
2007 *Capital ficticio y ganancias ficticias*, disponible en <http://next.o-paris10.fr>.
- Carretero, José Luis
2012 “La situación actual: posibilidades y propuestas”, Madrid, diciembre, disponible en <www.trasversales.net>.
- Carrillo, Ricardo
2003 *Movimientos sociales y hegemonía*, Programa Andino de Derechos Humanos, Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, julio, disponible en <www.uasb.edu.ec/padh>.
- Castells, Manuel
1997 *La era de la información: economía, sociedad y cultura*, Madrid, Alianza.
2009 *Comunicación y poder*, Madrid, Alianza.
2011 “El poder tiene miedo de Internet”, en *Política comunicada*.
2012 *Networks of Outrage and Hope*, Cambridge, Polity Press.
- Chihu, Aquiles
2006 *El “análisis de los marcos” en la sociología de los movimientos sociales*, México, UAM.
- Cisneros, Armando
2001 *Crítica de los movimientos sociales*, México, UAM.
- Clastres, Pierre
1962 *La société contre l'Etat*, París, Les Editions de Minuit.
- Colectivo Situaciones
2006 “Epílogo a *Dispersar el poder*”, Buenos Aires, disponible en <www.edicinessimbóticas.info>.
- De la Garza, Enrique (comp.)
2005 *Sindicatos y nuevos movimientos sociales en América Latina*, Buenos Aires, Clacso.
- Dewey, John
1967 *Democracia y educación*, Buenos Aires, Losada.
- Durand, Jorge (coord.)
2002 *Movimientos sociales*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- Dussel, Enrique
2007 *Política de la liberación. Historia mundial y crítica*, Madrid, Trotta.

- Echeverría, Bolívar
2011 “Modernidad, ethos barroco, revolución y autonomía”, entrevista publicada en *Crítica y emancipación*, núm. 5, primer semestre, pp. 79-89.
- Eckstein, Susan
2001 *Poder y protesta popular*, México, Siglo XXI.
- Eder, Klaus
1993 *The news politics of class. Social movements and cultural dynamics in advanced societies*, Londres, Sage.
- Escobar, Arturo
2005 *Más allá del tercer mundo. Globalización y diferencia*, Bogotá, ICAH.
- Escobar, Arturo y Sonia Álvarez
1992 *The making of social movements in Latin America*, Boulder, Westview Press.
- Favela, Margarita y Diana Guillén
2009 *América Latina. Los derechos y las prácticas ciudadanas a la luz de los movimientos populares*, Buenos Aires, Clacso.
- Fernández, Arturo
1991 *Movimientos sociales en América Latina*, Buenos Aires, Rei.
- Filgueira, Carlos (comp.)
1985 *Movimientos sociales en el Uruguay de hoy*, Montevideo, Clacso.
- Fillieule, Olivier et al.
2010 *Penser les mouvements sociaux*, París, La Découverte.
- Flórez, Juliana
2009 *Los movimientos sociales y la crisis del desarrollismo*, Buenos Aires, Clacso.
- Fougier, Eddy
2004 *Altermondisme, le nouveau mouvement d'emancipation?*, París, Lignes de Repères.
- Foweraker, Joe y Todd Landman
1997 *Citizenship rights and social movements*, Nueva York, Oxford University Press.
- Frei Betto
2007 Entrevista, Buenos Aires, noviembre, disponible en <www.insumisos.com>.
- Gadea, Carlos
2004 *Acciones colectivas y modernidad global*, México, UAEM.
- Gallegos, Cristián
2004 *Desciudadanización, democracia y movimientos sociales en América Latina*, disponible en <www.rebellion.org>.
- García Linera, Álvaro
2009 *La potencia plebeya*, Bogotá, Clacso.
- Garretón, Manuel Antonio
2001 *Cambios sociales, actores y acción colectiva en América Latina*, Santiago, CEPAL.
- Gaudichaud, Franck
2005 “América Latina: ofensiva imperialista y resurgimiento de las luchas sociales”, en *Rebelión*, 22 de febrero.
- Goffman, Erving
1974 *Frame analysis*, Nueva York, Harper and Row.
- Goldstein, Fred
2012 *El capitalismo en un callejón sin salida*, Nueva York, World View Forum.
- González Casanova, Pablo
2006 *El capitalismo: retos a las ciencias sociales*, México, Mimeo.
- Guillem, Juan Manuel
1994 *Los movimientos sociales en las sociedades industriales*, Salamanca, Eudema.
- Gutiérrez, Raquel
2005 “Cómo va siendo posible que otro mundo sea posible”, en *Rebelión*, 24 de marzo.
2006 *¡A desordenar! Por una historia abierta de la lucha social*, México, CEAM.
- Holloway, John
2002 *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Puebla, UAP.
2004 “Gente común, es decir, rebelde”, en *Revista Chiapas*, núm. 16, pp. 155-164.
2010 *Crack Capitalism*, Londres, Pluto Press.
- Ibáñez, Tomás
2005 *Contra la dominación*, Barcelona, Gedisa.
- Ibarra, Pedro y Benjamín Tijerina
1998 *Los movimientos sociales*, Madrid, Trotta.
- Javaloy, Federico et al.
2001 *Comportamiento colectivo y movimientos sociales*, Madrid, Prentice Hall.
- Joxe, Alain
2003 *El imperio del caos*, Buenos Aires, FCE.
- Klein, Naomi
2007 *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, Barcelona, Paidós.
- Latapí, Pablo
2007 “Reflexiones finales”, *Seminario sobre Políticas Públicas: la educación que tenemos y la que queremos*, El Colegio de México, 23 de agosto.
- Laraña, Enrique y Joseph Gusfield (eds.)
1994 *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, CIS.
- Loeza, Laura y María Pérez
2010 “La sociedad civil frente a la militarización de la seguridad pública en México”, en *Nueva Sociedad*, núm. 227, mayo-junio, pp. 136-152.

- Mansilla, María *et al.*
2011 *Protesta social y libertad de expresión en América Latina*, Bogotá, Centro de Competencia y Comunicación para América Latina.
- Martínez, Fernando
2011 “Crisis del capitalismo: repensando alternativas desde América Latina”, disponible en <<http://laventana.casa.cult.cu>>.
- Martínez, Ricardo
2007 *Movimientos sociales del siglo XXI*, México, Jorale Editores.
- Melucci, Alberto
1989 *Nomads of the present. Social movements and individual needs in contemporary society*, Filadelfia, Temple University Press.
1996 *The playing self*, Cambridge, Cambridge University Press.
1999 *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, México, El Colegio de México.
- Mestries, Francis, Geoffrey Pleyers y Sergio Zermeño (coords.)
2009 *Los movimientos sociales. De lo local a lo global*, Barcelona, Anthropos.
- Minga Informativa de Movimientos Sociales
2007 *Manifiesto de Santiago*, Santiago de Chile, noviembre, disponible en <<http://movimientos.org>>.
- Mirza, Christian Adel
2006 *Movimientos sociales y sistemas políticos en América Latina*, Buenos Aires, Clacso.
- Modonesi, Massimo *et al.*
2011 “México 2000-2009: una década de resistencia popular”, en Massimo Modonesi y Julián Rebón (comps.), *Una década en movimiento. Luchas populares en América Latina en el amanecer del siglo XXI*, Buenos Aires, Clacso, pp. 203-224.
- Monestier, Felipe
2011 *Movimientos sociales, partidos políticos y democracia directa “desde abajo” en Uruguay (1985-2004)*, Buenos Aires, Clacso.
- Morin, Edgar
2011 “Un camino para evitar el desastre anunciado”, en *Rebelión*, enero.
- Movimientos Sociales Urbanos del Ecuador
2004 *Declaración del I Encuentro*, Quito, julio, disponible en <www.llacta.org>.
- Negri, Antonio
2008 “El movimiento de los movimientos. Nuevas condiciones para el nuevo movimiento de los movimientos”, en *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano*, núm. 15, diciembre.
- Negri, Antonio y Michael Hardt
2002 *Imperio*, Buenos Aires, Paidós.

- Neveu, Erik
1996 *Sociologie des mouvements sociaux*, París, La Découverte.
- Núñez, Orlando
2005 *La sociedad civil*, Panamá, Ruth Casa Editorial.
- Offe, Claus
1988 *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid, Editorial Sistema.
- Ouvina, Hernán
2004 *Movimientos sociales frente a las políticas neoliberales*, Mimeo.
- Pleyers, Geoffrey
2009 “Autonomías locales y subjetividades en contra del neoliberalismo: hacia un nuevo paradigma para entender los movimientos sociales”, en Francis Mestries, Geoffrey Pleyers y Sergio Zermeño (coords.), *Los movimientos sociales. De lo local a lo global*, Barcelona, Anthropos, pp. 126-153.
2010 “El altermundismo en México. Actores, culturas políticas y prácticas contra el neoliberalismo”, en Ilan Bizberg y Francisco Zapata (coords.), *Los grandes problemas de México, Tomo VI, Movimientos Sociales*, México, El Colegio de México, pp. 361-397.
- Pont, Josep
1998 “La investigación de los movimientos sociales desde la sociología y la ciencia política. Una propuesta de aproximación teórica”, *Papers* 56, pp. 257-272.
- Porta Della, Donatella y Mario Diani
2011 *Los movimientos sociales*, Madrid, Editorial Complutense.
- Prada, Raúl
2005 *Nomadismo y excedencia en los movimientos sociales*, disponible en <www.forociudadano.com>.
2008 *Subversiones indígenas*, La Paz, Clacso.
- Ramírez, Franklin
2010 “Desencuentros, convergencias, polarización (y viceversa). El gobierno ecuatoriano y los movimientos sociales”, en *Nueva Sociedad*, núm. 227, mayo-junio, pp. 83-101.
- Ramírez, Juan Manuel
2006 *Ciudadanía Mundial*, Tlaquepaque, ITESO.
- Regalado, Jorge y José Gómez
2007 *Hacer política desde la sociedad*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- Revilla, Marisa
2010 “América Latina y los movimientos sociales: el presente de ‘la rebelión del coro’”, en *Nueva Sociedad*, núm. 227, mayo-junio, pp. 51-67.

- Riechmann, Jorge
1994 *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*, Barcelona, Paidós.
- Robinson, William
2004 *A Theory of Global Capitalism: Production, Class and State in Transnational World*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Rossanda, Rossana
2007 “La izquierda debe ser ante todo anticapitalista”, disponible en <www.sin-permiso.ifo>.
- Saint Upéry, Marc
2005 “Movimientos sociales: hipótesis para el debate”, disponible en <www.lain-signia.org>.
- Salazar, Robinson
2007a *Los caminos de la política en América Latina*, Mimeo.
2007b “Reconstruyendo la política de los movimientos sociales”, en *Theomai*, núm. 16, segundo semestre, disponible en <www.revista-theomai.unq.edu.ar>.
- Salazar, Robinson et al.
2006 *Paradigmas emancipatorios y movimientos sociales en América Latina*, Buenos Aires, Insumisos latinoamericanos.
- Sandoval, Hugo
2012 *Prácticas libertarias y movimientos anticapitalistas*, Guadalajara, Editorial Grietas.
- Santos, Boaventura de Sousa
1998 *De la mano de Alicia*, Bogotá, Siglos del Hombre Editores.
2000 *Crítica de la razón indolente. Contra el desperdicio de la experiencia*, Bilbao, Desclée de Brouwer.
2001 “Los nuevos movimientos sociales”, en *OSAL*, septiembre, pp. 177-184.
2003 *La caída del angelus novus: ensayos para una nueva teoría social y una nueva práctica política*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
2004 *Democracia de alta intensidad*, La Paz, UAIAECCNE.
2005 *El milenio huérfano*, Madrid, Trotta.
2008 “Toda movilización debe caminar al ritmo de sus militantes”, en *Lecturas*, 4 de febrero, disponible en <www.insumisos.com>.
2009 *Sociología jurídica crítica. Para un nuevo sentido común del derecho*, Madrid, Trotta.
2010a *Para descolonizar Occidente*, Buenos Aires, Clacso.
2010b Entrevistado por Jesús Agiló Bonet, en *Revista Internacional de Filosofía*, núm. 35, octubre, pp. 117-147.
2011 Entrevistado por Bárbara Schijman, disponible en <www.revistadebate.com.ar>, 1 de julio.

- Scott, James
2009 *The Art of not Being Governed*, New Haven, Yale University Press.
- Seminario Movimientos Sociales, Sujetos y Prácticas
2011 “Las luchas sociales en Jalisco 2010”, en *Cuadernos de la Resistencia*, núm. 4, Guadalajara.
- Seoane, José
2011 “La disputa por los bienes comunes naturales en Argentina y América Latina. Significación, experiencias de lucha y estrategias de neutralización política”, en *Rebelión*, junio.
- Seoane, José (comp.)
2003 *Movimientos sociales y conflictos en América Latina*, Buenos Aires, Clacso.
- Smelser, Neil J.
1989 *Teoría del comportamiento colectivo*, México, FCE.
- Stavenhagen, Rodolfo
2010 *Los pueblos originarios: el debate necesario*, Buenos Aires, Clacso.
- Stiglitz, Joseph E.
2006 *Cómo hacer que funcione la globalización*, Madrid, Taurus.
- Svampa, Maristella
2007 *Movimientos sociales y escenario político*, Venezuela, Clacso, disponible en <www.cumbresocial.org.ve>.
2010 “Hacia una gramática de las luchas en América Latina: movilización plebeya, demanda de autonomía y giro eco-territorial”, en *Revista Internacional de Filosofía Política*, núm. 35, octubre, pp. 21-46.
- Tamayo, Eduardo y Gisela Caicedo
2007 “Ecuador: comunicación, movimientos y políticas públicas”, noviembre, disponible en <www.servindi.org>.
- Tapia, Luis
2009 “Movimientos sociales, movimientos societales y los no lugares de la política”, en *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano*, núm. 17, febrero.
- Tarrow, Sidney
1994 *Power in movement. Social movements collective action and politics*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Thwaites Rey, Mabel
2010 “Después de la globalización neoliberal. ¿Qué Estado en América Latina?”, en *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano*, núm. 32, Clacso, julio.
- Tilly, Charles
1978 *From mobilization to revolution*, Reading Massachussets, Addison-Wesley.

- Tilly, Charles y Lesley J. Wood
 2009 *Los movimientos sociales, 1768-2008. Desde sus orígenes a Facebook*, Barcelona, Crítica.
- Touraine, Alain
 1984 *Le retour de l'acteur*, París, Fayard.
 1987 *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*, Santiago, PREALC.
 1992 "Beyond social movements?", *Theory, Culture and Society*, vol. 9, núm. 1, febrero, pp. 125-145.
 2005 *Un nouveau paradigme. Pour comprendre le monde d'aujourd'hui*, París, Fayard.
 2006 *Le monde des femmes*, París, Fayard.
 2007 *Penser autrement*, París, Fayard.
 2011 *Después de la crisis*, Barcelona, Paidós.
- Touraine, Alain et al.
 1982 *Solidarité. Analyse d'un mouvement social*, París, Fayard.
- Varios
 2010 "Una década de movimientos populares en América Latina", en *OSAL*, núm. 28, Buenos Aires.
- Verdesoto, Luis
 1986 *Movimientos sociales en Ecuador*, Buenos Aires, Clacso.
- Villasante, Tomás R. (coord.)
 1994 *Las ciudades hablan. Identidades y movimientos sociales en las metrópolis latinoamericanas*, Caracas, Nueva Sociedad.
- Wacquant, Loïc
 2001 *Parias urbanos*, Buenos Aires, Manantial.
- Wieviorka, Michel
 2003 *La diferencia*, La Paz, Plural.
- Zald, Mayer N. y John D. McCarthy (eds.)
 1987 *Social movements in an organizational society: Resource mobilization, conflict and institutionalization*, New Brunswick, Transaction Books.
- Zermeño, Sergio
 2010 *Reconstruir a México en el siglo XXI*, México, Océano.
- Zibechi, Raúl
 2007a *Dispersar el poder. Los movimientos como poderes antiestatales*, Guadalajara, Taller de la Casa del Mago.
 2007b *Territorios en resistencia*, Buenos Aires, Lavaca.
 2007c "América Latina: el resistible retorno de las derechas", agosto, disponible en <www.insumisos.com>.

- Zibechi, Raúl
 2007d "Entrevista a Immanuel Wallerstein", octubre, disponible en <www.insumisos.com>.
 2010a "Movimientos-estados-movimientos", en *La Jornada*, 16 de julio.
 2010b "Le 'bien vivre' comme un autre monde possible", en *Entropía*, núm. 9, otoño.
 2010c "Políticas sociales, gobiernos progresistas y movimientos antisistémicos", en *Revista Internacional de Filosofía Política*, núm. 35, octubre, pp. 5-20.
 2011a "La estrategia del arriba", en *La Jornada*, 23 de mayo.
 2011b "La revolución de la gente común", en *La Jornada*, 3 de junio.
 2011c "Una agenda para la desconexión", en *ALAI*, 9 de agosto.
 2011d "Recargar el edificio del sistema", en *La Jornada*, 12 de agosto.

Repensar los movimientos sociales,
se terminó de imprimir en septiembre de 2013,
en los talleres de Gráfica Creatividad y Diseño, S.A. de C.V.,
Av. Plutarco Elías Calles, núm. 1321 A, Col. Miravalle,
Delegación Benito Juárez, México, D.F., C.P. 03580.
El tiraje consta de 1 000 ejemplares.